Un café para Trina



MÓNICA BENÍTEZ

UN CAFÉ PARA IRINA

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.

Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.

La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.

Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com

Registro: 10.03.2026

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

https://www.facebook.com/monicabntz

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

CAPÍTULO 1

El viaje en AVE desde Barcelona dura apenas tres horas, pero a Aura Riquer se le está haciendo eterno. Lleva el contrato de su nuevo trabajo impreso dentro de su bolso, guardado en una funda transparente que lo mantiene inmaculado. Ella lo firmó hace tres días y ahora solo hace falta la firma de Irina Ramsey —su nueva jefa — para hacerlo oficial.

Aura podría haberlo firmado digitalmente y haberse ahorrado esta visita a la agencia de traducción en la que va a comenzar a trabajar a partir del lunes, pero Irina Ramsey quiere conocer a quien su asistente actual ha seleccionado como su futura asistente antes de firmar el contrato de forma definitiva. A Aura le parece bien, ella también prefiere conocerla primero, así no se sentirá tan perdida en su primer día de trabajo.

Es la segunda vez que viaja hasta Madrid por este trabajo, aunque hoy este no es el único motivo. La primera fue hace dos meses para hacer la entrevista con Carmen, la asistente de Irina que se jubila dentro de dos semanas, ella fue quien la seleccionó entre decenas de candidatas. Aura estaba muy nerviosa aquel día, sentada frente a esa mujer de sesenta y tantos que no dejaba de mirarla de reojo mientras repasaba su currículum una y otra vez, haciéndole preguntas sobre su experiencia, el dominio de los idiomas y su

capacidad para gestionar agendas complejas o proyectos de traducción simultáneos.

—¿Por qué te mudas a Madrid? —preguntó Carmen.

Aunque era una pregunta completamente lógica, cogió a Aura desprevenida y casi tartamudeó al responder.

—Por motivos personales, pero es un traslado definitivo —respondió, frotándose las manos por debajo de la mesa.

No le habría importado dar más detalles si Carmen hubiera seguido preguntando, pero pareció bastarle con esa respuesta y siguió con otras cuestiones que Aura respondió con profesionalidad mientras trataba de ocultar la euforia que sentía por el simple hecho de haber sido seleccionada para la entrevista.

—Pues creo que ya lo tenemos todo —dijo Carmen—. Te llamaré en una semana para hacerte saber la respuesta.

Aura por poco sufre un infarto cuando la llamaron al día siguiente para decirle que el puesto era suyo.

El tren se detiene en la estación de Atocha y ella siente que sus nervios se multiplican mientras se baja. No es solo el hecho de firmar el contrato lo que la inquieta, es todo en general. Mudarse a Madrid, dejar Barcelona, adaptarse a una ciudad nueva donde no conoce a nadie y prácticamente empezar una nueva vida. Marcos, su marido, ya lleva un mes instalado en la capital, donde han alquilado un apartamento cerca de su nueva oficina, una sucursal bancaria donde lo han ascendido a director, de ahí el motivo de su traslado. Ella ha estado yendo y viniendo los fines de semana, dividida entre su antiguo trabajo y la preparación del nuevo, pero hoy es diferente, hoy viene sin billete de vuelta, lista para quedarse.

La agencia de traducción de Irina Ramsey está ubicada en el barrio de Salamanca y ocupa toda la tercera planta de un edificio de oficinas. Mientras camina hacia la antesala del despacho de Irina, en la que se encontrará con Carmen, Aura atraviesa la sala central, donde hay casi veinte personas trabajando en espacios abiertos, todas concentradas en sus pantallas o hablando por teléfono.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta Carmen cuando Aura llega hasta su mesa.

La mujer se levanta y le tiende una mano, acompañando el gesto con una sonrisa amable que calma un poco los nervios de Aura.

—Rápido, apenas me he enterado —miente, apartándose un mechón de pelo castaño de la frente.

—Me alegro. ¿Lista para conocer a la jefa?

—No —Carmen parpadea—. Quiero decir, sí, estoy lista —rectifica Aura, sintiendo que las mejillas le arden—. Perdona, es que estoy nerviosa y no quiero que piense que soy idiota.

Carmen necesita unos segundos para procesar lo que acaba de escuchar, pero después se ríe y Aura se relaja un poco más a pesar de que ahora mismo se siente como una veinteañera recién salida de la universidad, y no como una mujer de treinta y siete con experiencia suficiente como para no estar nerviosa, pero no puede evitarlo.

—Tranquila, la señora Ramsey puede ser tan exigente como implacable cuando se trata de trabajo, pero también es amable y empática. No es la típica arpía que muestran las películas si es eso lo que te preocupa —explica Carmen—. Es una mujer justa, y si trabajas bien con ella, te cuidará. Es la mejor jefa que he tenido en

todos mis años trabajando, y te aseguro que he tenido unas cuantas.

Aura asiente, memorizando cada palabra que ha salido de la boca de Carmen mientras se acercan a la puerta del despacho con el nombre de Irina Ramsey grabado en una placa de latón.

—Ramsey… —murmura Aura para sí.

Aunque ella nació en España, Irina es hija de un profesor escocés y una traductora rusa que se mudaron a España en la década de los ochenta, y todo eso lo sabe Aura porque la agencia de traducción internacional de Irina es lo suficientemente conocida como para que haya información sobre ella en Wikipedia.

Carmen llama un par de veces con los nudillos, pero no espera respuesta para abrir, simplemente empuja la puerta y Aura supone que eso será algo que ella no podrá hacer porque tendrá que ganarse la confianza de su jefa antes.

El despacho es grande y luminoso, con un par de ventanas que dan a una calle con árboles. Eso es lo primero que ve Aura porque es lo que está de frente. A la derecha, una estantería con libros y archivadores al lado de un pequeño sofá de cuero, pero ella apenas presta atención a esos detalles porque está centrada en la mujer que está a la izquierda y que se acaba de levantar de su silla para ir a saludarla.

Irina tiene cuarenta años, eso también lo sabe Aura gracias a Wikipedia, pero sin duda, la foto que sale allí no le hace justicia. Irina es alta y esbelta, con el pelo cobrizo cortado por encima de los hombros y las ondulaciones marcadas. Tiene los ojos de un color gris azulado muy intenso y viste un traje oscuro, aunque la chaqueta está colgada en el respaldo de una silla de la mesa redonda que hay

en la esquina y ella solo lleva la camisa, remangada porque la temperatura del despacho está un poco elevada, o quizá sea Aura que, por algún motivo que escapa a su comprensión, se siente sofocada.

Definitivamente, Irina es una mujer a la que hay que mirar, pero eso no es lo que más impacta a Aura, lo que la descoloca es la energía que desprende. Hay algo en ella, en su forma de moverse o en cómo le mantiene la mirada, que le resulta magnético y la hace sentir una extraña comodidad en su presencia que Aura tampoco puede explicar, como si esa mujer irradiara una seguridad que la envuelve y la tranquiliza al mismo tiempo.

La primera reacción de Aura es sonreír, porque ella es así, alegre y espontánea, y algo en Irina Ramsey ha provocado que sus labios se curven de una forma sincera conforme su jefa se acerca, pero Irina se detiene en seco cuando ve esa sonrisa y se queda inmóvil durante una fracción de segundo, antes de devolverle otra sonrisa más controlada y extender la mano hacia ella.

—Bienvenida, Aura —dice Irina.

La mano de Aura se estrella contra la suya en ese momento y algo atraviesa el pecho de Irina como si le hubieran dado un empujón desde dentro, dejándola desconcertada por un momento.

—Gracias —responde Aura, todavía sin soltarla—. Estoy deseando comenzar, aunque debo admitir que estoy un poco nerviosa con tanto cambio.

—Cierto. Carmen dice que te mudas desde Barcelona —comenta Irina.

Aura se da cuenta de que sigue reteniendo la mano de Irina y la suelta de inmediato, sintiendo un calor extraño subirle por el cuello.

—Sí, mi marido ha ascendido en su trabajo y el puesto conllevaba cambiar de ciudad.

Irina asiente, aunque algo en su expresión cambia. No es algo obvio, al menos para Aura que todavía no la conoce, pero para Carmen no pasa desapercibido ese momento en que frunce los labios.

—Estoy segura de que te adaptarás muy rápido —dice Irina—. ¿Firmamos el contrato para hacerlo oficial? —pregunta, haciendo un gesto hacia su mesa.

Aura no necesita sacar la copia que lleva en el bolso porque Irina tiene otra sobre su mesa, que firma y extiende hacia Aura para que haga lo mismo.

—Bueno, pues ya está —dice Irina—. Carmen te pondrá al día durante las dos semanas que le quedan antes de dejarnos, no dudes en preguntarle todo lo que necesites. Nos vemos pronto, Aura.

Es una forma clara de decirle que la corta reunión ha terminado. Aura se levanta, le da las gracias y sale del despacho con Carmen.

Cuando la puerta se cierra, Irina se queda quieta, mirando el contrato, aunque en realidad no lo está viendo. Está intentando comprender qué es eso que ha sentido cuando Aura ha sonreído, pero, sobre todo, está buscando la razón de que el comentario de Aura sobre que su marido ha sido ascendido no deje de repetirse en su cabeza. A Irina no debería importarle, de hecho, no tiene ninguna razón para que le importe, pero le molesta.

Respira hondo y trata de concentrarse en preparar la reunión que hay programada para dentro de una hora, también en los dos proyectos que están sobre su mesa esperando a que los revise. Irina no tiene tiempo para pensar en la sonrisa de una mujer que dentro

de dos semanas estará sentada al otro lado de su puerta, ni de preguntarse por qué motivo esa sonrisa le ha provocado un acelerón en el pecho, y desde luego, tampoco lo tiene para sentirse molesta porque esa mujer esté casada.

Se frota las sienes con fuerza cuando una de esas malditas migrañas que suele sufrir con frecuencia amenaza con aparecer y vuelve al trabajo.

CAPÍTULO 2

Irina lleva casi veinte minutos sentada frente a esta mujer y apenas han intercambiado tres frases más allá de los saludos iniciales. Se llama Patricia, tiene cuarenta y dos años, es abogada y en su perfil de la aplicación de citas ponía que le gustaba el senderismo y la lectura. En persona, Patricia es igual que en las fotos —lo cual ya es un punto a su favor— y parece simpática, pero hay algo que no funciona. Irina lo ha sabido en cuanto se han visto en la entrada de la cafetería donde han quedado y no ha sentido ningún tipo de conexión, y lo ha corroborado cuando se han sentado y ha tratado de buscar un tema de conversación. Le ha resultado imposible —al igual que a Patricia— encontrar uno que durara más que un intercambio de dos frases y lo único que consiguen es acabar cada intento de conversación en un silencio incómodo que Irina utiliza para soplar su café, pensando que, con un poco de suerte, se enfriará más rápido para que pueda bebérselo y dejar de soportar este desastre de cita.

Patricia también está removiendo su taza sin parar mientras alterna la mirada entre Irina, la ventana y la puerta. Es sábado por la mañana y Madrid está en pleno apogeo, con esa clase de energía caótica que a Irina le resulta agotadora, igual que esta cita que apenas ha empezado y parece interminable.

—Bueno —dice Patricia de repente, soltando una risita nerviosa que hace que Irina deje de soplar su café—. A lo mejor esto es más cómodo si aceptamos que no hemos conectado al conocernos en persona.

Irina parpadea, impactada por su sinceridad, y después suelta una carcajada de alivio que hasta a ella misma la sorprende.

—Joder, sí —responde más tranquila, sintiendo que la tensión que se estaba acumulando en cada músculo de su cuerpo se afloja de golpe.

Patricia sonríe, esta vez de forma más sincera que las anteriores donde ha forzado la mueca un par de veces, y se recuesta en su silla.

—Qué alivio —dice, y deja de remover su café—. Llevaba diez minutos intentando pensar en alguna forma educada de decirlo sin parecer una capulla.

—Yo también —admite Irina, dando un sorbo a su café, que ahora está demasiado frío para su gusto—. Pensaba que solo era yo y me estaba agobiando.

—No, para nada. Estas cosas pasan, la química está o no está, ¿no? —comenta Patricia.

Irina afirma con la cabeza. Le parece extraño sentirse repentinamente relajada con una completa desconocida, pero ahora que se han quitado la presión de tener que fingir una atracción física y una química que no existen, parece que hablar con Patricia es mucho más sencillo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Irina, divertida—. ¿Nos terminamos el café y nos inventamos una excusa para marcharnos?

Patricia suelta una carcajada e Irina piensa que es muy guapa cuando sus facciones se relajan, una lástima que no hayan conectado.

—Podríamos hacerlo, o podemos quedarnos y charlar como dos personas normales que acaban de conocerse. Total, ya estamos aquí y, sinceramente, ahora tengo curiosidad.

—¿Curiosidad sobre qué?

—Por saber por qué andas buscando citas —dice Patricia, apoyando los codos sobre la mesa—. Empiezo yo si quieres.

Irina duda por un momento, pero tampoco tiene nada que hacer porque había reservado la mañana para conocerla y tal vez algo más.

—De acuerdo.

—Genial. Me divorcié hace seis meses —empieza Patricia—. Fue civilizado, sin dramas, simplemente dejamos de funcionar. Y ahora mis amigas me están volviendo loca insistiendo en que vuelva a salir con gente, así que me descargué esta aplicación para que me dejen en paz, pero la verdad es que no me siento preparada para tener algo con nadie todavía. Tú eres la tercera cita que tengo y las tres han sido igual de incómodas.

—¿Por qué sigues haciéndolo entonces? —pregunta Irina, intentando entenderla.

Patricia se encoge de hombros.

—Porque en el fondo sé que tienen razón. No puedo quedarme encerrada en casa para siempre, pero cuesta, ¿sabes? Volver a conocer a alguien e intentar conectar, es agotador.

Irina la comprende perfectamente. Lleva años usando estas aplicaciones de forma intermitente, con resultados mediocres en el

mejor de los casos. No es que tenga problemas para conocer gente, es que simplemente no tiene tiempo ni energía para invertir en algo que probablemente no llegará a ninguna parte.

—¿Y tú? —pregunta Patricia—. ¿Por qué estás aquí?

Irina juguetea con la servilleta de papel que hay junto a su taza, doblándola y desdoblándola una y otra vez. No le ha hablado de esto a nadie, ni siquiera a su hermana Olga a la que considera su persona de confianza, pero Patricia es una completa desconocida con la que no volverá a cruzarse, así que Irina decide que no pasará nada si explica esta cosa extraña que le revolotea en la cabeza últimamente.

—Estoy algo confusa —dice finalmente.

—¿Confusa en qué sentido? ¿Empiezas a sentirte atraída por las mujeres?

—No, no —aclara Irina con los ojos muy abiertos—, eso lo tengo muy claro.

Patricia sonríe e Irina hace una respiración profunda antes de seguir.

—Mi asistenta personal se jubila. Hace tres meses le dije que buscara a alguien para sustituirla porque confío en su criterio y no tenía tiempo para encargarme yo misma. En fin, eligió a una de las candidatas y hace un par de semanas vino a la oficina para firmar el contrato.

Irina se detiene y Patricia ladea la cabeza, esperando a que continúe, pero no la presiona.

—Me pasó algo raro —admite Irina, mordiéndose el labio.

Patricia arquea una ceja.

—Atracción —aclara Irina—. Me sentí atraída por ella, pero en ese momento lo atribuí a que me impactó su sonrisa o a que yo

estaba demasiado receptiva y falta de sexo.

Irina se ríe cuando Patricia no puede contener una pequeña carcajada mientras asiente, como si la entendiera perfectamente.

—Pero estas dos semanas que ha estado en adaptación con mi antigua asistente, me he dado cuenta de que no es algo puntual, me atrae, y a partir del lunes ya no habrá ninguna barrera entre nosotras, será mi asistente directa, y por eso he reanudado las citas, para ver si follando se me quita la tontería.

La mujer frente a ella suelta otra risotada y después se inclina hacia delante y apoya los brazos en la mesa.

—En definitiva, estás acojonada —concluye Patricia.

—Bastante —suspira Irina.

—Yo no veo el problema por ninguna parte. Si te gusta, pídele una cita.

Irina la mira pasmada, como si acabara de salirle una segunda cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —Patricia frunce el ceño.

—Para empezar, porque es mi empleada —responde Irina—, y yo no salgo con empleados jamás, pero si esa no es razón suficiente, tengo otra mejor.

—¿Cuál?

—Está casada.

Patricia hace una mueca.

—Oh, eso complica las cosas.

—Sí, las complica —concuerda Irina.

—Bueno —dice Patricia tras pensar durante unos segundos—, en ese caso solo puedes hacer una cosa, mantener la distancia. Seguro

que es solo la novedad, tu cuerpo ha reaccionado a cinco minutos de interacción. Ahora, cuando empiece a trabajar en serio y la veas a todas horas, seguro que todo vuelve a la normalidad. Se te pasará en unos días —trata de animarla.

Irina asiente en un intento de convencerse de que lo que dice Patricia tiene sentido, aunque ella no se lo encuentra.

—Ojalá.

—Seguro que sí —dice Patricia con una sonrisa amable—. Además, está casada, esa es una barrera que te impedirá seguir avanzando, no te preocupes. Mira, yo creo que lo que te pasa es que a lo mejor llevas mucho tiempo sin conectar con nadie de verdad. Has visto a una mujer cuya sonrisa te ha parecido atractiva y tu cerebro se ha aferrado a eso, pero cuando la trates más en el contexto laboral, solo se quedará en eso, en una sonrisa.

Irina la mira y traga saliva. Quiere creerse lo que Patricia está diciendo, necesita hacerlo. Porque la alternativa —que la atracción que siente por Aura no desaparezca— es algo con lo que no puede lidiar ahora mismo.

—Tienes razón, seguro que es eso.

—Claro —Patricia sonríe.

La siguiente media hora la pasan hablando de otras citas desastrosas que han tenido e Irina se da cuenta de que Patricia es una mujer divertida con la que se puede tener una conversación tranquila.

—Suerte con tu nueva asistente —dice Patricia cuando se despiden en la entrada de la cafetería.

—Gracias, lo mismo para ti con tus amigas pesadas.

Patricia se ríe y se da la vuelta para caminar hacia el metro. Irina se dirige hacia el lado opuesto para ir hasta su apartamento mientras piensa en lo que le ha dicho Patricia: mantener la distancia con Aura.

Irina resopla.

CAPÍTULO 3

A pesar de que ya lleva dos semanas viviendo en Madrid, el apartamento de Aura y Marcos todavía tiene cajas que no están desembaladas, en concreto, las de Aura. No es que sean muchas, pero Aura no ha tenido tiempo ni ganas de ordenarlo todo, y quizá sea porque a ella no le gusta demasiado este apartamento. Es mucho más pequeño que el que tenían en Barcelona, con una cocina tan estrecha que apenas caben los dos al mismo tiempo, pero está cerca del trabajo de Marcos y como a él no le gusta coger el metro, Aura tuvo que conformarse porque esto era lo máximo que pueden permitirse pagar.

Es domingo por la tarde y Marcos se ha ido a lo que él llama una tarde de fútbol. No consiste en ir al estadio, sino a un bar con algunos compañeros del trabajo con los que ya parece encajar como si llevase años y no un par de meses viviendo en Madrid. A Aura no le importa que se haya marchado, no solo no le gusta el fútbol, sino que, era que Marcos se fuera o que, en lugar de ir al bar, vinieran a su apartamento, y lo que menos le apetece esta tarde es tener a un grupo de hombres gritando en el salón de su casa mientras se inflan de cerveza.

Ahora está en el dormitorio, aprovechando para ordenar un poco el armario y abrir alguna de las cajas cuando su móvil vibra sobre la

cama y Aura ve el nombre de Laura en la pantalla. Sonríe y se sienta para contestar la llamada de su mejor amiga —a la que ahora no puede ver a menudo porque vive en Barcelona— y también la hermana de Marcos y el motivo por el que ellos están juntos. Ellas se conocieron en la universidad y se hicieron tan inseparables como sus nombres, con los que Marcos siempre hace chistes gracias al parecido.

—¿Qué tal? —pregunta Laura en cuanto Aura contesta—. Siento no haber llamado antes, pero he estado muy liada. ¿Cómo estás?

—Bien —responde Aura, subiendo las piernas a la cama para acomodarse—, aquí, ordenando un poco el armario.

Laura exhala al otro lado del teléfono.

—¿Un domingo por la tarde? ¿Dónde está mi hermano?

—Se ha ido a ver el fútbol con unos compañeros de trabajo —responde Aura.

El resoplido de Laura es tan prolongado, que Aura sonríe cuando se la imagina con los ojos en blanco.

—No me puedo creer que tenga tanta cara. Acabas de mudarte ahí por él, apenas llevas dos semanas y no conoces a nadie, y él se larga al fútbol dejándote sola —dice indignada.

Aura se ríe.

—Tampoco es para tanto. Prefiero que se marche a tener que soportarlo aquí toda la tarde con sus amigos. Además, necesito terminar de ordenar esto o llegarán las Navidades y todavía habrá cajas por el medio —dice, mirando con pereza la ropa que tiene esparcida a los pies de la cama—. Y así aprovecho para hablar contigo tranquila, ya sabes lo pesado que se pone con sus bromas.

Laura pone los ojos en blanco otra vez. Le parece increíble que su hermano, a estas alturas, sea tan infantil en ocasiones.

—Está bien, cuéntame, ¿te estás adaptando?

Aura se muerde los labios y comienza a mover los dedos sobre sus piernas de forma inconsciente, como si estuviera tocando las teclas de un piano invisible. Es un gesto que hace cuando está nerviosa o incómoda, algo impulsivo que no controla y que desarrolló de pequeña, cuando sus padres la apuntaron a clases de piano. En Barcelona tenía un piano vertical en el salón de su antiguo apartamento, no era gran cosa, lo compró de segunda mano, pero era suyo y lo tocaba casi todas las tardes cuando llegaba del trabajo. Es algo que la ayuda a desconectar, su mente se apaga y su cuerpo hace una especie de reinicio, pero aquí no lo tiene. El apartamento es demasiado pequeño para tenerlo, así que Aura solo puede imaginar que lo toca.

—Más o menos —responde al cabo de un par de segundos—. El trabajo va bien, me gusta, y Carmen ha sido muy amable y se ha esforzado en enseñarme al máximo el funcionamiento de todo en estas dos semanas. El viernes fue su último día, así que el lunes empiezo oficialmente como asistente directa de la señora Ramsey.

—Suena genial. ¿Nerviosa? —pregunta Laura.

—Un poco.

En realidad, está algo más que un poco, porque cada vez que se ha cruzado con Irina su cuerpo reacciona de unas formas que a Aura le cuesta clasificar como normales. Calor, rubor, risa nerviosa, torpeza y algún que otro cosquilleo repentino que no debería haber sentido.

—No deberías estarlo, las dos sabemos que lo harás de maravilla, eres perfecta para el puesto —dice Laura.

Aura agradece sus palabras, pero no puede evitar sentir un nudo en la boca del estómago cada vez que piensa en el lunes, porque el lunes significa volver al trabajo, y volver al trabajo significa ver a Irina Ramsey. Definitivamente, Aura tiene un problema y debería buscar la forma de solucionarlo. ¿Salir más con su marido? ¿Una cena romántica? ¿Ponerse un conjunto de lencería de los que usaba en ocasiones especiales y esperar a Marcos con una bata de seda? La sola idea de cualquiera de estas opciones le da una pereza que la hace bostezar. Aura quiere a Marcos y la convivencia con él es buena, pero desde que experimenta estas sensaciones extrañas con su jefa, no deja de analizar su relación con él y la conclusión a la que llega es que lo único que hacen es eso, convivir.

—¿Y Madrid? —pregunta Laura, haciendo que Aura parpadee—. ¿Qué tal la ciudad?

Aura se encoge de hombros.

—Pues no sabría decirte, no la conozco mucho todavía. He estado tan ocupada entre el trabajo y ordenar el apartamento que apenas he salido. Tu hermano está más adaptado que yo, de hecho, está encantado, se lleva bien con los compañeros del banco y ya sabes la facilidad que tiene para conocer gente.

—¿Y tú? ¿No conoces a nadie en el trabajo?

—No —admite Aura—. Bueno, a la gente de la oficina, pero solo en el contexto laboral. No he hecho ninguna amiga todavía.

Sus dedos se vuelven a mover sobre sus muslos, tocando notas cuya melodía suena solo en su cabeza.

—Debes echar de menos tu piano —dice Laura, como si hubiera adivinado lo que hace.

Aura se detiene de golpe, mirándose las manos.

—Mucho. Ya sé que es una tontería y hay cosas más importantes por las que preocuparse, pero…

—No es una tontería, Aura —la interrumpe su cuñada—. Ese piano destartalado era tu forma de desconectar, es normal que lo eches de menos. Podrías buscar algún sitio donde apuntarte a tomar clases, así podrías tocar algunas tardes.

Aura ha pensado en ello en algún momento, pero ella no quiere tomar clases, no quiere tocar lo que un profesor le pida ni tener un tiempo limitado para hacerlo. A ella le gusta sentarse, cerrar los ojos y dejar que sus manos vuelen haciendo sonar lo que le apetezca en ese momento. Puede estar diez minutos o una hora, depende de cómo se sienta, y eso no puede hacerlo en un conservatorio.

—No he tenido tiempo de mirarlo —miente para tranquilizar a su cuñada, pero Laura no se queda satisfecha con la respuesta.

—Oye, sé que te has mudado a Madrid por Marcos, que no era lo que querías y que lo hiciste por él porque eres una buena persona, pero eso no significa que tengas que renunciar a todo lo que te hace feliz. Busca un maldito piano, Aura, e intenta socializar un poco, no puedes quedarte encerrada cada tarde esperando a que mi hermano vuelva, sabes que él siempre encuentra cosas que hacer.

Aura traga saliva, consciente de que su amiga tiene razón —como siempre— pero también es más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo.

Aura se ríe.

—Vale, lo haré.

—Genial, porque Madrid seguro que está lleno de gente interesante, solo tienes que darle una oportunidad.

Irina es una mujer muy interesante, piensa Aura con remordimiento.

—¿Cómo están las niñas? —pregunta, cambiando de tema porque necesita dejar de pensar en esa mujer.

—Imposibles, como siempre. Carla ahora quiere ser astronauta y Marta está en esa fase renegona que me tiene de los nervios.

Aura se ríe. Las sobrinas de Marcos —y por extensión, de ella— son dos pequeños torbellinos llenos de energía a quienes Aura quiere con locura.

—¿Les has dicho que las echo de menos?

—Constantemente. Ellas también te echan de menos.

Siguen hablando durante un rato más de sus sobrinas y, cuando al fin cuelgan, Aura se queda sentada en la cama, mirando la ropa que hay por todas partes y que ya no tiene ganas de guardar. En lugar de hacerlo, cierra los ojos y empieza a mover los dedos de nuevo, imaginando el sonido del Nocturno Op. 9 No. 2 de Chopin. Es una de sus piezas favoritas, la tocaba en Barcelona cuando el mundo le parecía muy ruidoso o complicado y necesitaba calmarse. Esto no es lo mismo, Aura necesita un piano, pero por ahora le sirve.

Cuando abre los ojos, el apartamento sigue siendo igual de pequeño, Madrid una ciudad desconocida y su marido sigue sin estar en casa. Aura suspira y se levanta, obligándose a guardar al menos la ropa que ha sacado de la caja mientras intenta no pensar en que mañana es su primer día como asistente directa de Irina.

CAPÍTULO 4

—Vale, Aura, tú puedes —se dice, sacudiendo las manos como si las tuviera mojadas mientras camina hacia el edificio desde la boca del metro.

Es lunes por la mañana y todavía faltan veinte minutos para su primer día sin Carmen. Ahora ya no tiene esa red de seguridad, no habrá nadie a quien preguntarle las cosas si algo se le olvida salvo a una persona: Irina Ramsey. Aura respira profundamente y sigue caminando mientras se ajusta el bolso al hombro con una mano y se tapa la boca con la otra cuando no logra reprimir un bostezo.

Ha dormido fatal. Se ha pasado la mitad de la noche tratando de recordar todo lo que Carmen le ha enseñado durante las últimas dos semanas, pero, sobre todo, pensando en Irina. Sacude la cabeza y se dice que tiene que dejar de hacer esto, no puede pensar en esta mujer de ese modo, no solo porque ella es una mujer casada, sino porque Irina es su jefa.

Está cruzando la calle enfrente del edificio cuando de repente, alguien choca contra ella justo cuando se incorpora a la acera. Aura levanta la vista entre el gentío de un lunes por la mañana en Madrid y se queda paralizada. Irina está frente a ella con el móvil en la mano y expresión culpable, vestida con uno de sus trajes y el pelo

recogido detrás con una pinza que apenas logra retener esos mechones rebeldes de su melena cobriza.

—Lo siento —se disculpa Aura de inmediato, dando un paso atrás—. No te he visto.

Irina parpadea y se guarda el móvil en el bolso.

—Tranquila, ha sido culpa mía —dice, con la voz un poco ronca.

Aura se ha dado cuenta en estos días que la voz de Irina siempre es áspera durante las primeras horas, después se suaviza, como si todo en su cuerpo despertara cuando suena la alarma salvo su voz.

—Iba distraída con el móvil. ¿Estás bien? —pregunta Irina.

—Sí, sí, perfectamente.

Irina la mira durante un par de segundos, como si quisiera decir algo o simplemente se estuviera asegurando de que Aura dice la verdad.

—Perfecto, entonces vamos —dice, señalando la entrada del edificio.

Irina abre la puerta y la sostiene para dejar pasar a una Aura, que siente que se le acaloran las mejillas y se le dibuja una sonrisa tonta que se asegura de que Irina no vea. No lo entiende, Irina solo ha sido educada, pero ha hecho sentir a Aura como si fuera la protagonista de una película romántica cuyo final prefiere no imaginarse.

Cuando llegan al ascensor, Irina pulsa el botón y las puertas se abren de inmediato. Ella entra sin dudarlo y se gira esperando a que Aura la siga, pero ella se ha quedado de pie frente a la puerta, inmóvil, por lo que Irina estira el brazo y detiene las puertas con la mano justo cuando están a punto de cerrarse.

—¿Vienes? —pregunta, arqueando una ceja.

Durante una fracción de segundo, Aura la mira como si le hubiera pedido que saltara desde el ático, pero después abre la boca.

—Iba a esperar el siguiente —susurra, e Irina frunce el ceño, descolocada.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a este?

Aura se muerde el labio, sintiéndose ridícula de repente.

—Bueno, es que mi antigua jefa era bastante reservada con su espacio personal, por así decirlo —explica Aura mientras Irina permanece inmóvil, bloqueando las puertas con su cuerpo—. No le gustaba que la molestaran en el ascensor, ni en ningún otro sitio, la verdad, así que… —Aura traga saliva, consciente de que esto es absurdo—, bueno, yo guardaba la distancia y esas cosas.

A Irina le cuesta mucho aguantarse la risa, de hecho, tiene que morderse ambos labios para contenerla, pero lo consigue.

—Yo no soy tu antigua jefa —dice, y Aura contiene la respiración —. Soy la nueva y hago las cosas a mi manera, entra.

No es una petición, es una orden tan clara que Aura obedece y casi salta para entrar en el ascensor. Se coloca en una esquina mientras Irina pulsa el botón de la tercera planta y las puertas se cierran. Los nervios comienzan a apoderarse de Aura y sus dedos comienzan a moverse contra sus muslos mientras piensa en notas musicales sin que ella sea consciente del gesto. Irina sí se da cuenta, la ve de reojo a través del espejo lateral, pero no dice nada, simplemente archiva el hecho como algo curioso e interesante que añadir a la lista de cosas que le atraen de esta mujer.

Cuando el ascensor se detiene y las puertas se abren, Irina sale primero y Aura la sigue unos pasos por detrás, mirándola de forma descarada mientras caminan hacia el despacho. Irina es imponente, para Aura no hay otra forma de describirla, y también es agradable y desprende una calidez que parece invisible, pero que Aura percibe como si fuera la única capaz de detectarla. Es un contraste que la descoloca por completo y le resulta demasiado intrigante. Quizá es eso, Irina le parece misteriosa y por eso siente esta especie de atracción, es normal, se dice mientras camina.

—Si tienes cualquier duda, entra a preguntarme —dice Irina, deteniéndose frente a la mesa de Aura, situada cerca de la puerta del despacho de Irina—. No hace falta que llames, simplemente abre la puerta y pregunta. ¿De acuerdo?

Aura asiente, aunque una parte de ella piensa por un momento que tiene que ser una trampa. Su antigua jefa, la habría fulminado con la mirada si se hubiera atrevido a entrar sin llamar, pero Irina parece sincera y es lo que hacía Carmen. Quizá no era una cuestión de confianza como ella pensó, simplemente tenía el permiso de Irina para hacerlo.

—De acuerdo.

Irina hace un gesto de asentimiento y desaparece en su despacho, cerrando la puerta con suavidad. Aura se gira hacia su mesa y sonríe sin saber muy bien el motivo, después deja su bolso y va directa hacia la zona de descanso para prepararse un café y comenzar el día.

Las siguientes horas se le pasan volando. Aura responde llamadas y las gestiona, organiza reuniones, revisa y clasifica correos

electrónicos y prepara los documentos que Irina le ha pedido para una presentación que tiene por la tarde.

A la hora del descanso, se levanta para ir al baño y a estirar las piernas, aprovechando para ir a por otro café. Cuando entra, ve a una chica rubia que está sentada a la mesa tomando una infusión mientras comprueba algo en su móvil. Aura no la conoce personalmente, pero sabe que se llama Zoe y es la sobrina de Irina. Carmen se lo dijo, de hecho, le dijo el nombre de todos los trabajadores de la empresa y le presentó a varios. Aura no los recuerda a todos, pero a ella sí.

—Hola —saluda al entrar.

Zoe levanta la cabeza y sonríe. Aura no la había visto tan de cerca como ahora en ningún momento y pensaba que no se parecía en nada a su tía, pero tiene el mismo color de ojos que Irina, ese gris azulado que parece frío, pero que transmite calidez.

—Aura, ¿no? —dice Zoe, levantándose de la silla para estrecharle la mano.

—Sí —Aura sonríe—. Encantada.

—Lo mismo digo, ¿qué tal el primer día sin Carmen?

—Bien, creo. Todavía me estoy adaptando —responde Aura.

Zoe le dedica una sonrisa sincera y Aura concluye que la sobrina de Irina le cae bien, parece cercana y amable.

—Tranquila, seguro que te acostumbras rápido, mi tía es la mejor jefa del mundo.

Aura parpadea y Zoe suelta una pequeña carcajada.

—Vale, eso ha sonado muy de amor de sobrina —reconoce divertida—, pero en serio, es una buena jefa. Puede parecer intimidante si no la conoces, pero una vez te acostumbras a ella, es

increíble. Basta con que hagas bien tu trabajo y te sentirás tan cómoda que no te querrás marchar nunca.

Si eso es verdad, no va a ayudar a que Aura deje de pensar en esa mujer.

—Es bueno saberlo —dice, mientras se termina de hacer su café —. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Cinco años. Empecé cuando terminé la universidad y no me he movido de aquí. Es un buen sitio, en serio. Buen ambiente, buenos proyectos y una jefa que no es abusiva. Eso cuesta encontrarlo —dice, dejando su taza vacía en el fregadero—. Tengo que volver al trabajo, pero nos vemos por aquí, y si necesitas cualquier cosa, me buscas, te ayudaré en lo que pueda.

—Gracias, Zoe.

—De nada, bienvenida.

Aura vuelve a su mesa sintiendo una emoción extraña después de hablar con Zoe. Le gusta este trabajo, le gusta la oficina, le gusta Zoe y…

La puerta del despacho se abre e Irina sale en ese preciso momento. Está hablando por teléfono y parece que va con prisa a la reunión que Aura sabe que tiene en dos minutos, pero eso no impide que Irina la mire y le haga un gesto cuando pasa por su lado. Es una sonrisa contenida, apenas un intento de sus labios de curvarse sin llegar a hacerlo del todo, pero Aura se queda hipnotizada observando como su silueta esbelta se pierde por el pasillo.

CAPÍTULO 5

Tres meses después.

—No deberías desayunar tan deprisa —dice Marcos desde el salón, mirando a Aura por encima del periódico mientras ella engulle una tostada sin siquiera sentarse.

—No tengo tiempo —responde, sacudiéndose unas migas que le han caído en el jersey.

En realidad, lo tendría si no hubiera desarrollado una rutina que incluye una parada cuyo tiempo nunca puede definir. Aura se levanta a las siete, se ducha, se viste, desayuna algo rápido —como ahora— y sale de su apartamento a las siete y cuarenta y cinco aproximadamente para coger el metro. Cuando se baja, camina un par de calles en dirección contraria a la agencia de Irina hasta que llega a una pequeña cafetería con un escaparate de cristal y un toldo verde. Es ahí donde no puede precisar el tiempo que estará, porque nunca sabe la cola que va a encontrar, lo que sí sabe es lo que va a pedir: un café con leche para ella y un café americano para Irina.

Este ritual lleva repitiéndose desde que un lunes, cuando Aura apenas llevaba un mes trabajando para Irina, entró en su despacho con un café americano como el que acaba de pedir y lo dejó sobre su mesa ante la mirada estupefacta de su jefa.

—Gracias —dijo Aura, sintiendo que las mejillas le ardían—, por lo de ayer.

Irina tardó un momento en reaccionar. Se quedó tan desconcertada que solo pudo asentir y dedicarle una sonrisa que hizo que el corazón de Aura latiera más fuerte.

Ahora, mientras Aura camina hacia la agencia con los dos cafés en las manos, piensa en lo absurdo de cómo comenzó todo esto, en ese domingo de hace tres meses en el que la casualidad la llevó hasta esa cafetería.

Flashback

Era media mañana de domingo y Marcos se había marchado con un compañero a jugar al golf. Su hermana Laura habría puesto el grito en el cielo si se hubiera enterado de que de nuevo estaba dejándola sola el fin de semana, sin embargo, Aura no dijo nada, se convenció de que terminaría de desembalar las cajas que le quedaban y después pediría comida india en la aplicación, pero apenas había abierto un par de ellas cuando se sintió asfixiada en ese apartamento al que todavía no se había adaptado y donde no tenía su piano para despejarse, así que se puso unas zapatillas cómodas y salió a caminar sin rumbo fijo.

Madrid todavía le parecía demasiado extraña, a pesar de venir de otra gran ciudad, le daba la impresión de que aquí había más ruido y demasiada gente. Echaba de menos Barcelona, las calles estrechas del barrio gótico y el olor a mar que llegaba hasta Gràcia los días que hacía viento, pero también era consciente de que no podía pasarse la vida extrañando lo que había dejado atrás, tenía que mirar hacia delante y esforzarse por encontrar su sitio en la capital.

Caminó durante casi una hora hasta que llegó al barrio de Salamanca, donde se perdió por las calles mirando escaparates sin demasiada atención, mientras sus dedos se movían solos escondidos dentro de los bolsillos del abrigo y ella tarareaba mentalmente una melodía. Siguió caminando, completamente absorta, hasta que, al pasar por delante de una cafetería, algo la hizo detenerse en seco. Frunció el ceño y se acercó al cristal, segura de que habría reconocido esa media melena cobriza y esa postura erguida en cualquier parte. Irina Ramsey.

Aura se quedó paralizada en la acera, observándola sin pestañear. Irina estaba leyendo algo en su móvil, completamente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor mientras esperaba a que la atendieran.

Hoy en día, Aura todavía no puede decir qué fue lo que la impulsó a entrar; puede que fuera la soledad que sentía, o quizá la necesidad de hablar con alguien que no fuera su marido, o simplemente la atracción inexplicable que sentía por esa mujer y que llevaba semanas intentando ignorar sin éxito. El caso es que, cuando se quiso dar cuenta, ya estaba dentro de la cafetería, acercándose a Irina sin saber qué iba a decirle.

—Hola —dijo, y su voz sonó como si se hubiera tragado un silbato.

Irina levantó la vista del móvil y por poco se le cae de las manos cuando vio a Aura a su lado. Su primera reacción fue de puro asombro, y Aura no estaba segura de haber hecho lo correcto al entrar y saludarla, al fin y al cabo, no eran amigas, y que Irina fuera amable en la oficina no significaba que también tuviera que serlo fuera de ella, pero Irina sonrió de repente, una sonrisa corta y

torcida que provocó tal acelerón en el corazón de Aura que pensó que iba a marearse.

—Aura —dijo Irina sin ocultar su sorpresa—. ¿Qué haces por aquí?

Aura necesitó unos segundos para responder, porque todavía estaba procesando esa sonrisa y la reacción desmedida que había provocado en su cuerpo.

—Pues… —dijo, y se rascó la frente—, mi marido se ha ido a jugar al golf con unos compañeros y estaba aprovechando para dar un paseo. No conozco Madrid todavía y…

Aura se detuvo, pensando que quizá estaba dando demasiadas explicaciones y que Irina probablemente había preguntado por educación.

—Hombres… —dijo Irina, y se encogió de hombros, perturbada porque le molestara tanto escucharla nombrar a su marido.

Después hizo un gesto con la cabeza señalando el mostrador mientras Aura intentaba borrar esa sonrisa tonta que siempre aparecía en sus labios en presencia de esta mujer.

—Pide lo que quieras, te invito —dijo Irina.

—No hace falta…

Las cejas de Irina se elevaron y Aura tuvo la sensación de que sus ojos se volvieron más azules. No fue capaz de negarse, además, le apetecía pasar esos minutos con ella, así que se pidió un café con leche y, cuando les entregaron los pedidos, salieron juntas a la calle y Aura pensó que de repente hacía calor, y eso que estaban en noviembre.

Caminaron unos cuantos pasos para alejarse de la puerta de la cafetería y Aura tenía el cerebro frito mientras buscaba algo que

decir para poder estirar esos minutos junto a su jefa, y como estaba nerviosa, soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿A ti también te ha dejado tirada tu marido?

Se arrepintió en cuanto las palabras salieron de su boca. Era una pregunta demasiado personal y ellas no tenían esa confianza, además, no sabía si Irina estaba casada, si siquiera tenía novio o estaba soltera. Lo cierto es que no sabía mucho de ella y quería saberlo todo.

Irina casi se atragantó al escucharla, pero no parecía ofendida. Simplemente, se giró hacia Aura y levantó las cejas de nuevo con expresión divertida, como si lo que acababa de decir fuera un disparate.

—No —respondió con esa determinación que tenía para todo—. Yo no estoy saliendo con nadie, Aura, pero si lo hiciera, te aseguro que no sería con un hombre.

Lo dijo con naturalidad y mirándola a los ojos, pero Irina lo dijo a propósito: quería ver la reacción de Aura al enterarse de que ella se acostaba con mujeres, y Aura se quedó congelada.

No fue el hecho de saber que Irina era lesbiana lo que dejó a Aura desconectada de la realidad durante unos segundos; fue su mente, que lo primero que hizo fue imaginarla besando a una mujer. Vio a Irina con las manos en la cintura de alguien, sonriendo contra la boca de alguien, y el corazón le dio tal vuelco que tuvo que apretar el vaso con fuerza cuando estuvo a punto de soltarlo por la impresión. De repente, Aura tenía el pulso acelerado, las mejillas le ardían y sentía un cosquilleo inquietante por el vientre que casi le arrancó un jadeo.

—¿Estás bien? —preguntó Irina mientras miraba de reojo hacia la calle, buscando un hueco para cruzar.

—Sí, sí —mintió Aura, carraspeando—. Perdona, es que me ha pillado por sorpresa, no sabía que tú…

Se calló de nuevo, sofocada, sin saber si podía terminar la frase sin meter la pata, y de forma involuntaria, los dedos de la mano que tenía libre comenzaron a moverse despacio, tocando teclas invisibles.

—Tranquila, no es algo que vaya contando por la oficina, pero tampoco lo escondo —respondió, observando el gesto que Aura hacía con la mano de reojo.

—Claro —asintió Aura sin saber qué más decir.

Se quedaron en silencio un momento tras eso. Irina se terminó su café y tiró el vaso en la papelera que tenía al lado.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —preguntó de repente.

Aura parpadeó, con el pulso todavía acelerado.

—No, solo paseaba sin rumbo.

—Bien —dijo Irina, entornando la mirada cuando las nubes se movieron y el sol le dio en la cara—. Entonces deja que te haga de guía durante una hora. Después he quedado con mi hermana para comer, pero hasta entonces me da tiempo de enseñarte algunos sitios del centro. Si quieres.

Aura debería haber dicho que no. Debería haber buscado una excusa educada, haber vuelto a su apartamento vacío y sin piano y haber mantenido la distancia con su jefa, pero no lo hizo.

—Me encantaría.

Irina asintió y empezó a caminar. Ella también sabía que no debería haberla invitado, que ofrecerse a hacerle de guía era solo

una excusa para pasar tiempo con una mujer que le estaba quitando el sueño por las noches, una mujer que además estaba casada y, aun así, Irina no había podido controlarse, pero tampoco hacían daño a nadie por pasear, se dijo a sí misma para no sentirse culpable. Solo estaba siendo amable. Aura era nueva en la ciudad y ella se conocía las calles de memoria, era normal que le mostrara algunas.

Durante esa hora, callejearon por el centro, donde Irina la llevó a la Plaza Mayor, le contó historias de algunos edificios y la llevó por calles estrechas llenas de tiendas antiguas que Aura jamás habría encontrado sola. Para sorpresa de ambas, no hubo más silencios. Hablaron de todo un poco mientras caminaban: de Madrid y Barcelona, de comida, de libros y de idiomas. Irina le preguntó por su familia y Aura le habló de sus padres, ambos profesores, y de su hermana mayor que vivía en Berlín y con la que apenas hablaba.

Cuando llegó su turno, Irina le contó que su padre era escocés y su madre rusa —Aura ya lo sabía— pero que ella y su hermana mayor habían nacido en España. Que creció hablando tres idiomas en casa y que sus padres se conocieron en Madrid en los años ochenta y ya no se fueron.

—Tengo que marcharme ya —dijo Irina cuando miró su reloj y vio que había pasado más de una hora y que para ella había transcurrido como si fueran minutos.

—Claro, por supuesto —dijo Aura—. Gracias por todo, por el café y por el paseo, me lo he pasado muy bien —añadió con una sonrisa amplia que hizo que Irina contuviera la respiración.

—Ha sido un placer. Nos vemos mañana.

Irina se fue en una dirección y Aura en la contraria, pero durante todo el camino de vuelta a su apartamento, no pudo dejar de pensar en la sonrisa torcida de su jefa, en la forma en que hundía el cuello en el abrigo cuando había una ráfaga de aire, o como los mechones cobrizos y desordenados de su media melena se movían cuando andaba, pero, sobre todo, Aura pensaba en que a Irina le gustaban las mujeres, y no entendía por qué saber esto le parecía tan importante ni por qué demonios le aceleraba el pulso de ese modo cada vez que lo pensaba.

El recuerdo se disipa cuando Aura llega a la entrada del edificio. Son las nueve menos cuarto cuando sube en el ascensor y camina hacia su mesa. Irina todavía no ha llegado, pero Aura ya no le deja el café en su despacho como hacía los primeros días; ahora lo deja sobre su propia mesa porque le gusta presenciar ese momento en el que Irina lo coge y le da las gracias.

A las nueve en punto, Irina aparece por el pasillo y el corazón de Aura se retuerce —como cada día— en cuanto levanta la vista y la ve. Tres meses trabajando con ella y todavía no ha encontrado el modo de que su jefa no le provoque esas reacciones.

Irina avanza hacia su mesa, alternando la mirada entre Aura y el café hasta que se detiene frente a ella y la mira fijamente durante unos segundos. Cada día hace lo mismo, como si estudiara a Aura o la estuviera memorizando, y a Aura le resulta imposible saber lo que piensa en ese breve espacio de tiempo, aunque ella siempre contiene el aliento en ese momento. Irina está pálida por el frío de febrero, pero sus mejillas están completamente rojas por el contraste de temperatura entre la calle y el interior del edificio. Sus

ojos siempre parecen más grises por la mañana —Aura se ha fijado en eso— y los labios le brillan por el protector.

—Buenos días, ¿es para mí? —pregunta Irina con esa voz rasposa que tiene durante las primeras horas del día, señalando el café mientras levanta un poco la ceja.

A Aura le encanta este momento. Irina sabe que es para ella, pero siempre le pregunta antes de cogerlo y, a Aura le parece que su tono cada día es más coqueto.

—Sí, para ti —dice, e Irina traga saliva ante la intensidad de la mirada de Aura—. Y deberías tomártelo rápido, tienes una reunión en diez minutos.

Irina suspira, sintiéndose agotada antes de empezar.

—Gracias —dice, levantando el vaso antes de encerrarse en su despacho.

Aura se recuesta en la silla y se queda muy quieta cuando llega a la conclusión de que este es su momento favorito del día, esos diez segundos en los que Irina camina hacia ella, coge su café y la mira.

—Mierda… —susurra, porque a estas alturas Aura ya no puede seguir engañándose.

Está enamorada de Irina Ramsey y no sabe qué hacer al respecto, aunque sí sabe lo que no debería hacer.

CAPÍTULO 6

Irina sale del coche y camina hasta la puerta de la casa de su hermana después de haber hecho varias respiraciones profundas y haberse concienciado de que puede con esto. No es que no quiera ver a Olga —adora a su única hermana— pero viene para una comida familiar, lo que se traduce en que sus padres también estarán ahí, y eso significa que Irina tendrá que lidiar con su madre, con sus comentarios pasivo-agresivos y con esa forma que tiene de mirarla como si su hija pequeña fuera un proyecto inacabado que jamás logrará cumplir sus expectativas.

Suelta el aire despacio una vez más y llama al timbre. La casa de su hermana es grande, con un porche delantero y un jardín trasero que disfrutan mucho en el verano. A Irina siempre le ha parecido una casa acogedora y se siente muy a gusto cuando viene, salvo que coincida con su madre.

—Mi tía favorita —dice Zoe cuando abre la puerta, lanzándose sobre ella como si no la hubiera visto en meses cuando se ven todos los días en el trabajo.

—No tienes más tías —se ríe Irina, estrechándola con fuerza antes de darle un sonoro beso en la mejilla—. Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Genial —responde con esa alegría desbordante que la caracteriza—. Mamá está en la terraza cubierta, voy a la cocina a por bebidas y salgo enseguida. ¿Vino?

—Por favor —responde Irina, dejando su abrigo en el colgador.

Zoe desaparece por el pasillo y con ella también lo hace esa energía eléctrica que la acompaña a todas partes, igual que cuando era pequeña. Irina atraviesa el salón —decorado con el gusto exquisito que siempre ha envidiado de su hermana— y sale a la terraza cubierta que da al jardín trasero.

Olga está sentada en una de las sillas con una copa de vino blanco en la mano y su melena rubia recogida en un moño alto. No se parecen en nada salvo en el color de los ojos.

—Pensé que llegarías antes —dice Olga, dándole un abrazo.

—He salido tarde de casa —explica Irina, aunque obvia decirle que lo ha hecho a propósito para retrasar su llegada, pensando que sus padres ya estarían aquí.

—Siéntate, anda —dice Olga—, como ves, mamá y papá no han llegado todavía.

Irina no puede detener la sonrisa relajada que se expande por su cara y se sienta al lado de su hermana.

—¿Dónde están Damián y Sergio? —pregunta, refiriéndose al marido de Olga y al novio de Zoe.

—Han ido a buscar la comida que hemos encargado. Espero que tengas hambre, Zoe ha pedido comida para una docena, no sé qué le pasa últimamente.

Irina sonríe y justo en ese momento aparece su sobrina para entregarle una copa de vino.

—Gracias, Zoe —dice Irina y, cuando su sobrina va a sentarse con ellas, le suena el teléfono y se disculpa.

—Ahora vuelvo —dice, dejándolas a solas de nuevo.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo estás? —pregunta Olga.

Irina se encoge de hombros.

—Bien, como siempre —responde de forma automática.

—¿Segura?

Irina resopla, odia que su hermana haga eso, y lo hace cada vez que se ven.

—Estoy bien, Olga. Trabajo mucho, pero no hay nada nuevo.

Es una mentira tan grande que Irina se inclina hacia delante para coger su copa y no tener que sostenerle la mirada a su hermana. Claro que hay algo nuevo, o no tan nuevo, pero algo que lleva más de tres meses ocupando cada uno de sus pensamientos: Aura Riquer. Irina suspira cuando piensa en los labios carnosos de Aura, en esa forma expectante de mirarla todas las mañanas cuando coge el café o en ese gesto extraño que hace con los dedos cuando está nerviosa y que tiene muy intrigada a Irina.

—¿Sales con alguien? —pregunta su hermana de repente.

El vino se le va por el otro lado e Irina empieza a toser con violencia hasta que los ojos le lloran y las mejillas le arden.

—Por Dios, Irina, solo era una pregunta —dice Olga, acariciándole la espalda mientras se calma.

—No es por la pregunta, solo me he atragantado.

—Entonces…

—No salgo con nadie, Olga. Estoy muy soltera, tal y como le gusta a nuestra madre.

Olga pone los ojos en blanco.

—No digas estupideces, sabes que a mamá no le gusta que estés sola, es solo…

—¿Qué? —Irina arquea una ceja—. ¿Que prefiere eso antes que verme con una mujer?

—Ignórala, sabes que te quiere, pero le cuesta.

—Eso es muy fácil decirlo cuando tú eres la hija perfecta que le ha dado una nieta perfecta porque tiene novio y probablemente le dará bisnietas perfectas.

Olga abre mucho los ojos.

—Dios, perdona —dice Irina, exhalando con fuerza.

Su hermana se acerca y le da un beso en la cabeza.

—Perdóname tú, siempre te digo lo mismo porque no quiero que te sientas mal, pero sé lo difícil e incómodo que es para ti, y estoy de tu parte, Irina, a mí me importa una mierda con quién te acuestes. Solo quiero verte feliz.

—Lo sé —Irina le da un apretón en la rodilla y da otro sorbo de vino.

—Entrad, papá y Sergio ya han llegado con la comida y los abuelos están aparcando —anuncia Zoe.

Irina se tensa de forma automática ante la noticia, y se termina el vino que le queda de un trago antes de entrar.

La comida transcurre de forma predecible, como casi todas. Su padre, Alistair, habla sobre un artículo que ha leído en *The Guardian* y su madre, Elena, comenta lo deliciosa que está la comida, pero añade que habría estado mejor si la hubiera cocinado ella. Irina y Olga intercambian una mirada al escucharla y no dicen nada. Damián y Sergio hablan de sus trabajos y Zoe está extrañamente callada, pero sonríe y participa en la conversación si le preguntan.

Todo parece ir bien, hasta que Elena, como no puede ser de otra manera, dirige su atención hacia Irina.

—¿Y tú, hija? ¿No nos cuentas nada? ¿Cómo va la empresa?

Irina suspira. Parecen preguntas normales que cualquier madre haría, pero solo son el preludio de lo que viene después.

—Bien, mamá. Acabamos de cerrar un contrato importante con una productora británica.

—Qué bien —dice Elena—, pero creo que trabajas demasiado, deberías dedicar algo de tiempo a otras cosas.

Todos en la mesa saben perfectamente que esas cosas de las que habla significan encontrar pareja —a ser posible masculina— y sentar cabeza porque según Elena, mientras siga soltera, es una mujer que está perdida, y hacer algo de lo que Elena pueda presumir delante de sus amigas, como quedarse embarazada.

—Estoy bien así —responde Irina con sequedad.

—Eso dices siempre, pero estar sola no es…

—Mamá —interrumpe Olga—, déjala en paz, ¿quieres?

Elena tuerce el gesto y abre la boca para protestar, pero Zoe se levanta de forma tan repentina que su rodilla golpea contra la mesa y todas las cabezas se giran hacia ella.

—Hija, ¿estás bien? —pregunta Olga, pero Zoe sonríe, sonrojada, y Sergio se levanta y le coge la mano.

—Tenemos que deciros algo —anuncia con la voz temblorosa.

Irina se recuesta en su silla, sonriendo.

—Nos hemos prometido —dice Zoe, alzando la mano para mostrar el anillo—, y nos gustaría celebrar la boda más bien rápido, porque estoy embarazada.

El silencio ante la noticia dura apenas un segundo antes de que Olga suelte un chillido de emoción y se levante para abrazar a su hija. Alistair se pone en pie y le da un apretón de manos a Sergio mientras que Elena, se lleva las manos a la boca, emocionada. Irina se queda un momento sentada, sonriendo mientras espera a que todos terminen de abrazar a su sobrina para poder hacerlo ella.

—Enhorabuena, cariño —le susurra al oído—. Me alegro muchísimo por ti.

—Gracias, tía.

Cuando se sientan de nuevo, Irina está agradecida por la noticia, porque toda la atención de su madre ya no está centrada en ella, sino en Zoe y ese bisnieto que le dará.

—¿Cuándo queréis casaros? —pregunta Damián.

—Lo antes posible, papá. Me gustaría que el embarazo no se note mucho, si puede ser.

—Si lo quieres rápido, tendrá que ser por el juzgado —dice Olga —. Podemos hacer la celebración aquí, en el jardín. Tenemos espacio de sobra y lo podemos planificar para abril o mayo, hará mejor tiempo y todavía no se te notará mucho.

—Genial —dice Zoe, entusiasmada.

—Pues ya está decidido, ¿a cuánta gente quieres invitar? —pregunta Olga para empezar a calcular espacios y presupuesto.

—Pues a la familia más cercana, obviamente. Algunos amigos y también me gustaría invitar a gente del trabajo. Casi a media empresa, la verdad —reconoce divertida—, paso más tiempo con ellos que con nadie y me gustaría que estuvieran ahí.

Irina, que estaba dando un sorbo a su tercera copa de vino, se atraganta de nuevo. No tan fuerte como antes, pero sí lo suficiente

como para toser, ponerse roja y hacer que todos la miren.

—¿Media empresa? —pregunta con voz ronca, pensando en Aura, a la que ha visto tomar café muchas veces con su sobrina.

—Sí —responde Zoe—. Al menos a Alberto, Sandra, Miguel, Cristina, Aura...

Ahí está. Irina se desconecta cuando escucha su nombre. La sola idea de imaginar a Aura con un vestido elegante, bailando y sonriendo mientras ella… Irina parpadea.

—¿En serio te apetece verlos también aquí? —pregunta, y se da cuenta de inmediato de que Zoe ha dado sus motivos hace unos segundos.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Zoe es muy sociable y se lleva bien con todo el mundo, y tampoco sois tantos trabajadores, cabemos de sobra —dice Olga.

Zoe rodea la mesa y se acerca a Irina.

—Si te incomoda porque eres la jefa, lo entiendo, no hace falta que vengan, puedo tomar algo con ellos otro día, no me importa.

Irina suspira y sonríe.

—Ni hablar. Es tu día y aquí deben estar todas las personas que tú quieras. Estaré encantada de que vengan, de verdad.

Zoe le da un beso en la mejilla y se gira para sentarse al lado de su abuela y empezar a hablar de los preparativos. Irina las escucha, pero ella solo puede pensar en que si Aura acepta la invitación, para ella será una auténtica tortura tener que verla entrar del brazo de su marido y presenciar cómo el hombre besa esos labios con los que ella está obsesionada.

CAPÍTULO 7

Irina parpadea frente a la pantalla de su ordenador y aparta la mirada, dirigiéndola hacia la ventana mientras se frota las sienes con fuerza. Lleva desde que se ha levantado con una especie de presión detrás de los ojos que siempre termina en una migraña si no hace nada. Se ha tomado un analgésico con el café que Aura le trae todos los días, pero Irina conoce perfectamente el comportamiento de sus dolores de cabeza y sabe que, si a estas alturas no se le ha pasado, solo irá a peor si no se toma otra pastilla, deja de trabajar y se tumba hasta que se le pase.

Un golpe suave en la puerta la hace girar la cabeza para ver a Aura asomarse tras abrir.

—¿Puedo pasar?

—Claro, te he dicho mil veces que no hace falta que llames, Aura.

—Lo sé —sonríe sonrojada, pero lo sigue haciendo porque es una costumbre que le cuesta quitarse.

Aura cierra la puerta y se acerca a su mesa con un documento en la mano y la expresión de una niña que sabe que ha hecho algo malo y viene a confesar.

—Perdona que te moleste —dice, sentándose frente a Irina—. Tenía tiempo y he revisado el archivo que me has pasado esta

mañana para que se lo enviara al cliente de la editorial.

Irina frunce el ceño, sin entender.

—¿Te refieres al archivo de la traducción del manual técnico?

—Sí, ese —responde Aura, apretando tan fuerte la hoja impresa que la está arrugando.

—Vale, ¿hay algún problema?

Aura se muerde el labio y mira la hoja fijamente mientras esa boca que es objeto de la obsesión de Irina se abre y se cierra sin soltar una palabra.

—Aura.

—Creo que hay un error —dice por fin, mirándola como si pidiera perdón por haberlo descubierto.

Las cejas de Irina se elevan. En los cuatro meses que Aura lleva trabajando para ella, jamás le ha señalado un error en su trabajo, básicamente porque Irina tiene fama de ser muy precisa en sus traducciones, motivo por el que ha destacado en su sector.

—¿Un error? —pregunta, con un tono más seco de lo que pretendía mientras se pasa la mano por la nuca y aprieta para aliviar un poco la presión que siente.

Aura traga saliva, aunque han pasado varias horas, la voz de Irina sigue estando rasposa, como si su cuerpo estuviera adormecido todavía. También está más seria y algo pálida, pero Aura no se atreve a preguntar si le sucede algo.

—Sí, bueno, técnicamente hablando no es un error. La traducción es correcta, pero creo que hay una palabra que se puede mejorar, y como eres tan meticulosa he pensado que debía decírtelo.

Irina la mira fijamente durante unos segundos. Aura se está poniendo roja y los dedos de su mano izquierda se están moviendo

lentamente sobre el papel mientras espera una respuesta. Irina podría sentirse ofendida ahora mismo —porque su ego profesional está siendo cuestionado— pero en lugar de eso, lo que siente es mucha curiosidad. Aura no es traductora, es filóloga y gestora, pero tiene muy buen ojo para los idiomas que domina.

—De acuerdo —dice Irina, recostándose en su silla mientras siente que la presión detrás de sus ojos se convierte en un latido palpitante—. Hazme un favor, Aura, ve a por otro de esos cafés y después miramos ese error.

Aura parpadea y de repente sonríe, y a Irina el corazón se le acelera.

—¿Qué?

—Nada, es que pensé que a lo mejor te enfadarías —dice Aura.

—¿Por qué iba a enfadarme? Si has encontrado algo que se puede mejorar, quiero verlo. Ve, te espero.

Irina le entrega un billete y Aura asiente y sale del despacho, volviendo veinte minutos después con dos cafés y la hoja doblada en el bolsillo trasero de su pantalón. Irina se levanta de su mesa y señala la mesa redonda que tiene en la esquina del despacho, la que utiliza para este tipo de reuniones.

—Gracias —dice, aceptando el café—, siéntate donde quieras y lo miramos.

Aura elige estratégicamente una de las sillas que la dejan de forma paralela a la ventana, porque sabe que Irina se sentará a su lado y hoy hace sol y a Aura le encanta ver el efecto que provoca el reflejo contra el pelo cobrizo de su jefa.

Irina deja su portátil con el documento abierto sobre la mesa y se sienta al lado de Aura como ella esperaba, después abre la mano

y se lleva un analgésico a la boca que se traga con un sorbo de café, dándole a Aura la oportunidad perfecta para preguntar.

—¿Te encuentras mal?

—Me duele la cabeza desde que me he levantado y me está costando lograr que se me vaya —suspira Irina—. Venga, enséñame ese error.

Aura la mira un momento. Ahora mismo, lo que quiere es levantarse, pedirle que cierre los ojos y hacerle un masaje en el cuello y en los hombros para ayudarla a relajarse, pero se traga su pensamiento y fija la mirada en la pantalla, moviendo el cursor hasta que encuentra lo que busca.

—Aquí —dice, señalando un párrafo—. Has traducido "implementar" como "implementar" en español, que es correcto, pero en este contexto técnico específico, "desplegar" sería más preciso. Es un matiz, pero creo que funcionaría mejor.

Irina lee el párrafo completo y después vuelve a leerlo con la palabra que Aura le sugiere en lugar de la suya. Parpadea, perpleja, porque Aura tiene razón. La palabra encaja mejor con el tono técnico del manual, es más específica que la que ella ha utilizado.

—Tienes razón —admite, y sonríe ligeramente cuando la mira—. Es mejor como tú dices.

Aura se alegra de estar sentada, porque el sol hace brillar ese tono cobrizo del pelo de su jefa y también aumenta el tono azulado de sus ojos, lo que se traduce en que Aura sienta unas repentinas ganas de besarla que casi la marean.

—Haremos una cosa —dice Irina, completamente ajena a los pensamientos de Aura—. A partir de ahora, quiero que revises todas

mis traducciones de francés antes de enviarlas. Si puedes encontrar mejoras como esta, quiero que me las señales.

—Será un placer —dice Aura, deseando encontrar mil errores como ese si con ello puede pasar un rato sentada con ella.

—Buen trabajo, Aura —dice, y sin darse cuenta de lo que hace, le da un pequeño apretón en el brazo.

El contacto dura apenas dos segundos antes de que Irina sea consciente de que es una línea que no debe traspasar y aparta la mano de inmediato, pero Aura siente que la corriente le atraviesa todo el cuerpo y que el calor de la mano de Irina se queda sobre su piel incluso cuando ya la ha quitado. Se queda completamente paralizada, con la boca medio abierta mientras mira fijamente los ojos de su jefa, que ahora le parecen más grises que azules.

Irina siente que la respiración se le corta ante la intensidad de la mirada de Aura. Intenta convencerse de que son alucinaciones suyas, de que Aura no puede sentirse atraída por ella, pero cuando la mira así, Irina tiene muchas dudas.

—Bueno, gracias por señalar el error —dice, tratando de cortar ese momento de tensión que hace que la presión detrás de sus ojos aumente.

Aura apenas puede respirar todavía, porque en ese momento, sentada al lado de Irina con el pulso acelerado y algo cosquilleándole por el vientre es cuando toma la decisión. No puede seguir casada con Marcos. No cuando la única persona que le despierta estas sensaciones viscerales, ese fuego bajo la piel que hacía años que no sentía y esos acelerones en el pecho, no está en su casa sino aquí, en el trabajo. Aura comprende que esto no se le va a pasar, sino que va a ir a más porque lleva meses fantaseando

con esta mujer que no es su marido y despertándose los fines de semana deseando que sea lunes para verla.

En el fondo, hace tiempo que lo sabe, pero se ha intentado convencer de que este enamoramiento que tiene con Irina se le podía pasar, que era algo caprichoso, pero ahora sabe que no, que esto solo irá a más, y eso no es justo ni para Marcos ni para ella misma.

La puerta se abre de golpe y ambas se echan un poco hacia atrás en sus sillas por puro instinto a pesar de que no estaban haciendo nada cuando Zoe entra como un torbellino, llenando el despacho con esa energía caótica que Irina nunca ha sabido decir de quién la ha heredado.

—Oh, lo siento, tía, estás ocupada —dice, deteniéndose en seco —. Hola, Aura.

—Hola —saluda Aura, todavía aturdida.

Irina le hace un gesto para que se acerque.

—Tranquila, ¿qué pasa? —pregunta, cerrando el portátil.

—Ya tenemos fecha para la boda —dice, con una sonrisa enorme.

Irina se levanta de la silla, pero en cuanto está de pie, siente una punzada de dolor atravesarle la sien izquierda con tanta fuerza que tiene que quedarse quieta unos segundos, agarrándose al respaldo de la silla.

Zoe frunce el ceño y Aura también se levanta.

—¿Tienes migraña? —pregunta su sobrina.

—Parece que quiere venir a visitarme, pero ya me he tomado un par de analgésicos, se me pasará.

Irina se obliga a sonreír para no preocuparla y camina hacia ella para abrazarla y besarle la mejilla.

—Estoy muy contenta por ti, cariño. ¿Cuándo es?

Aura se estremece al ver la escena. Sabe que Irina es una mujer cercana, pero ver lo afectiva que es con su sobrina, hace que se enamore un poco más.

—Dentro de un mes y medio, para la segunda semana de abril. Sé que es un poco pronto, pero ya sabes, no quiero que se note mucho —dice, tocándose el vientre.

Aura parpadea.

—Me parece perfecto —responde Irina, y Zoe se gira hacia Aura de repente, que sigue observando la escena en silencio.

—Ahora que ya tenemos fecha, puedo invitarte oficialmente a mi boda, Aura. Espero que vengas con tu marido. Será algo informal en el jardín de mis padres, pero te prometo que será divertido.

Irina se tensa como un junco, no puede evitarlo cada vez que alguien menciona al marido de Aura.

—¿Vendrás? —insiste Zoe.

Aura está completamente descolocada ante la invitación. Abre la boca un par de veces, pero no le sale ninguna palabra porque ella solo puede mirar a Irina, buscando… ¿qué? ¿Ayuda? ¿Permiso? Aura no lo sabe. La sola idea de imaginarse en una celebración familiar de los Ramsey con Irina por allí, vestida para la boda de su sobrina, en un contexto que no tiene nada que ver con el trabajo… La boca se le acaba de secar.

—Te agradezco la invitación, Zoe —consigue decir—, pero no sé si debería ir, es algo para familia y amigos.

—Tú eres mi familia del trabajo —espeta Zoe—, y quiero que… —se interrumpe cuando le suena el móvil y descuelga mascullando una disculpa para Irina y señalando a Aura con el dedo antes de salir del despacho, dejándolas a solas otra vez.

—¿Crees que debo ir? —pregunta Aura antes de que el silencio que ha dejado Zoe se vuelva incómodo.

Irina traga saliva y aprieta la mandíbula. Quiere decirle que no, que no se le ocurra aparecer por allí de la mano de otra persona, que no la obligue a tener que presenciarlo porque se pasará toda la boda con un nudo en el estómago, pero no se trata de lo que quiere ella, se trata de lo que quiere su sobrina.

—Eso no te lo puedo decir yo, Aura. Te ha invitado porque quiere que vayas, pero si no te sientes cómoda o no te apetece, no estás obligada.

—Sí que quiero ir, Zoe me cae muy bien, es solo…

Aura se detiene, estaba a punto de preguntarle a Irina si a ella le molestaría que vaya, pero es una pregunta estúpida. Se llevan bien, ¿por qué iba a molestarle? Además, Irina ni siquiera le prestará atención, estará con su familia y…

Irina se apoya en la mesa y se pasa la mano por la cara, pálida de repente.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose a ella.

Irina asiente, pero es mentira, el dolor aumenta y empieza a tener náuseas.

—¿Te importa bajar un poco la persiana?

—Claro.

Aura lo hace, baja la persiana, pero no un poco, lo hace hasta que casi deja el despacho en penumbra y después se acerca a Irina

y la coge por el brazo con suavidad.

—Ven, túmbate en el sofá.

—Tengo trabajo pendiente, Aura…

—Y estás blanca como la pared —el tono de Aura es seco y decidido, e Irina siente tanto dolor que no tiene energía para discutir, así que obedece y se tumba en el sofá.

Aura la tapa con una de las dos mantas que Irina siempre tiene allí y baja la persiana del todo, iluminándose con la pantalla de su móvil para volver hasta el sofá.

—Cierra los ojos y relájate —susurra—, no te pasaré llamadas y dejaré la puerta entornada. Si te encuentras peor, avísame.

Irina quiere darle las gracias, pero el dolor es tan intenso ahora mismo que no tiene fuerzas para hablar, así que solo asiente y se deja llevar por la oscuridad mientras escucha los pasos de Aura cuando se aleja.

Lo último que piensa antes de quedarse dormida, es que Aura huele a mango y que le gustaría que se quedara.

CAPÍTULO 8

Un mes después.

—Buenos días —dice Irina, saludando a la recepcionista cuando llega al edificio.

Son las nueve y un minuto, y camina a paso rápido hacia su despacho con la misma sensación de anticipación que tiene todas las mañanas cuando sabe que, antes de entrar, se encontrará con Aura y su sonrisa mientras la espera con dos cafés sobre la mesa, uno para ella y otro para Irina.

Cruza la puerta que lleva a la antesala de su despacho y se detiene en seco cuando ve que la mesa de Aura está vacía. No es que su asistente personal no esté porque ha ido al baño o a hacer cualquier recado en otro despacho de la planta, es que la luz está apagada, igual que el ordenador de Aura, y su chaqueta y su bolso no están en el colgador que tiene en el rincón.

De repente, Irina se siente completamente desubicada. Está tan acostumbrada a Aura que tiene la sensación de que su rutina se ha roto como si alguien hubiera movido los muebles de su casa en mitad de la noche y ahora no supiera dónde puede encontrar nada. Le falta el café al que Aura la tiene malacostumbrada cada mañana —e Irina no funciona sin café— pero, sobre todo, lo que le falta es

ella, y la sensación de vacío es tan inmensa que tiene que respirar profundamente para controlarla.

Se gira sin llegar a entrar y camina de vuelta hacia la recepción, donde Sofía, la recepcionista a la que ha saludado hace un par de minutos, levanta la vista de su ordenador al ver de nuevo a su jefa.

—¿Ha llamado Aura? —pregunta sin rodeos—. ¿Algún mensaje para decir que se retrasaba?

Sofía niega con la cabeza.

—No, señora Ramsey, no he recibido ninguna comunicación suya.

Irina se queda ahí de pie durante unos segundos con el ceño fruncido, sintiéndose tan descolocada que no sabe qué hacer. Aura nunca llega tarde, no lo ha hecho ni una sola vez en los cinco meses que lleva trabajando para ella, así que Irina comienza a preocuparse.

—Hola, tía.

La voz de Zoe hace que Irina se gire para verla entrar por la puerta, quitándose el abrigo mientras avanza hacia ella.

—¿Por casualidad has visto a Aura? —pregunta de inmediato.

Zoe parpadea, sorprendida por la pregunta y porque su tía esté ahí, plantada como un árbol en medio de la recepción.

—No, no la he visto, ¿por qué?

—No está en su mesa, y me parece raro, nunca llega tarde.

Zoe se encoge de hombros y sonríe con ese aire despreocupado que forma parte de su personalidad.

—Hoy el tráfico está imposible, no te preocupes, ya llegará.

Irina quiere decirle que Aura no tiene coche, que siempre viene al trabajo en metro o caminando, pero se muerde la lengua porque

sabe cómo sonará eso: a jefa obsesiva o demasiado pendiente de su asistente.

—Claro —responde, y besa la frente de Zoe—. Te veo después.

Irina va directamente hacia su despacho, enciende el ordenador, deja el bolso en una de las sillas y se quita el abrigo antes de sentarse. Tiene varios correos en la bandeja de entrada, una reunión con un cliente en unas oficinas cercanas a las diez y media y una traducción que revisar antes del mediodía. Debería ponerse a trabajar, pero no puede.

Permanece sentada frente a la pantalla mientras mira hacia la puerta de su despacho. La ha dejado entreabierta a propósito, porque está preocupada y si Aura no llega en la próxima media hora, ha decidido que la llamará a su móvil personal.

Los minutos pasan e Irina comienza a desesperarse. Saca el móvil y busca su contacto porque Aura no ha llamado para decir que se retrasaba y no le parece normal. Su asistente es una mujer responsable, pero mientras mira su nombre en la pantalla, se da cuenta de que solo han pasado quince minutos. ¿Se está volviendo paranoica? O peor, controladora. Ella y Aura no son nada, si no viene a trabajar, ya dará explicaciones mañana, seguro que tiene un buen motivo.

Irina está dejando el móvil sobre la mesa cuando escucha pasos apresurados y la puerta de su despacho se abre de golpe. Aura entra como un vendaval, con el pelo algo despeinado, un café en cada mano y cara de estar muy estresada.

—Lo siento muchísimo —dice de inmediato, acercándose a la mesa de Irina mientras deja uno de los cafés sobre ella con tanta torpeza que casi lo tira—. El metro se ha averiado a mitad de camino

y ha tardado casi veinte minutos en ponerse en marcha. Después he corrido hacia la cafetería, pero había cola y…

—Aura —la corta Irina.

Aura deja de hablar de golpe y parece tomarse un momento para respirar mientras la mira.

—No pasa nada, pero quiero que tengas claro que los cafés no son una obligación, no tienes que correr ni estresarte para ir a buscarlos, puedo ir yo perfectamente.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo —suelta Aura sin pensar.

Irina no sabe qué responder y simplemente la mira. Es entonces cuando se da cuenta de que Aura tiene las ojeras muy marcadas, como si no hubiera dormido durante las últimas noches. Hace días que lo nota, pero hoy es más evidente porque la mirada siempre brillante de Aura parece estar más apagada. Irina siempre lo atribuye a que son sensaciones suyas, pero ahora se da cuenta de que no es así, porque además de ojeras, Aura transmite una tristeza que acaba de hacer que el estómago de Irina se encoja.

—Bueno, pues ya está —dice Aura, haciendo parpadear a Irina —. Me vuelvo a mi mesa, me pondré al día enseguida.

—Aura, espera.

—¿Qué? —pregunta, casi jadeando.

—¿Estás bien? —Irina se levanta de la silla, aunque no se mueve de ahí.

—Sí… —de repente, Aura siente que tiene una piedra en la garganta y no puede tragar.

—¿Segura?

Aura asiente, pero se muerde los labios antes de hablar.

—Sí —responde, forzando una sonrisa—, es que estoy teniendo una semana complicada, pero estoy bien.

Está mintiendo e Irina lo sabe. Lo nota en su expresión, en cómo ha evitado mirarla a los ojos al decirlo y en esa tristeza que parece emanar de ella cada vez con más fuerza, pero Irina no puede hacer nada si Aura no quiere hablar, al fin y al cabo, ni siquiera se puede decir que sean amigas como para que la considere digna de su confianza.

—De acuerdo —dice, y le sonríe con suavidad—. Gracias por el café.

Aura le devuelve la sonrisa, esta vez de verdad, y sale del despacho cerrando la puerta.

Una hora después es Irina la que sale para ir a reunirse con el cliente de las diez y media, con el que tiene que revisar los términos de un contrato de traducción para una serie documental.

Cuando abre la puerta, Aura tiene el teléfono pegado a la oreja mientras mira fijamente su pantalla. Irina la mira de reojo al pasar y se da cuenta de que parece completamente absorta, sin prestar atención a lo que mira ni a lo que escucha mientras los dedos de su mano libre se mueven sobre su pierna, haciendo ese gesto extraño que intriga tanto a Irina y por el que no se atreve a preguntar.

Está a punto de torcer hacia el pasillo cuando de repente la escucha.

—Ya lo sé —susurra Aura al teléfono—, pero eso no va a cambiar mi decisión, Marcos, y ahora no puedo hablar, estoy trabajando.

Irina no se detiene para seguir escuchando, no solo no es de su incumbencia, sino que cada vez que escucha el nombre de su marido, algo se le retuerce por dentro sin que pueda evitarlo, pero lo

que sí que intuye es que sea lo que sea lo que le pasa a Aura, tiene que ver con él.

Regresa de la reunión casi dos horas después, con la cabeza embotada y el contrato firmado.

Aura sigue ahí cuando entra, sentada en su mesa con expresión concentrada mientras anota algo en su agenda personal.

—Hola —dice Aura cuando escucha que Irina se acerca a su mesa, y sus ojos se abren mucho cuando su jefa deja un vaso de café con leche frente a ella.

—Te he traído otro —dice Irina—, para compensar el estrés que has pasado esta mañana para traerme mi café.

—No hacía falta, Irina… —empieza Aura, pero Irina la interrumpe cuando rodea la mesa y se agacha junto a ella, haciendo que el corazón de Aura dé un vuelco.

—También te he traído esto.

Irina saca un bolígrafo de su bolsillo metido en una funda de plástico y lo sostiene frente a Aura. Es un bolígrafo de color verde con una rosa en la parte superior, simulando la flor. A Aura le tiemblan los dedos cuando lo coge y los ojos se le humedecen.

—Es una chorrada, Aura —dice Irina con rapidez, tratando de quitarle importancia—, pero cuando estoy estresada me gusta comprarme gilipolleces para alegrarme el día. Lo he visto en un expositor cuando venía y me he acordado de ti, hoy pareces necesitarlo.

Aura asiente despacio, con la mirada fija en el bolígrafo mientras se muerde los labios. Irina traga saliva, de repente consciente de que están muy cerca y de que su regalo no es tan chorrada como parece porque, sea bolígrafo o no, simula una rosa, y para ella eso

está asociado al amor, solo que no ha sido consciente cuando lo ha elegido.

—Gracias —susurra Aura con la voz estrangulada—. Me encanta, Irina, de verdad. Muchas gracias.

Irina sonríe y se incorpora.

—Anímate, ¿vale? Sea lo que sea lo que te angustia, se pasará, Aura, siempre lo hace.

Irina le da un apretón en el hombro y va directa a su despacho antes de decir o hacer algo más de lo que pueda arrepentirse.

Aura saca el bolígrafo del plástico y se queda mirándolo, y exhala una sonrisa antes de guardarlo en el cajón de su mesa, donde no pueda perderlo ni quede a la vista de nadie que se sienta tentado de llevárselo.

Cuando sale del trabajo no va en dirección a la boca de metro que siempre coge, sino que camina en dirección contraria para ir a la estación de Atocha. Cuando llega, la estación está llena de viajeros que van y vienen, pero a Aura no le importa, apenas los registra porque ella va directamente hacia el piano de cola que el Ayuntamiento de Madrid ha puesto en la estación a disposición de los usuarios durante tres meses, cedido por un auditorio en un programa internacional para promover la música.

Lo descubrió hace dos semanas y, desde entonces, viene cada tarde cuando sale del trabajo. A veces tiene que esperar para poder tocar porque hay otra persona haciendo eso que tanto le gusta, pero tampoco le importa esperar, siempre se coloca muy cerca para escuchar y es la primera en aplaudir cuando el pianista termina su pieza. Esta tarde tiene suerte, el piano está solitario cuando llega y

Aura solo tiene que sentarse en el banco, abrir la tapa y colocar las manos sobre las teclas.

Toca una de sus piezas favoritas y las notas fluyen a través de sus dedos como si nunca hubiera dejado de tocar. Aura cierra los ojos y se deja envolver por el sonido, dejando que todo lo demás desaparezca: el ruido de la estación, la gente y la semana de mierda que está teniendo.

Cuando termina, abre los ojos muy despacio mientras escucha los aplausos del corrillo de personas que se ha detenido para escucharla tocar. Aura se sonroja y les dedica una sonrisa tímida, pero como no hay nadie esperando para ocupar su puesto, se queda unos minutos más ahí, mirando las teclas mientras se deja envolver por esa paz que siente cuando toca.

Al fin se levanta y se dirige hacia la salida, ajustándose el bolso al hombro con una mano mientras cierra la otra alrededor del bolígrafo que Irina le ha regalado y que ahora lleva en el bolsillo. No ha sido capaz de dejarlo en el cajón, ese pequeño objeto que Irina ha calificado como chorrada, para ella es un regalo perfecto y lo más preciado que tiene ahora mismo.

A pesar de su angustia, Aura no se arrepiente de lo que ha hecho. Cuando Irina le ha dado ese apretón en el hombro y ella por poco se deshace, ha tenido claro que pedirle el divorcio a Marcos era lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO 9

Cuando Aura sale de la Estación de Atocha ya es de noche y el frío de mediados de marzo la hace hundir las manos en los bolsillos de su abrigo. Vuelve a tocar el bolígrafo que le ha regalado Irina y acaricia con el dedo la parte superior —la rosa— mientras se dirige hacia el hostal donde lleva viviendo un par de semanas.

No puede decir que sea una habitación terrible, pero tampoco se parece en nada a algo que pueda catalogar como un hogar. Es un edificio antiguo a unos veinte minutos andando de la estación, con un cartel luminoso destartalado y una recepción que huele demasiado a ambientador. Aura sube las escaleras hasta el segundo piso porque el ascensor lleva tres días estropeado y abre la puerta de su habitación.

Es pequeña —la pidió así— con una cama individual pegada a la pared, un armario de madera vieja cuyas bisagras hacen ruido al abrirlo y un baño diminuto con ducha, pero lo que hace que todavía parezca más pequeña son las tres maletas grandes colocadas en un rincón, las dos mochilas apiladas en la única silla que hay y las varias bolsas de plástico llenas de ropa y objetos personales que no sabía dónde guardar.

Aura cierra la puerta a su espalda y se apoya contra la pared con los brazos cruzados, observando todo el desastre en el que se

ha convertido su vida últimamente. Dos semanas desde que le pidió el divorcio a Marcos y se fue del apartamento que compartían, a pesar de que él le suplicó que se quedara y se lo pensara.

Se quita el abrigo y lo deja sobre la cama para ir directamente a la ducha. Aura cierra los ojos debajo del chorro y deja que el agua caliente arrastre el cansancio que lleva acumulando estos últimos días.

Cuando sale, se pone el pijama y se sienta en la cama con el portátil sobre las piernas. Le gustaría tumbarse a dormir directamente, pero todavía no puede, porque tiene que seguir buscando apartamento. El hostal tiene un precio razonable y Aura tiene ahorros, pero no se puede permitir derrocharlos pasando las noches aquí; necesita encontrar un sitio para vivir, así que abre el navegador y empieza una nueva búsqueda con la esperanza de que los resultados no sean tan devastadores como los que ha encontrado en días anteriores.

Ochocientos euros por un apartamento de una habitación, casi tan pequeño como el espacio que tiene en el hostal; eso es lo más asequible ahora mismo. Si quiere algo más barato, tiene que compartir piso con desconocidos. Aura resopla, desesperada, y decide subir el presupuesto a mil euros, pero los resultados no mejoran mucho más, porque Madrid es tan caro como Barcelona.

Cuando piensa en su ciudad, piensa en volver, mudarse allí y buscar trabajo, empezar de cero de nuevo, pero hay dos motivos por los que lo descarta. El primero, le encanta su trabajo actual. El segundo, no tiene ningún apartamento al que volver, por lo que la situación sería la misma, y no está dispuesta a mudarse a casa de sus padres porque solo de pensarlo se le ponen los pelos de punta.

A pesar de que tiene familia, Aura se siente sola, y está en una ciudad a la que todavía no ha terminado de adaptarse a pesar de que le gusta, viviendo en un hostal barato mientras busca un apartamento que no puede permitirse.

El móvil le vibra de repente sobre la cama y Aura ve el nombre de Laura en la pantalla. Su pulso se acelera y traga saliva. Su amiga y todavía cuñada la ha llamado varias veces y Aura la ha estado evitando, pero sabe que en algún momento deberá tener esta conversación, así que acepta la llamada.

—Dime que no es cierto, Aura —dice sin saludar—. ¿De verdad vas a dejar a Marcos? ¿Te has vuelto loca?

Aura se queda callada, tragando saliva para disipar el nudo que tiene en la garganta.

—Aura, dime algo —insiste Laura.

—Si has hablado con tu hermano, sabrás que estoy viviendo en un hostal, así que sí, es verdad —responde Aura.

Ahora el silencio viene por parte de su amiga, aunque Aura ya no está segura de si esta amistad podrá mantenerse. El temor a que pasara algo así, fue el único motivo por el que tener algo con Marcos no le parecía buena idea cuando se enamoró de él.

—Joder, Aura —su amiga chasquea la lengua y respira profundamente—. Vale, perdona, creo que he comenzado un poco fuerte. ¿Qué ha pasado? Mi hermano está destrozado y no entiende nada; dice que no hay ningún motivo para esto. ¿Por qué mierda lo dejas así? De repente.

Aura se muerde los labios, sin saber qué decir.

—¿Cuál es el motivo, Aura? —insiste Laura—. Si es porque te tiene abandonada y no te presta atención, eso se puede arreglar.

Marcos está dispuesto a hacer lo que sea; lo tienes hundido.

Aura se pasa los dedos bajo los ojos para arrastrar las lágrimas. Para ella fue muy dura la conversación con Marcos, escuchar sus súplicas para que no se fuera y tener que hablar con él cada vez que la llama porque la echa de menos. Lo último que necesita es que su mejor amiga también haga lo mismo, pero es la hermana de Marcos y es normal que lo defienda.

—No es por eso, Laura —dice, sin poder controlar su voz temblorosa—. No es porque me haya tenido abandonada o no me preste atención. Es simplemente que he dejado de sentir lo que debería sentir por él. Ya no lo quiero de esa manera y no tiene sentido que sigamos juntos si no hay amor.

De nuevo se hace el silencio y al fin llega la pregunta que Aura tanto teme.

—¿Hay alguien más?

Es como un golpe en el plexo solar que la deja sin aliento. Abre la boca para negarlo de inmediato, pero lo primero que aparece en su mente es la imagen de Irina esta mañana agachándose a su lado para regalarle ese bolígrafo solo porque la ha notado triste.

—No —dice con rapidez, porque sabe que, si duda o si tarda en contestar, Laura pondrá en tela de juicio su respuesta—. No hay nadie más.

Técnicamente, está diciendo la verdad. No hay nadie más; Aura no tiene nada con Irina y ni siquiera sabe si tiene posibilidades de tenerlo, pero en parte es mentira porque Aura desea a Irina y, aunque no tenga nada con ella, es la dueña de cada uno de sus pensamientos y el motivo por el que ha dejado a su marido. No

puede seguir con él si se ha enamorado de ella, es puro pragmatismo.

—Pues entonces lo entiendo menos, Aura —dice Laura—. Llevas muchos años con mi hermano, aguantando sus tonterías, su obsesión con el trabajo y su falta de atención, y ahora, de repente, te levantas una mañana y decides que ya no lo quieres. Eso no pasa así como así, tiene que haber otro motivo, y ese tipo de motivo siempre es otra persona.

Aura se queda helada. Entiende que Laura es la hermana de Marcos, pero también es su mejor amiga y no está actuando como tal, no le está dando tregua, parece que solo quiere sacarle información para poder convertir a su hermano en un mártir y crucificarla a ella.

—No hay nadie —repite Aura, sintiendo que tiene derecho a guardarse esa parte de su vida hasta que quiera compartirla.

Otro silencio.

—Está bien —dice Laura finalmente, suavizando el tono—. Te creo, perdona. Es que, joder, Aura, eres mi mejor amiga y él mi hermano, esto es una mierda para mí también.

—Lo sé, y lo siento.

—No tienes que disculparte —dice Laura—. Mira, entiendo que estés agobiada. Mi hermano a veces es un gilipollas, eso lo sabemos las dos, pero ¿puedes hacerme un favor? Tómate unos días para pensártelo bien. Creo que el cambio de ciudad te ha estresado, no te has adaptado todavía y es normal que estés nerviosa y tomes decisiones precipitadas. Quizá necesitas tiempo para aclarar las ideas. ¿Por qué no te coges unos días y vienes aquí de visita? Así te despejas.

Aura abre mucho los ojos, espantada. Si va allí, sabe que Laura se pasaría esos días diciéndole lo mucho que se equivoca si deja a su hermano.

—No puedo tomarme días en el trabajo, Laura, apenas llevo unos meses. Además, lo que necesito es estar sola.

—Entonces prométeme que te lo pensarás.

Aura no quiere prometerle nada porque ya se lo ha pensado. Ha tomado la decisión y sabe que es la correcta y que no va a cambiar de parecer, pero también sabe que Laura no la dejará en paz hasta que lo haga.

—Te lo prometo —dice agotada—. Me lo pensaré.

—Bien, gracias. Y no vuelvas a tardar tanto en cogerme el teléfono. Sé que es complicado para ti por la situación, pero te echo de menos, no como cuñada, sino como amiga. Esta situación no cambia eso, ¿vale? Siempre voy a estar aquí para ti.

El nudo en la garganta de Aura se aprieta de nuevo, porque intuye que eso no es así, que la situación ya ha cambiado, porque Laura se ha posicionado a favor de Marcos —cosa que comprende— y que, si ella no vuelve con él, todo se volverá tenso entre ellas.

—Gracias.

—Llámame si me necesitas —dice Laura—, para lo que sea.

—Lo haré.

Cuando cuelgan, Aura se queda mirando el techo mientras piensa en la conversación, en la promesa que ha hecho sabiendo que no la va a cumplir y en la mentira que ha dicho.

No hay nadie más.

Sí que lo hay; se llama Irina Ramsey y el mundo se ilumina tanto cuando Aura la ve, que cuando no lo hace, todo le parece gris.

CAPÍTULO 10

Irina atraviesa el pasillo de la oficina consumida por la incertidumbre de no sabe cuál será el estado de ánimo de Aura. Su asistente personal no ha vuelto a llegar tarde desde aquel día, pero parece tener altibajos emocionales y sus ojeras siguen ahí. Hay días que parece tranquila y es la Aura de siempre, risueña, algo torpe y nerviosa cuando la mira, y otros que está hiperalerta. Irina la suele observar cuando entra a su despacho para hablar de algún informe, preparar la agenda semanal o comentar alguna traducción. Aura a veces está completamente centrada, otras, en cambio, está pendiente del móvil o simplemente absorta.

En cualquier otra situación, Irina probablemente le llamaría la atención o le diría que se tomara unos días para resolver lo que sea que le pasa, pero con Aura es diferente, la atracción que siente por ella la hace fallar como jefa y como persona, porque Irina nunca sabe cómo debe comportarse. Siente que si pregunta cruza una línea que no debe y que, si no lo hace, está siendo desinteresada con una mujer que le importa, así que intenta quedarse al margen y mantener la relación lo más profesional posible, aunque a veces no lo logre y le compre un regalo cuando la ve demasiado triste, o salga expresamente a buscarle un café a media mañana si la nota ausente.

—Buenos días —dice Aura, extendiendo el café hacia ella cuando Irina cruza la puerta.

—Buenos días, Aura —Irina estira el brazo para coger el vaso y no puede evitar que sus dedos rocen los de Aura.

Las dos se quedan pegadas al vaso como si sus pieles se hubieran derretido y fusionado sobre el cartón. Aura la mira de un modo que Irina no puede descifrar, pero que envía una descarga eléctrica que viaja desde sus dedos, atraviesa su brazo y su cuerpo y estalla en su vientre. Su boca se abre y su mirada se oscurece mientras Aura aprieta los muslos sobre la silla.

—¿Cómo estás? —pregunta Irina de repente, retirando la mano por fin.

—Bien —responde con una sonrisa nerviosa—. Estoy bien.

A Irina le parece sincera. Sus ojeras siguen ahí, pero parecen menos oscuras y la mirada de Aura brilla más, como si fuera lo que fuera lo que la estaba angustiando, por fin haya comenzado a mejorar.

—Me alegro, Aura, de verdad —dice, todavía aturdida por el contacto de sus dedos.

Irina no está acostumbrada a eso. Lo normal es que Aura deje su café en la esquina de la mesa para que ella lo coja cuando llega. Nunca se lo entrega personalmente y, por lo tanto, nunca ha existido el riesgo de que se rozaran de ese modo.

—Gracias —responde Aura, curvando un poco los labios mientras desvía ligeramente la mirada.

Irina sigue la dirección de sus ojos y aterriza sobre la agenda personal de Aura, donde descansa el bolígrafo en forma de rosa que ella le regaló.

—Me encanta —susurra Aura de repente, cuando se da cuenta de que su jefa lo está mirando.

—Me alegro —responde Irina, con la voz más ronca que de costumbre—. Voy para dentro.

Aura asiente y la sigue con la mirada hasta que cierra la puerta del despacho.

Dos horas más tarde, tras haberse puesto al día y haber mantenido una reunión por videoconferencia, Irina descuelga el teléfono y marca la extensión de Aura.

—Dime —responde de inmediato.

—¿Puedes venir un momento?

—Claro, voy enseguida.

Aura cuelga y en apenas unos segundos, abre la puerta y se asoma.

—¿Qué necesitas?

—Que me eches una mano. Pasa y cierra la puerta, por favor.

Aura obedece y se acerca a la mesa de Irina con curiosidad.

—¿Te gustan los poemas? —pregunta Irina de sopetón, y Aura detiene el paso en seco sin saber si es una pregunta trampa.

—Umm, la verdad es que no.

Irina sonríe y mueve la cabeza negando.

—Vaya, eras mi última esperanza. Coge una silla y ven aquí, por favor.

—¿Ahí? —señala Aura, paralizada frente a la mesa.

Irina levanta la vista y se muerde el labio, desconcertada. Han trabajado varias veces una al lado de la otra mientras examinaban documentos y por eso no entiende la pregunta, pero para Aura es simple; siempre han trabajado en la mesa redonda, la de las

reuniones, y ahora Irina le pide que arrastre una silla detrás de su mesa de trabajo personal, esa que es su espacio íntimo y dónde están sus cosas y, aunque parece una tontería, para Aura es algo muy importante porque siente que Irina, sin darse cuenta, cada día le permite acercarse a ella un poco más.

—¿Hay algún problema? —pregunta Irina.

—No, para nada.

Aura coge una de las sillas de visitantes y la eleva para llevarla al otro lado de la mesa, sentándose junto a su jefa mientras lo observa todo desde ese lado. No es que Irina sea una persona de tener objetos personales sobre la mesa, es más bien ordenada y suele tenerla bastante despejada, por lo que Aura sabe más o menos lo que puede esperar ver, pero lo que sí que no veía desde el otro lado, es la foto que cuelga con un trozo de celo de la segunda pantalla que Irina tiene conectada a su portátil. Tres mujeres sentadas en tres sillas distintas mientras juntan la cabeza para una foto en lo que parece el porche de una casa. En el centro, reconoce a Zoe, sonriendo con amplitud mientras sus brazos se elevan por encima de las otras dos. A su izquierda, una mujer rubia a la que Aura no conoce, pero que deduce que puede ser la madre de Zoe porque sonríe con la misma intensidad que ella, pero es la mujer de la derecha la que le acelera el pulso a Aura, porque reconocería el pelo cobrizo de Irina en cualquier parte. Su jefa no exhibe los dientes en su sonrisa, pero parece igual de feliz que las demás y mira con tanta fijeza a la cámara que Aura siente que la está mirando a ella. También se fija en la ropa, al parecer fue tomada en verano e Irina iba en pantalón corto y una camiseta de tirantes que

permite ver mucho mejor que sus camisas la línea donde sus pechos se juntan. Aura tiene sed.

—¿Es tu hermana? —se atreve a preguntar.

Irina desvía la mirada hacia la foto.

—Sí, Olga.

—No os parecéis en nada y a la vez, os parecéis en todo —comenta Aura, acercándose un poco más.

Irina la mira y sonríe. Su cuñado siempre dice lo mismo. Físicamente, no tienen nada que ver y, sin embargo, viéndolas juntas no hay duda de que son hermanas.

—Yo sí me parezco a la mía, aunque no conectamos mucho.

—¿Os lleváis mal? —pregunta Irina.

—Mal no es la palabra, simplemente no somos cercanas. No tenemos esa conexión que deberían tener las hermanas. Cuando hablamos por teléfono las conversaciones duran dos minutos porque no sabemos de qué hablar, es incómodo.

—Lo siento —dice Irina.

Aura se encoge de hombros, está tan acostumbrada que no le afecta esa distancia emocional que tiene con su hermana.

—Bueno, ¿qué es lo que necesitas?

Irina abre un documento en su portátil y lo pasa a la pantalla grande.

—Tengo que encargarme de la traducción de un poemario en francés. Son veinte poemas que no son muy largos, pero… —hace una pausa y se frota los ojos—. La verdad es que los poemas tampoco son lo mío y después de haberlos leído no estoy segura de saber elegir las palabras adecuadas en según qué contextos. Quiero

que te quedes y vayas leyendo mientras traduzco, y me digas si cambiarías algo.

Aura parpadea a la misma velocidad que le late el pulso.

—¿Quieres que me quede contigo? ¿A tu lado?

Su tono, casi tembloroso, hace que Irina la mire fijamente. Aura parece pasmada, como si la idea de pasar tanto rato junto a ella le pareciera un privilegio.

—Si no te importa, sí. Aunque si tienes otras cosas que hacer…

—No, no —la interrumpe Aura—, para nada. Me encantaría ayudarte.

—Bien, pues entonces trae tu silla para que estés más cómoda.

Aura sale del despacho como una exhalación y regresa arrastrando su silla. La coloca justo donde estaba antes, incluso un poco más cerca, pero sin llegar a molestar a su jefa, y se sienta y se acomoda, cruzando una pierna sobre la otra.

Irina abre un documento vacío que deja en la pantalla del portátil y lee en voz alta la primera estrofa, traduciendo mentalmente mientras lo hace. Después empieza a teclear y Aura la observa fascinada. Para ella, hay algo hipnótico en la forma de trabajar de Irina: la concentración absoluta, o su forma de fruncir el ceño mientras busca la palabra que quiere y la velocidad a la que sus dedos se mueven sobre el teclado.

—¿Qué opinas? —pregunta levantando la mirada, girándose hacia Aura y sorprendiéndola, observando sus manos y no la pantalla.

Aura carraspea y el rubor le hace arder las mejillas mientras se inclina hacia delante para leer la pantalla del portátil. Irina contiene la respiración cuando el pelo suelto de Aura le roza la camisa. Ni

siquiera le toca la piel ni siente su peso, pero lo ve tocarla y deslizarse por la tela y toda la piel se le eriza.

—Para mí está perfecto, no cambiaría nada —dice Aura cuando se aparta.

Irina asiente y continúa traduciendo, y Aura se queda absorta de nuevo, esta vez se centra en hacer su trabajo y leer conforme Irina va traduciendo, pero la situación le produce una calma extraña que la sumerge en ese trance donde su mente pone melodía y sus dedos comienzan a volar sobre sus piernas, como si fueran las teclas de un piano.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —dice Irina, deteniendo la traducción mientras observa de reojo la mano de Aura.

Aura se congela, consciente de que la estaba mirando, y entierra la mano bajo su pierna.

—Dime.

—Eso que haces con los dedos —dice Irina, haciendo un gesto con la cabeza hacia su mano escondida—, perdona si me meto donde no me llaman, pero es que te he visto hacerlo en varias ocasiones y siento mucha intriga.

Aura se pone roja como el disco de un semáforo.

—Lo siento, es una manía que no controlo.

—No te disculpes, solo tengo curiosidad. ¿Por qué lo haces?

—De pequeña aprendí a tocar el piano —explica Aura—. Y me encanta, no lo he dejado desde entonces. En mi apartamento de Barcelona tenía un piano vertical que compré de segunda mano y lo tocaba casi todas las tardes cuando llegaba del trabajo, o cuando tenía tiempo. Tocar me ayuda a relajarme y a desconectar, pero aquí en Madrid no tengo piano, así que cuando me pongo nerviosa o me

estreso, muevo los dedos sin darme cuenta. Es una tontería, pero no sé controlarlo, me sale solo.

—No es una tontería —dice Irina—, de hecho, me parece un gesto precioso ahora que sé lo que significa.

Aura levanta la vista y se encuentra con los ojos de Irina clavados en los suyos. Tiene algo en la mirada, algo que hace que Aura crea que Irina quiere decir algo más y se lo está callando, y Aura no se equivoca; Irina se está mordiendo la lengua porque quiere decirle que le encantaría escucharla tocar, pero, sobre todo, quiere preguntarle si ella la pone nerviosa, porque los nervios y el estrés son la causa de que Aura mueva los dedos, y los mueve muchas veces en su presencia.

Irina carraspea y vuelve a girarse hacia la pantalla.

—Bueno, sigamos con esto.

Durante la siguiente hora, continúan trabajando sin decir nada más, pero Aura se da cuenta de otro detalle sobre Irina. Conforme pasan los minutos, su jefa se va acercando más a la pantalla y entrecierra los ojos como si le costara ver, incluso ha agrandado el tamaño de la letra en el archivo.

—Irina, ¿ves bien? —la interrumpe Aura con preocupación.

Irina se echa hacia atrás y la mira.

—Sí, ¿por qué?

—Porque te acercas mucho a la pantalla y has agrandado la letra.

—Es que cuando llevo mucho rato frente al ordenador a veces veo un poco borroso —admite su jefa—, pero supongo que es normal pasando tantas horas frente a la pantalla.

—No creo que sea normal —rebate Aura—. Yo me paso las mismas horas que tú con el ordenador y no me pasa, a lo mejor necesitas gafas.

Irina tuerce el gesto y entorna la mirada. A Aura le parece sexy.

—No necesito gafas —protesta, igual que una niña.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has ido a que te miren la vista últimamente?

—No.

—Pues deberías, porque creo que te hacen falta —insiste Aura —. Además, te quedarían muy bien, te darían un aire más interesante del que ya tienes.

Aura se queda paralizada cuando se da cuenta de lo que acaba de decir. Irina arquea una ceja y su mirada baja a los labios de Aura, quedándose clavada ahí durante unos segundos. El aire se electrifica y Aura siente que el corazón se le va a salir por la boca cuando, por un instante, tiene la sensación de que Irina va a besarla, pero entonces su jefa parece volver en sí y sus labios se curvan ligeramente en la sonrisa más seductora que Aura ha visto jamás.

—Así que me encuentras interesante —dice sin poder contenerse, con la voz tan ronca como cuando llega por las mañanas.

Aura se atraganta con su propia saliva y empieza a toser, poniéndose roja mientras recupera el aliento.

—Yo no, quiero decir… sí, pero…

Irina ya tiene muy clara la respuesta y decide cortarla antes de que la situación se complique y acabe cediendo a ese impulso de besarla que está sintiendo.

—Tranquila, respira —Irina se ríe con suavidad y le da un par de palmaditas en la espalda.

Cuando Aura logra calmarse, las dos miran fijamente la pantalla del ordenador.

—Deberías ir al oculista de todas formas —dice Aura, todavía acalorada.

—Ya veremos —responde Irina y, cuando Aura la mira de reojo, ve que tiene media sonrisa mientras mira la pantalla.

Aura necesita cambiar de tema, decir algo que haga que tanto ella como Irina dejen de pensar en lo que acaba de pasar, y la boda de Zoe es perfecta, porque es el sábado que viene.

—¿Nerviosa por la boda de Zoe?

—¿Yo? —pregunta Irina, girándose hacia ella—. Para nada, es Zoe quien se casa.

Aura quiere gritar. La seguridad que muestra Irina ahora mismo y esa forma de mirarla van a acabar con ella.

—¿Te veré allí? —pregunta Irina.

A Aura se le ocurren un montón de temas que podría haber sacado antes que este, que la está haciendo imaginar a Irina con un vestido, con las piernas desnudas igual que en la foto…

—Sí, iré —confirma finalmente.

Ha pensado mucho en esto desde que dejó a su marido. ¿Ir a la boda o no ir? ¿Decirle a Zoe que va sola o no hacer nada? Aura ha tenido dudas hasta ahora, de hecho, su plan de mayor peso era no ir, pero ahora que Irina ha preguntado, se da cuenta de que no piensa desperdiciar la oportunidad de verla también fuera del trabajo.

CAPÍTULO 11

Cuando Aura llega a la iglesia el día de la boda de Zoe, todavía faltan diez minutos para que comience la ceremonia. Es una construcción pequeña en el barrio de Chamartín, con la fachada de piedra y un jardín lateral lleno de flores blancas que la sorprende por su sencillez. En la entrada, todavía hay mucha gente que ha decidido hacer tiempo fuera del edificio, algunos simplemente fuman con tranquilidad y otros hablan en pequeños grupos mientras esperan.

Aura se alisa el vestido con las manos antes de seguir avanzando, nerviosa. Para la ocasión, ha elegido uno de color verde oscuro de manga larga, con un escote discreto y que le llega justo por debajo de las rodillas. Se ha puesto unos tacones que la hacen sentirse más alta de lo que es y lleva el pelo suelto y ondulado cayéndole por detrás de los hombros. Se ha maquillado más de lo habitual —un poco de sombra de ojos, rímel y los labios en un tono rosado natural— y cuando se miraba en el espejo del hostal antes de salir, casi no se ha reconocido.

No ve a Irina por ninguna parte, pero eso no le sorprende porque como familiar tan directo de Zoe, supone que ya está dentro de la iglesia. Por fin se decide a moverse y se mezcla entre la gente, saludando a algunos compañeros de trabajo que se encuentra antes de seguir a los invitados al interior del edificio cuando apenas faltan cinco minutos. Como en la mayoría de las iglesias, los techos son

altos y hay vidrieras de colores que proyectan luz sobre los bancos de madera. A Aura no le gustan estos espacios en general, pero reconoce que el olor a incienso siempre logra relajarla.

Antes de que sus ojos la traicionen y se quede parada en medio del pasillo central buscando a la persona que verdaderamente le interesa, Aura decide buscar un sitio donde sentarse. Los primeros bancos están llenos, reservados para la familia, así que se dirige hacia la mitad de la iglesia en busca de algún rostro conocido para no sentirse tan sola. De inmediato ve a Sandra y Miguel, dos compañeros de la oficina que están sentados juntos en el lado derecho.

—¿Está ocupado? —pregunta Aura, señalando el único hueco que queda en el banco.

—Para nada —responde Sandra con una sonrisa mientras se pega un poco a Miguel para hacerle sitio.

Aura suspira aliviada y se sienta, dejando su bolso sobre su regazo mientras mira hacia delante, observando entre los invitados hasta que la ve.

Irina está de pie en uno de los primeros bancos frente a una mujer rubia que Aura reconoce gracias a la fotografía que vio colgada de la pantalla de su ordenador. Es su hermana Olga y a su otro lado hay un hombre mayor con el pelo canoso y, junto a él, una mujer de pelo oscuro recogido en un moño elegante. Aura supone que son los padres de Irina, pero tampoco les presta mucha atención porque solo tiene ojos para ella.

Su jefa lleva un vestido azul marino sin mangas que se ajusta a su figura y le llega hasta las rodillas. Gracias a su posición de perfil, Aura puede ver el escote elegante, pero a la vez sobrio, que muestra

la línea de su clavícula perfectamente. Lleva el pelo suelto como casi siempre, aunque brilla más que nunca, o quizá sea el efecto de las vidrieras sobre su pelo cobrizo. En cualquier caso, Aura está hipnotizada y es incapaz de apartar la mirada.

Es la segunda vez que ve a Irina fuera del contexto laboral, la primera fue en la cafetería donde la encontró por casualidad, pero está tan acostumbrada a verla con esos trajes impecables de ejecutiva y esa presencia imponente, que verla ahora con la postura relajada mientras sonríe con su hermana y el vestido marcando su cintura y dejando a la vista sus piernas, hace que Aura se olvide de que debe respirar.

—Aura, ¿me escuchas? —dice Sandra a su lado, dándole un suave toque en el brazo.

Ella se pone rígida y se gira de golpe, como si la hubieran pillado babeando con su jefa, que es justo lo que estaba haciendo.

—Sí, quiero decir… —Aura casi tartamudea—. ¿Puedes repetirme la pregunta?

—No era una pregunta, solo te comentaba que lo guapa que está la jefa.

—Es un bombón —añade Miguel, sin rastro de ese tono lascivo que utilizan la mayoría de los hombres.

Aura parpadea al borde del infarto y agarra su bolso con fuerza porque necesita hacer algo con los dedos.

—Sí, está preciosa...

La música comienza a sonar de repente y todos se ponen de pie. Zoe entra del brazo de su padre, radiante con un vestido de novia sencillo. La ceremonia comienza por fin, pero Aura apenas puede concentrarse en nada, sus ojos parecen tener vida propia y solo

puede alegrarse de que Irina no se haya girado ni una sola vez, porque la descubriría babeando por ella.

Cuando la ceremonia termina, la celebración se traslada al jardín de los padres de Zoe, decorado y preparado para la ocasión por la madre de Irina. Aura ha llegado en uno de los coches que la familia ha organizado para trasladar a los invitados y, lo primero que ha hecho ha sido buscar a Irina con la mirada, pero hay demasiada gente por todas partes y todo es muy caótico al principio.

Decide intentar no pensar en ella. Irina está centrada en su familia, es un día importante para Zoe y lo último que querrá es hablar con Aura, así que se gira y se obliga a distraerse, acercándose a un grupo de compañeros de trabajo después de coger una bebida de la mesa.

—¿Has venido sola? —le pregunta Cristina, la contable de Irina.

Aura asiente, incómoda. Sabía que tenía que enfrentarse a esta pregunta porque todos en la oficina saben que está casada y esperaban que asistiera con su marido, lo sorprendente es que Sandra no le haya preguntado en la iglesia.

—Sí —responde Aura, y da un sorbo de su copa de cava.

Cristina la mira durante unos segundos esperando a que elabore una respuesta, pero al notar la incomodidad de Aura, decide no insistir y otro compañero cambia de tema.

Aura logra relajarse. Lo cierto es que el día que conoció a Zoe en la sala de descanso y le contó que el ambiente en la oficina era bueno, no le mintió. Hay gente de todo tipo, unos le caen mejor y otros peor, pero, en general, son un buen grupo. Está tranquila escuchando a Alberto a hablar de su hijo cuando le da por mirar a la derecha y la ve.

Irina está junto a una de las mesas a unos metros de Aura, hablando con un hombre mayor al que ella no conoce. Tiene una copa de vino blanco en la mano y sonríe ante algo que el hombre está diciendo, pero como si presintiera la presencia de Aura, Irina desvía la mirada de repente y la clava en ella.

Se quedan mirándose durante varios segundos en los que Aura contiene el aliento mientras ve como la expresión de Irina cambia, sus ojos se entornan ligeramente y no disimula cuando recorre la figura de su asistente de arriba abajo. De repente se disculpa con el hombre con el que estaba hablando y empieza a caminar hacia ella. Aura siente que se le va a salir el corazón por la boca, pero sus pies se mueven solos cuando sale a su encuentro, alejándose del grupo sin despedirse.

—Hola —saluda Irina cuando llega a su lado.

—Hola —responde Aura, sintiendo que los ojos de su jefa son dos imanes potentes que no puede dejar de mirar.

Irina tiene la boca seca cuando se inclina hacia delante para besar la mejilla de Aura. Es un gesto social que lleva haciendo todo el día y del que está muy harta, pero que ahora desearía repetir una y otra vez junto a Aura, a ser posible contra su boca. Sus mejillas se rozan y la piel suave de Irina enciende a Aura de tal modo, que tiene que esforzarse mucho para no girarse un poco y atrapar esos labios color borgoña que la están volviendo loca.

—Estás muy guapa —la elogia Irina cuando se separan.

—Gracias, tú también —responde Aura, sintiendo que la cara le arde.

Irina sonríe y después mira a su alrededor como si buscara algo.

—¿Dónde está tu marido?

El corazón de Aura da un vuelvo sin saber exactamente el motivo.

—No tengo —responde nerviosa.

Las cejas de Irina se levantan y después baja la mirada hacia su mano en busca del anillo que confirme que no se ha vuelto loca, pero Aura por fin se decidió a quitárselo ayer y ahora en su dedo solo hay una marca blanca.

—Perdona —dice Aura—, no es que no tenga, es que me he divorciado.

Aura no puede describir la expresión de Irina. Se ha quedado completamente inmóvil durante unos segundos, como si se hubiera congelado.

—¿Qué? —pregunta finalmente, con el corazón latiéndole tan deprisa que le duelen las costillas.

—Marcos y yo nos hemos divorciado. Bueno, estamos en proceso, firmamos los papeles hace un par de semanas —explica Aura.

—¿Dos semanas? —repite Irina, todavía procesando la información—. ¿Por qué no me has dicho nada antes?

—No sabía si debía —dice Aura—. No quería molestarte con cosas que no son del trabajo.

Irina frunce el ceño mientras su mente empieza a encontrar explicación a las ojeras y la tristeza de Aura desde hace semanas. Abre la boca para protestar, para decirle que, si estaba pasando por un mal momento y necesitaba hablar, ella estaba ahí para… ¿para qué? ¿Es buena idea tener esa confianza con una empleada? O lo que es peor, con una empleada por la que se siente tan atraída.

—¡Irina!

La voz de su hermana Olga las interrumpe cuando le hace gestos desde la carpa principal para que se acerque. Irina mira a Olga y después a Aura, frustrada por la interrupción.

—Lo siento, tengo que ir —dice, señalando hacia su hermana.

—Claro, tranquila —sonríe Aura, y se queda embobada mientras la observa alejarse por el jardín.

Aura no sabe si está maldita o tiene mucha suerte, porque cuando llega la hora de comer y se dirigen a sus mesas, el cartelito con su nombre la deja sentada justo frente a la mesa principal, ocupada por los novios, los padres de ambos y, al lado de Olga, su jefa.

Irina siente que es un castigo. En lugar de estar centrada en la conversación de su hermana y su cuñado o disfrutar de las repentinas interrupciones del evento cuando alguien grita algo sobre los novios, ella solo puede pensar en lo que le ha dicho Aura. Divorciada. Aura ya no está casada, está sola, y eso la está volviendo loca porque siente la tentación de hacer algo y de insinuar lo que siente, pero hay otra vocecita en su cabeza que la detiene, una que le dice que el estado civil de Aura no cambia nada. Irina sigue siendo su jefa y Aura su empleada y, aunque no haya un marido de por medio, la línea entre ellas sigue estando ahí, e Irina sabe que sería un error intentar cruzarla. ¿O no? Irina resopla.

—¿Qué te pasa? —pregunta Olga.

—¿A mí?

La pregunta de Irina es tan absurda que ambas hermanas se echan a reír.

—Lo siento, estaba pensando en mis cosas.

—¿Y qué cosas son esas? —indaga Olga.

Irina ladea una sonrisa misteriosa y toma un sorbo largo de vino.

—¿Estaría muy mal que me gustase una de mis empleadas? —susurra de repente.

Los ojos de Olga se agrandan antes de que sonría.

—¡Irina! —exclama sorprendida, y su hermana le da un toque en la pierna para que baje la voz—. ¿Quién es?

—No te voy a decir quién es, solo te pregunto si estaría muy mal.

Olga se pone seria y mira en todas direcciones antes de responder.

—Pues es una pregunta complicada. O quizá lo complicado es la respuesta. Creo que todo depende de hasta qué nivel te guste.

Irina apoya los brazos en la mesa y los retira de inmediato cuando su madre la fulmina con la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Si solo te gusta para echar unos cuantos polvos y pasar a otra cosa, creo que sí que es mala idea, de hecho, es una idea terrorífica. Eso solo puede traerte problemas, Irina, no estamos hablando de un lío cualquiera de oficina, hablamos de que tú eres la jefa.

Irina asiente cuando su hermana le confirma lo que ya sabe.

—Pero si es algo más serio, si te gusta de verdad y tú a ella, no sabría decirte. Sigue siendo complicado. Yo pienso que salir con alguien del entorno laboral no es bueno, porque si hay discusiones de pareja, suelen afectar al trabajo y viceversa…

—¿Pero? —pregunta Irina cuando su hermana deja la frase a medias.

—Bueno, si te enamoras no hay mucho que hacer. Da igual si eres la jefa o no lo eres, contra eso no se puede luchar. ¿En qué fase estás tú? —pregunta Olga.

—No estoy en ninguna fase, Olga, solo algo confusa. No se lo cuentes a Zoe, ¿quieres? Solo me falta que vaya investigando por la oficina.

—Tranquila —dice su hermana, y la conversación acaba cuando los novios la reclaman.

El resto de la comida va transcurriendo con la normalidad de cualquier boda, con parones a cada rato para vitorear a los novios y risas constantes. Como única tía de la novia, Irina no puede alejarse de ella porque la reclaman casi a cada momento, pero cuando terminan el postre, decide levantarse para ir al baño.

Entra en la casa y va directamente al de la planta baja. Al llegar, ve que hay tres mujeres esperando en fila frente a la puerta como si estuvieran en un bar. Irina tiene el privilegio de poder subir a la planta de arriba y utilizar el que hay en la habitación de su hermana, pero decide hacer la cola porque la última mujer de la fila es Aura.

—Hola —dice en un susurro.

Aura, que estaba distrayéndose con el móvil, levanta la vista de golpe y no necesita girarse porque reconoce su voz. Irina está tan cerca que Aura puede sentir el calor que emana de su cuerpo y notar la electricidad que fluye entre ellas erizándole la piel.

—Hola —responde Aura, y la voz le sale completamente ronca.

Se quedan en un silencio tenso mientras Aura decide si se gira o se queda cómo está, porque si hace lo primero podría hacer algo estúpido, y este no es el sitio más adecuado. Mientras piensa en eso, la puerta del baño se abre y sale una mujer a la que no conoce. La

primera de la cola da un par de pasos hacia atrás para dejarle espacio y eso hace que todas las demás tengan que recular por instinto, solo que Aura está tan aturdida por la cercanía de Irina que se mueve sin mirar, pisando el pie de su jefa con toda la fuerza de su tacón.

—¡Uff! —Irina suelta un aullido de dolor y se tambalea hacia un lado.

—¡Oh, mierda! —dice Aura, girándose de inmediato—. Lo siento muchísimo, Irina.

Irina tiene el pie levantado y el rostro contraído en una mueca de dolor mientras se apoya en la pared. Ella lleva unos zapatos de tacón abiertos, por lo que el pisotón de Aura ha ido directo contra su piel.

—Ven —dice Aura, cogiéndola del brazo—. Vamos fuera.

Aura guía a Irina fuera de la casa, hacia el pasillo que da al jardín trasero, donde antes ha visto un banco de hierro forjado pegado a la pared bajo la sombra de una parra de uvas. Irina se sienta y, antes de que pueda hacer nada, Aura se arrodilla frente a ella.

—No sabes cuánto lo siento. Déjame ver.

Con cuidado, Aura le quita el zapato. Irina no es capaz de abrir la boca, porque cuando siente el tacto de los dedos de Aura sobre su piel, se olvida del dolor. Su asistente la toca con suavidad, sus manos están muy calientes y sus dedos se deslizan con tanta delicadeza, que se le eriza la piel de todo el cuerpo.

—¿Te duele mucho? —pregunta Aura, examinando a conciencia la zona que ha pisado.

Irina no contesta, permanece aferrada con los dedos al borde del banco mientras observa las manos de Aura sobre su pie.

—¿Irina?

—¿Qué? No, está bien, solo ha sido el impacto, pero casi no duele.

Aura se queda ahí, pasándole los dedos sobre el empeine en busca de alguna herida cuando Irina cierra los ojos un momento y respira hondo para tratar de controlar la reacción de su cuerpo ante ese roce.

—No parece que se vaya a inflamar —dice Aura—, pero deberías ponerte hielo.

—Estoy bien, Aura. En serio.

Aura la mira desde abajo, todavía agachada frente a ella, y se encuentra con la mirada azulada de su jefa fijada sobre ella. Aura no sabe si es por el momento o por la posición, pero el tiempo parece detenerse entre ellas hasta que decide ponerse de pie muy despacio y se sienta al lado de Irina, dejando el zapato entre ambas.

—Lo siento —dice otra vez.

—Deja de disculparte, Aura, no ha sido para tanto.

Se quedan en silencio durante unos segundos que Irina aprovecha para mirarla de rejo, pensando que el vestido le sienta muy bien y el color hace que sus ojos parezcan más oscuros.

—¿Puedo preguntar por qué te has divorciado? —dice de repente.

Aura se tensa. Puede dar una explicación racional de sus motivos a cualquiera, pero hacerlo con Irina es diferente.

—Es complicado.

—Claro —dice Irina—. No tienes que contármelo si no quieres, perdona.

—No es eso —Aura suspira y mira hacia el jardín, tratando de calmarse para poder hablar sin que los nervios la traicionen—. Me di cuenta de que ya no lo quería, y no me parecía justo seguir con él cuando mis sentimientos estaban en otro lado.

A Irina se le retuerce el estómago al escucharla.

—¿Tus sentimientos están en otro lado? —repite aturdida—. ¿Quieres decir que hay otra persona?

Aura la mira un momento y después aparta los ojos de ella mientras piensa la respuesta.

—Sí —admite finalmente—. Me gusta otra persona, alguien por quien siento cosas que nunca sentí por él.

Irina no es capaz de describir la decepción que siente en ese instante. Durante unas pocas horas, ha llegado a pensar que quizá podía tener una posibilidad con ella, pero la confesión de Aura acaba de terminar con sus opciones. Ni siquiera sabe por qué se lo ha planteado, claro que hay alguien más. Aura es una mujer atractiva, inteligente y amable, es imposible no enamorarse de ella.

—¿Es de aquí? —pregunta por educación, porque no está segura de querer saber la respuesta—. ¿De Madrid?

—Sí.

—¿Lo conozco? —Irina quiere arrancarse la lengua y enterrarla en el jardín, así no seguirá preguntando cosas cuyas respuestas solo le escuecen.

Aura se muerde los labios al darse cuenta de que Irina ha asumido que se trata de un hombre. Podría corregirla ahora mismo, decirle que es una mujer, o mejor, decirle que es ella, pero está

aterrorizada. Irina es su jefa y sabe que esa confianza que se tienen no es muy habitual entre jefa y empleada, y se siente tan cómoda trabajando con ella que, de repente, le da pánico decir la verdad y echar a perder lo que tienen, que Irina no sienta lo mismo y todo se vuelva incómodo y acabe perdiendo el trabajo.

—No lo sé, tal vez —responde, sin saber qué más decir.

—¿Él sabe que te gusta? —la lengua de Irina parece imparable.

—No, no lo creo —dice Aura.

Irina asiente y mira hacia el jardín mientras intenta tragarse esa bola de celos que tiene atascada en la garganta. La alegría de saber que Aura estaba libre le ha durado demasiado poco, porque ese alguien probablemente corresponderá los sentimientos de Aura, ¿quién no lo haría?

—Deberías decírselo —dice sin mirarla, tratando de ser imparcial y aconsejarle lo mismo que le diría a cualquier persona que le importe—. Si te gusta tanto como para dejar a tu marido, deberías decírselo.

Aura la mira fijamente.

—¿Tú crees?

—Sí —Irina se pone el zapato y se levanta—. La vida es demasiado corta como para quedarse con los sentimientos guardados.

Aura tiene las palabras en la punta de la lengua, listas para salir y decirle que es ella, que ella es la persona que le gusta y la razón por la que ha dejado a su marido, pero no es capaz de abrir la boca.

—Vuelvo dentro antes de que mi hermana mande a alguien a buscarme —Irina le dedica una sonrisa suave.

—Gracias por el consejo, y perdona de nuevo por lo del pie.

A Irina no le duele el pie, le duele otra parte de su cuerpo, pero antes de darse la vuelta y regresar al interior, le dedica una sonrisa amable, dejando a Aura en el banco sintiendo que acaba de dejar escapar la mejor oportunidad para contárselo.

CAPÍTULO 12

Aura siente un vacío en el estómago cuando escucha los pasos por el pasillo, algo parecido a ese subidón de adrenalina que te corta el aliento cuando bajas a toda velocidad por una montaña rusa, solo que ella lo que espera es ver a Irina cruzar la puerta. No sabe por qué se siente así, está acostumbrada a verla cada día en el trabajo, pero después de haberla visto en la boda y haberle contado lo de su divorcio, siente que algo ha cambiado, aunque no sabe qué es.

La puerta se abre y Aura levanta la vista esperando ver a su jefa caminando con ese aire de seguridad que la caracteriza, pero en lugar de eso, Irina avanza hacia ella con una ligera cojera que hace que Aura se levante de golpe.

—Dios mío, tu pie —dice con los ojos desorbitados.

Irina no está de buen humor esta mañana porque le duele la cabeza, pero al ver la expresión de Aura su comisura izquierda se curva sin que pueda evitarlo.

—Buenos días, Aura —dice, deteniéndose frente a la mesa donde la espera su café—. Estoy bien, solo un poco dolorida.

—Por mi culpa —espeta Aura, que ya está rodeando su mesa—. Vamos a tu despacho, yo te lo llevo.

Aura coge su café y abre la puerta. Irina no protesta porque sabe que no va a conseguir nada, así que la sigue y deja que Aura le coja el abrigo y el bolso antes de sentarse en su silla.

—No sabes cuanto lo siento —dice Aura, realmente angustiada.

—Aura, fue un accidente, deja de disculparte, por favor.

—Pero tu pie…

—Estoy bien.

—Estás coja —señala Aura.

Irina suspira y se recuesta en la silla, mirándola con una mezcla de diversión y exasperación.

—Vale, me duele un poco. ¿Contenta? —pregunta, arqueando las cejas.

—Pues no —dice Aura, y antes de que Irina pueda detenerla, se arrodilla frente a ella de nuevo—. Déjame verlo.

—Aura…

—Por favor, Irina.

Su tono y su mirada dejan a Irina paralizada mientras la observa, y al final asiente y levanta el pie. Aura le quita el zapato con cuidado y suelta una especie de gemido ahogado cuando ve el moretón oscuro que ocupa gran parte de su empeine.

—Dios mío, Irina —susurra, llevándose una mano a la boca como si estuviera viendo una herida abierta—. Esto está fatal, no pensé que se te pondría así. ¿No te pusiste hielo al llegar a casa?

—No —reconoce Irina.

—¿No? —Aura la mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Estaba cansada y me fui a dormir, ni siquiera pensé en eso.

—¿No pensaste? —le reprocha como si fuera una madre, pero se detiene cuando Irina arquea una ceja—. Perdona.

Irina la observa durante unos segundos sin decir nada y de repente sonríe.

—¿Qué? —pregunta Aura, descolocada.

—Nada, es que esto me recuerda a Cenicienta.

Aura la mira boquiabierta, consciente de que está de rodillas frente a ella sujetándole el pie.

—Es la segunda vez que lo haces —dice Irina—. Solo que en lugar de ser un príncipe buscando a una princesa, eres la villana que me ha dejado coja.

A pesar de la culpa que siente, Aura suelta una carcajada, pero después hace una mueca.

—No tiene gracia.

—Reconoce que un poco sí que tiene —rebate Irina.

Aura sacude la cabeza, pero todavía sonríe. Después, se pone seria cuando vuelve a mirar el pie amoratado de Irina.

—Deberías ir al médico.

—No voy a ir al médico por un pisotón —gruñe Irina.

—Un pisotón que te ha dejado coja, además, está un poco inflamado, mira —Aura señala la parte central del empeine, justo donde el tacón se apoyó.

—Lo he visto, y si te sirve de consuelo, he pasado por la farmacia antes de venir y me han vendido una pomada antiinflamatoria, te prometo que sobreviviré.

Aura pone los ojos en blanco.

—¿Te la has puesto? —pregunta sin moverse.

—Acabo de llegar…

—¿Te importa si lo hago yo? Así me sentiré menos culpable.

Irina se queda tan descolocada que Aura interpreta su silencio como sí.

—¿Me la das? —le pide, extendiendo la mano.

Irina, todavía turbada, le señala el bolso y Aura se levanta y se lo acerca.

—Puedo hacerlo yo, Aura —dice al fin.

—No me importa hacerlo, en serio.

Irina debería decirle que no, agradecerle el detalle y pedirle que vuelva a su puesto para mantener la distancia, pero Aura tiene una mirada suplicante que hace que le resulte imposible negarle nada.

—Está bien.

Aura vuelve a arrodillarse frente a ella y abre el tubo de pomada. Aprieta un poco para que salga sobre sus dedos y después, con mucho cuidado, coloca una mano bajo el pie de Irina para sostenerlo y comienza a extenderla sobre la zona amoratada.

Aunque estaba preparada para el contacto, Irina lo siente como una caricia que le provoca tal descarga que hace que contenga la respiración, agarrándose con fuerza a los reposabrazos de su silla. Los movimientos de Aura son circulares y lentos, y está concentrada para no hacerle más daño, pero tiene el pulso disparado por el simple hecho de estar tocando a Irina de ese modo.

—¿Te hago daño? —pregunta en voz baja, sin levantar la vista.

Irina necesita unos segundos para responder y, cuando lo hace, su voz está más ronca de lo que debería.

—No, está bien así.

Aura continúa con su tarea sin saber si debería parar ya o continuar. Si fuera por ella, seguiría ahí, sujetando el pie de Irina con una mano mientras lo acaricia con la otra, pero sabe que no puede y también se ha fijado en las manos de Irina, cuyos nudillos están blancos de la presión que ejerce sobre los reposabrazos.

—Ya está —susurra, aunque no retira la mano de inmediato—, espero que esta noche no te olvides de aplicártela.

Irina la mira fijamente. Ni siquiera ha escuchado lo que ha dicho porque tiene una especie de zumbido en la cabeza. Aura sigue ahí, tan cerca que solo tendría que inclinarse un poco hacia adelante, sujetar su rostro y besarla. Sería tan fácil que Irina tiene que apartar la mirada para evitar la tentación.

—Gracias —responde, retirando el pie para ponerse el zapato.

—De nada, y te pido disculpas de nuevo.

—Aura —la voz de Irina es como un rugido casi tan potente como el acero que hay en su mirada cuando la enfoca.

La asistente se queda muy quieta, mirándola.

—Como vuelvas a disculparte, te juro que te despido.

Los ojos de Aura se abren mucho, pero después frunce el ceño mientras piensa.

—¿Lo harías? —pregunta, y en su tono hay cierto aire provocador que sorprende mucho a Irina.

—No me pongas a prueba —responde, abriendo la tapa de su portátil mientras Aura vuelve al otro lado de la mesa con una sonrisa dibujada en la cara.

—Bueno, si necesitas algo, estaré en…

—Sí que necesito —la corta Irina de repente.

—Claro —Aura la mira, expectante, e Irina habla sin pensar, porque si lo hiciera durante tan solo tres segundos, no diría lo que va a decir.

—El viernes tengo que ir a Barcelona para reunirme con un cliente y terminar de cerrar un trato, quiero que me acompañes y

estés presente en la reunión para que tomes notas de todos los detalles.

No está haciendo algo que no haya hecho antes cuando Carmen, su antigua asistente, todavía trabajaba para ella. Solía pedirle que la acompañara a muchas reuniones ya fueran en Madrid o en cualquier otra parte, pero con Aura no lo ha hecho hasta ahora precisamente por lo que siente por ella, e Irina no es capaz de encontrar una razón coherente para habérselo pedido así, de repente y sin pensarlo dos veces.

—¿A Barcelona? —pregunta Aura, casi tartamudeando por la sorpresa.

—Sí. Deberíamos salir el viernes por la mañana, la reunión es por la tarde. Pasamos la noche allí y volvemos el sábado, salvo que tengas algún compromiso…

Irina se muerde la lengua al mismo tiempo que se frota las sienes para aliviar ese maldito dolor de cabeza que no termina de marcharse. Ha estado a punto de completar la frase preguntando si tiene planes con ese hombre que le gusta, pero ha logrado callarse a tiempo.

—No, está bien, sin problema —responde Aura, que tiene el corazón en la garganta tan solo de pensar en hacer un viaje a solas con Irina, aunque sea de trabajo.

—Bien. En ese caso, ocúpate de los billetes de tren y de la reserva del hotel.

—¿Hotel? —repite Aura.

No es lo que quería decir, quería preguntar si tenía alguna preferencia por la zona o simplemente debía utilizar la lista que Carmen le dejó con los favoritos de Irina para cada ciudad, pero está

completamente desconcentrada. Desde que sabe que se va con ella a Barcelona, siente que su cerebro está desconectado de su lengua.

—Sí, tendremos que dormir en algún sitio —responde Irina, con la mirada clavada en los labios carnosos de Aura.

—Claro, sí, no hay problema, yo me encargo.

Aura miente, sí que tiene problemas. El primero es que va a pasar un día entero con Irina fuera de la oficina. El segundo es que van a Barcelona, su ciudad y, aunque no tendrá tiempo para visitar a su familia, la sola idea de que exista la posibilidad de cruzarse con Laura la pone nerviosa. Porque tal y como ella sabía, la última conversación que tuvieron no acabó muy bien cuando Aura le dijo que lo había pensado y seguía adelante con su decisión de divorciarse. Laura le dijo que lo entendía, pero su tono había cambiado y no le ha cogido el teléfono desde entonces. Y el tercer problema, y este es el más importante, es que no sabe cómo va a sobrevivir a ese día estando tan cerca de Irina durante tantas horas.

—Si no quieres nada más… —dice Aura, señalando la puerta.

—No, eso es todo —responde Irina.

Aura se da la vuelta y vuelve a su mesa, donde se queda mirando la pantalla mientras su mente se transporta a otra parte y empieza a imaginar el viaje. Se ve en el tren, sentada al lado de Irina durante algo más de tres horas. ¿De qué hablarán? ¿O Irina es de esas que va leyendo o escuchando música mientras viaja, aunque vaya acompañada? Después, piensa en esa reunión, donde la podrá ver en todo su elemento negociando y siendo tan brillante como sabe que es, y después…

—Madre mía… —susurra Aura.

Después viene el hotel. Por supuesto, tendrán habitaciones separadas, pero la idea de saber que está durmiendo en el mismo pasillo que Irina, a apenas unos metros de distancia, hace que le cueste respirar.

CAPÍTULO 13

—¿Te has puesto la pomada? —pregunta Aura cuando Irina llega al día siguiente.

—Me la puse ayer por la noche y esta mañana antes de salir de casa —responde con la voz ligeramente rasposa, cogiendo su café para dar un sorbo—. Me tienes muy mal acostumbrada —añade señalándolo.

Aura sonríe y se traga las ganas de decirle que podría acostumbrarla a muchas más cosas.

—¿Aura Riquer?

Las dos se giran hacia la entrada para ver a un repartidor junto a la puerta, sujetando un enorme ramo de rosas rojas que hace que Irina tenga ganas de estrujar el vaso de café entre los dedos.

—Sí, soy yo —responde Aura.

El repartidor se acerca a su mesa y le entrega el ramo.

—Firme aquí, por favor.

Con el ceño fruncido y muy incómoda porque Irina esté presenciando este momento, Aura firma sobre la *tablet* y el hombre se marcha. El ramo es precioso, eso tiene que admitirlo, al menos dos docenas de rosas perfectamente colocadas, envueltas en papel blanco con un lazo de satén.

—¿No vas a leer la nota? —pregunta Irina, con la mirada fija en el ramo.

Aura aprieta los labios. Sabe perfectamente quién le envía el ramo y lo último que le apetece es leer una nota que hará que se sienta culpable durante el resto del día, pero la saca de todas formas y la lee para sí misma.

"Por favor, Aura. Dame otra oportunidad. No puedo perderte. Te quiero. Marcos"

Aura cierra los ojos y respira muy despacio mientras maldice a su exmarido. Le ha dicho que no volverá con él de todas las formas suaves que se le han ocurrido, en medio de conversaciones que siempre terminan con ella llorando o con un nudo que le estrangula la garganta durante el resto del día, pero Marcos no parece darse por vencido. Deja la tarjeta sobre la mesa bocabajo y, cuando se gira, se da cuenta de que Irina ya no está a su lado, se ha metido en su despacho y ha dejado la puerta abierta, a veces lo hace cuando considera que la temperatura está muy alta, y Aura sabe que no podrá concentrarse hasta que decida cerrarla, porque puede verla de refilón y su jefa es la mayor distracción que ha conocido nunca.

Irina ha llegado tranquila y ahora está de mal humor. No puede evitarlo, ha sido ver a ese chico entregarle el ramo a Aura y las entrañas se le han retorcido. Sabe que no tiene derecho a sentirse así, que ellas no son nada ni lo serán, pero su cuerpo reacciona solo, convirtiéndola en una masoquista que no deja de levantar la vista para mirar hacia la puerta, porque, desde su posición, puede ver el dichoso ramo perfectamente.

Tras un resoplido de frustración, decide levantarse para cerrar la puerta y así poder concentrarse en trabajar, pero cuando apenas ha

levantado el culo de la silla, el móvil de Aura suena e Irina se queda congelada sin saber qué hacer.

—Dime, Marcos —escucha, y se deja caer en la silla de nuevo, perturbada.

Parece que Aura hoy está exhultante; su pretendiente le envía flores, su exmarido la llama y su jefa babea por ella a unos pocos metros.

—¿Has recibido las flores? —pregunta Marcos.

Aura se aprieta el puente de la nariz, incrédula porque la esté llamando para esto.

—Sí.

—¿Te han gustado?

—Marcos, ya hemos hablado de esto —susurra Aura, tratando de que Irina no se dé cuenta de que atiende una llamada personal en horas de trabajo—. Mi decisión no va a cambiar.

—Puedo cambiar yo, Aura, podemos arreglar lo que sea que estaba mal.

Aura traga saliva. Esto es lo que peor lleva, que Marcos suplique.

—No se trata de que cambies, se trata de que yo ya no siento lo mismo.

—No me lo creo —espeta Marcos.

—Lo siento, Marcos, pero ahora no puedo hablar.

—¿Lo sientes? ¿Eso es lo único que sabes decir? —la voz de su exmarido se eleva y Aura se yergue en la silla, nerviosa.

—Tengo que trabajar, no vuelvas a llamarme aquí, por favor.

Cuelga antes de que Marcos pueda decir nada y deja el móvil sobre la mesa. Irina no ha entendido de qué iba la conversación,

pero sí que ha escuchado el nombre de Marcos y tiene claro que no ha sido agradable para Aura, así que, aunque está consumida por los celos, se los traga y se levanta para asegurarse de que su asistente está bien.

—¿Va todo bien? —pregunta, acercándose a la mesa de Aura.

Aura se sobresalta al escucharla y se gira, sintiendo que el corazón se le desboca al ver la figura de Irina apoyada contra el marco de la puerta.

—Sí, todo bien —miente, forzando una sonrisa.

Irina asiente, asumiendo que a Aura no le apetece hablar del tema, y mira hacia las flores otra vez.

—¿Son de esa persona que te gusta? —pregunta sin poder evitarlo.

Aura abre la boca, pero lo único que hace es coger aire porque la pregunta la ha pillado con la guardia baja. ¿Qué debe responder ahora? ¿Debe decir la verdad y contarle que son de su exmarido que no acepta el divorcio? ¿O dejar que siga pensando que existe una persona misteriosa que le gusta?

—Son bonitas —dice Irina antes de que Aura pueda responder, y se da la vuelta para volver a su despacho.

Esta vez sí que cierra la puerta y Aura deja caer la cabeza sobre la madera de su mesa mientras resopla.

Por la tarde, Aura llega al hostal sintiendo que ha tenido un día muy extraño. Las flores de Marcos y su posterior llamada le han amargado la mañana y, para rematar, ha tenido la sensación de que a Irina le pasaba algo. Después de decirle que las flores eran bonitas, no ha vuelto a salir de su despacho, tampoco la ha llamado para pedirle que revisara ninguna traducción ni para encargarle

ningún tipo de tarea, ha sido como si hubiera olvidado que tiene asistente, y Aura la ha echado de menos todo el día.

Todavía no ha cruzado la puerta de su habitación cuando el teléfono comienza a sonarle en el bolsillo. Aura suelta un bufido cuando ve el nombre de Laura en la pantalla y se lleva el aparato a la oreja con cierto mal humor. Su amiga y excuñada lleva días ignorando sus intentos de contactar con ella, y Aura sabe que esta llamada no es casual; está segura de que Marcos la ha llamado para contarle la conversación de esta mañana, y empieza a estar muy cansada.

—Hola, Laura —responde con sequedad.

—¿Tienes un momento para que hablemos?

El tono de Laura también carece de la amabilidad y simpatía que la caracterizan.

—Claro —responde, y se sienta a los pies de la cama.

—Quiero que seas sincera conmigo, Aura, porque no me trago todo esto. Marcos se esfuerza, te ha suplicado de todas las formas posibles y que después de tantos años no sientas la necesidad de daros una última oportunidad, para mí solo significa una cosa.

—No estoy con nadie si es lo que insinúas, jamás he engañado a Marcos —espeta Aura, molesta.

—No lo estás, pero te gustaría, ¿verdad? Hay alguien más, solo eso explicaría este cambio tan brusco. Entiendo que cuando te pregunté la otra vez me mintieras, pero no lo hagas ahora, Aura, me lo debes. Mi hermano necesita pasar página.

Aura traga saliva y su cuerpo se estremece con un escalofrío. No siente que le deba nada a nadie, sus sentimientos son suyos y no

tiene por qué compartirlos, pero siente que esto no se acabará hasta que no lo haga.

—De acuerdo, he empezado a sentir algo por alguien, pero no ha pasado nada. Es algo mío, pasó sin que pudiera evitarlo y no puedo seguir con Marcos si estoy pensando en otra persona, eso sí que sería engañarlo.

El silencio se extiende al otro lado de la línea y a Aura se le empieza a acelerar el pulso.

—Eres una zorra —suelta Laura de repente.

Aura abre mucho los ojos, impresionada. No espera que su amiga le aplauda, pero ¿insultarla? Ella no ha hecho nada malo, se ha enamorado de otra persona sin pretenderlo y a partir de ahí ha tomado la decisión que ha considerado correcta: dejar a su marido.

—¿Perdona? —dice Aura.

—Ya me has oído, pensaba que eras diferente, pero resulta que al mínimo bache ya te estás buscando a otro.

—Eso no es justo, Laura —dice dolida—. Yo nunca he engañado a tu hermano, le pedí el divorcio antes de hacer nada con nadie…

—Es decir, que ya te follas a otro —la interrumpe Laura—. No has perdido el tiempo.

—Yo no he dicho eso… —Aura quiere gritar de pura frustración, estampar el teléfono contra la pared o hacer las dos cosas.

Ni siquiera entiende por qué está teniendo esta conversación. Ni tiene por qué dar explicaciones ni ninguna necesidad de tener que estar defendiéndose de este ataque absurdo que sin duda no esperaba de la que durante años ha sido su mejor amiga.

—Da igual lo que digas, la cuestión es que no has sido sincera. Le dijiste a Marcos que ya no sentías lo mismo, pero la realidad es

que había otro.

—¡No había otro! —Aura levanta la voz, frustrada—. Y no le mentí a Marcos, es cierto que no siento lo mismo.

—Claro que no, lo sientes por ese otro.

—Otra —se le escapa a Aura en medio de los nervios.

Se hace un silencio.

—¿Qué has dicho?

Aura suspira y frunce el ceño. Piensa en no responder, pero se da cuenta de que no se avergüenza de los sentimientos que tiene por Irina, nunca lo hará. Ha aceptado muy bien desde el principio el hecho de darse cuenta de que le gustaba una mujer, y no va a ocultarlo ni a bajar la voz como si eso lo hiciera todo peor de lo que es.

—Es una mujer —responde con firmeza.

Se vuelve a hacer otro silencio, este un poco más largo que el anterior.

—Ahora resulta que eres lesbiana, qué conveniente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Aura.

—Nada, simplemente que me das asco, Aura —escupe Laura.

Aura se queda helada y, por un momento, está a punto de recordarle que son amigas desde hace mucho tiempo, pero la reacción de Laura está siendo tan desproporcionada como injusta, y Aura se siente demasiado decepcionada como para querer mantener una amistad así, aunque eso la deje completamente sola.

—No vuelvas a llamarme —dice Laura—. A partir de ahora, cuando necesites hablar con alguien, búscate a una psicóloga, y de paso que arregle lo que sea que tienes mal en la cabeza.

Laura cuelga y Aura sigue mirando el teléfono durante unos segundos, perpleja. La barbilla le tiembla y tiene los ojos humedecidos, pero ahora no puede permitirse llorar. Solo ha venido al hostal para hacer tiempo hasta la hora a la que ha quedado con un agente inmobiliario para ir a ver un apartamento de veinticinco metros cuadrados que encontró anoche y que es lo único que puede permitirse si quiere quedarse en la capital.

Decide ir caminando en lugar de coger el metro para que el paseo la ayude a despejarse. Al llegar, se encuentra con una mujer en la puerta de un edificio antiguo sin ascensor en el barrio de Carabanchel. El apartamento está en el cuarto piso y Aura sube en silencio, el mismo con el que escucha a la mujer mientras le enseña el apartamento diminuto.

Consta de un espacio abierto que hace de salón, cocina y dormitorio al mismo tiempo. Hay una cama individual contra la pared, un sofá de dos plazas contra la otra, una cocina americana y una nevera pequeña. El baño es tan estrecho que Aura no tiene claro si podrá darse la vuelta cuando esté dentro, pero le da igual; si se pone a pensar en eso, su día solo empeorará.

—¿Qué te parece? —pregunta la mujer.

Una mierda. Eso es lo que Aura quiere responder, pero se traga esa respuesta.

—Me lo quedo —dice sin dudar.

Mejor ese apartamento que la habitación del hostal, al menos, este será suyo y no tendrá que cenar ensaladas sobre su cama por la noche y comer en el bar al mediodía. Se puede apañar, para ella sola, tiene más que suficiente.

CAPÍTULO 14

El viernes, Aura llega a la estación de Atocha jadeando. No porque llegue tarde, al contrario, ha salido con tiempo para disponer de veinte minutos antes de que salga el tren y poder aprovechar para tocar un poco el piano. Ha pasado una noche espantosa en la que apenas ha podido pegar ojo, nerviosa por el viaje, por pasar tiempo a solas con Irina, por volver a Barcelona y por esa sensación de desasosiego que todavía arrastra tras la conversación con su examiga Laura.

Necesita calmarse de algún modo y estos dos últimos días no ha podido porque ha estado quedándose hasta tarde en la oficina para adelantar trabajo y poder viajar más tranquila. Arrastra su maleta a paso rápido mientras se agarra el bolso que lleva cruzado sobre el pecho, pero cuando llega hasta el piano, este está ocupado por un chico joven que está tocando una pieza de Debussy que Aura reconoce de inmediato. La decepción por no poder usarlo pasa a un segundo plano, el chico toca bien y Aura se queda ahí, escuchando junto al pequeño grupo de personas que lo han rodeado.

Cierra los ojos y se deja llevar por la música, moviendo los dedos de su mano libre sobre su abdomen hasta que el chico termina y todos comienzan a aplaudir. El joven mira a un lado y a otro con una sonrisa y, al ver que nadie espera para ocupar su lugar,

sigue tocando. Aura suspira y se da la vuelta, encaminándose hacia la zona exacta donde quedó con Irina y, cuando todavía le faltan unos metros, la ve desde lejos.

Irina está de pie junto a una columna, sujetando su maleta mientras mira a un lado y a otro en busca de Aura, hasta que su mirada se posa sobre ella y Aura siente que se le corta la respiración.

—Hola —saluda Aura cuando se detiene a medio metro de su jefa.

—Buenos días. ¿Lista? —pregunta Irina, entornando ligeramente la mirada cuando Aura empieza a cambiar el peso de un pie a otro como una adolescente nerviosa.

—Sí, cuando quieras.

—Son estos —dice Irina una vez se suben al vagón—. ¿Prefieres ventana o pasillo?

Aura mira los asientos y después a Irina, desconcertada. Cuando compró los billetes, a Irina le tocó la ventanilla en la asignación y a ella el pasillo, así que no comprende la pregunta.

—¿Qué pasa? —pregunta Irina.

—Nada, es que…

Irina se mete entre los asientos para dejar pasar a una mujer, pero no se sienta, mirando a Aura fijamente.

—¿Qué, Aura? —insiste, dispuesta a descubrir las dudas de Aura.

—¿No deberías elegir tú?

Irina arquea una ceja.

—¿Por qué se supone que debo elegir yo?

Aura carraspea, entre nerviosa y aturdida por la cercanía de Irina, a la que se ha tenido que pegar para dejar pasar a una pareja.

—Porque eres la jefa.

—Ya veo —Irina se muerde el labio y frunce el ceño al mismo tiempo—. ¿Crees que tengo más derecho que tú por ser la jefa?

—¿Es una pregunta trampa? —pregunta Aura, esforzándose para contener las ganas de inclinar un poco la cabeza.

Unos centímetros, eso es lo que le bastaría y podría hundir la nariz en su cuello, o apretar los labios contra su oreja, o contra su boca.

—Elige un asiento, Aura —exige Irina con tono ronco y autoritario—, yo no tengo preferencia por ninguno.

Aura siente un ligero temblor entre las piernas cuando señala la ventana.

—¿Ves? No era tan difícil.

Irina tiene que salir de entre los asientos para dejarla pasar y, para ello, pone una mano en la cintura de Aura cuando otro pasajero pasa por detrás y la empuja, dejándolas a ambas tan juntas que sus mejillas se rozan e Irina se queda completamente inmóvil cuando escucha esa especie de gemido que escapa de los labios de Aura.

—La gente no tiene educación —dice Aura de inmediato, lanzándose hacia su asiento mientras nota como el calor le explota en las mejillas.

Ambas se sientan y se limitan a acomodarse mientras el tren se pone en marcha. Aura saca su agenda para comprobar algunas cosas, e Irina, la *tablet* para seguir trabajando en una oferta que debe presentar en dos semanas, pero la pierna de Aura rebotando contra el suelo no la deja concentrarse.

—¿Estás nerviosa? —pregunta al cabo de un rato, cuando las mejillas de Aura ya tienen un color normal.

—No… —Aura se detiene cuando ve que Irina está mirando su pierna, consciente de que su respuesta es absurda—. Sí, bueno, un poco.

—¿Por qué?

La pregunta de Irina es muy simple, pero para Aura la respuesta no es sencilla porque el único motivo que tiene para estar nerviosa es la mujer de ojos gris azulado y pelo cobrizo que hay sentada a su lado.

—No sé, es la primera reunión a la que te acompaño, supongo que quiero que salga bien —miente Aura.

—Lo hará, tranquila —asegura Irina.

Durante la mayor parte del viaje, Aura alterna entre mirar por la ventana, leer un libro que ha traído y mirar a su jefa de reojo mientras Irina aprovecha el tiempo para trabajar. De vez en cuando, sus rodillas se rozan por el movimiento del tren o porque alguna de ellas cambia de postura y, mientras que Irina no parece inmutarse, Aura siente que se queda sin aliento cada vez que sucede.

Cuando llegan a Barcelona es la hora de comer y la temperatura es tan agradable que ninguna se pone el abrigo cuando salen de la estación y se suben a un taxi que las lleva directamente al hotel que Aura reservó, un edificio situado en el Eixample, cerca de donde se celebra la reunión.

—Habitaciones 512 y 514 —dice la recepcionista cuando Irina da su nombre—. Quinta planta, los ascensores están al fondo.

—Gracias —responden ambas a la vez.

Suben en absoluto silencio, una al lado de la otra, mientras Irina contesta un mensaje a su hermana Olga y Aura se limita a mover los dedos dentro del bolsillo de su pantalón.

—¿Nos vemos en el vestíbulo en veinte minutos para ir a comer? —pregunta Irina cuando llegan a las puertas de sus respectivas habitaciones.

—Sí, genial.

Aura siente alivio cuando entra a su habitación, estos minutos para instalarse le vendrán bien para serenarse un poco. Se queda de pie un segundo y concluye que es acogedora y bonita. Tiene una cama doble, una mesa de trabajo, un pequeño sofá y un baño completo. Deja la maleta sobre la cama y se asoma a la ventana, feliz de que les hayan dado habitaciones en la quinta planta, donde el ruido de los coches no se escucha en absoluto gracias a la altura y los cristales dobles.

Elige unos pantalones de vestir y una blusa que sean apropiados para la reunión y se cambia de ropa y, como ya se temía, cuando baja al vestíbulo, Irina ya la está esperando. Ella también se ha cambiado, los pantalones negros y el jersey de cachemira blanco que traía durante el viaje, han sido sustituidos por uno de sus muchos trajes de ejecutiva que hacen que el corazón de Aura siempre lata más rápido.

—¿Conoces algún sitio bueno para comer que esté por aquí cerca? —pregunta Irina.

—Sí —Aura sonríe, feliz de poder aconsejarla—. Si quieres probar la auténtica comida catalana, hay un restaurante a un par de calles de aquí que está muy bien, si te apetece, claro.

Irina esboza media sonrisa y asiente.

—Auténtica comida catalana —repite, mirando a Aura fijamente —. Suena bien. ¿Siempre viviste en la capital?

—Durante treinta y siete años —responde Aura, sosteniendo la puerta mientras pasa su jefa—, no vas a encontrar una guía mejor que yo.

—Es una lástima no tener tiempo, pero lo tendré en cuenta si volvemos.

Aura casi tropieza cuando la escucha. La sola idea de pensar en otro viaje con Irina es simplemente superior a ella. ¿Cómo va a hacerlo si ni siquiera sabe si sobrevivirá al primero?

El restaurante es pequeño, el típico con manteles a cuadros y el menú del día escrito en una pizarra. Piden pan con tomate para compartir; Aura, *botifarra amb mongetes*, e Irina fideuá y *patates al caliu*.

—Deja de mirar el reloj, tenemos tiempo —dice Aura cuando Irina comprueba la hora por tercera vez.

—La reunión es a las cuatro y son las tres y media —dice Irina.

—Pero está aquí al lado, llegamos en cinco minutos caminando.

—Ah, sí, se me olvidaba que estoy sentada con un plano mental de Barcelona.

Aura sonríe y se relame cuando el camarero les trae un postre de crema catalana para cada una.

Cuando llegan a la editorial, hay tres personas esperándolas: dos hombres de pelo canoso y una mujer de unos cuarenta años que se presenta como la directora de proyectos internacionales.

—Señora Ramsey, encantada de conocerla por fin, soy Sara Palau —dice la mujer, estrechando la mano de Irina mientras la mira de un modo que hace que Aura se ponga rígida de repente.

—Gracias, el placer es mío —responde Irina—. Ella es Aura Riquer, mi asistente ejecutiva.

Aura estrecha las manos de los dos hombres primero y, por último, la de la mujer, que la mira directamente a los ojos como si la estuviera retando, como si, de algún modo, hubiera adivinado lo que Aura siente por Irina y le estuviera diciendo que ella también quiere entrar en la pelea.

La reunión da comienzo e Irina explica los servicios que su agencia puede ofrecer, presenta trabajos anteriores y habla de plazos y presupuestos con la convicción de alguien que podría vender cualquier cosa si se lo propusiera. Para Aura es simplemente brillante y, mientras Irina negocia cada punto con firmeza y responde cada pregunta sin titubear, ella la observa fascinada, pero siempre pendiente de Sara Palau, que parece más satisfecha por la simple presencia de Irina en la sala que por lo que la empresaria puede ofrecer.

El turno de Sara comienza y la directora empieza a hablar de lo que serían los primeros proyectos con los que le gustaría empezar. Se levanta de su silla, la arrastra para acercarse un poco a Irina y le muestra algo que tiene en su *tablet*, dejando que su codo roce el de Irina en más de una ocasión mientras le habla con un tono bajo y seductor que hace que Aura quiera golpearla con su propia *tablet*. Intenta no pensar; ella ha venido aquí a tomar notas y ayudar a Irina con la presentación, así que decide centrarse solo en su jefa y no en la mujer que trata de seducirla delante de todos, y entonces se da cuenta de que Irina se masajea las sienes con frecuencia y está entrecerrando mucho los ojos cuando mira la pantalla.

Media hora después, Sara se disculpa para ir a buscar el cargador de su *tablet*, que se está quedando sin batería, y Aura aprovecha para acercarse a Irina.

—¿Estás bien?

Irina se recuesta en el respaldo y se inclina hacia Aura para contestarle en voz baja sin que los dos hombres las escuchen, y eso la deja tan cerca de su rostro que sus frentes casi se rozan.

—Me duele un poco la cabeza —contesta Irina—, pero estoy bien.

—¿Quieres que vaya a buscarte algo? Más agua, un refresco o…

Irina le pone la mano en el brazo a modo de agradecimiento y Aura siente tal corriente recorrerle todo el cuerpo que vuelve a ponerse rígida.

—No, no hace falta, gracias. Ya casi hemos terminado —dice Irina, pero la reunión se alarga durante otra hora y media más porque la tal Sara no parece tener prisa por despedirse de Irina.

—Este es mi número personal —dice Sara de repente, entregando una tarjeta a Irina con sus datos de directora y un número escrito en bolígrafo—. Por si necesitáis algo mientras estéis en Barcelona.

Aura aprieta la mandíbula y se imagina a sí misma robando la tarjeta del bolsillo de Irina para prenderle fuego antes de tirarla por el retrete.

Cuando salen a la calle, Irina se detiene en la entrada y se aprieta las sienes con más fuerza. A estas alturas, el dolor se ha convertido en una punzada constante que le atraviesa el cerebro con cada movimiento.

—¿Pido un taxi? —pregunta Aura, cogiéndola de un brazo porque Irina empieza a estar pálida.

—Prefiero andar —murmura sin levantar la vista de la acera.

Para cuando llegan al hotel, Irina tiene los labios apretados en una línea recta y los hombros completamente rígidos. Aura es la que llama al ascensor y también la que le quita la tarjeta de la mano y la pasa por el lector para abrir la puerta de la habitación. Entra con ella sin preguntar y cierra la puerta al mismo tiempo que Irina se deja caer en la cama y se cubre los ojos con el brazo.

—¿Qué necesitas? —pregunta Aura.

—Una pastilla de las azules; está en el neceser —susurra Irina, señalando el baño.

Aura lo encuentra sobre una repisa de cristal y localiza las pastillas de inmediato porque no es la primera vez que se las da. Rellena un vaso de agua con una botella del minibar y se acerca a la cama.

—Toma —dice, ayudándola a incorporarse lo suficiente como para tragarse la pastilla.

Después la ayuda a tumbarse y ejecuta el ritual que ya ha seguido otras veces en el despacho. Le quita los zapatos, la tapa con el edredón y va a la ventana para correr las cortinas y dejar la habitación en penumbra.

—¿Necesitas algo más? —susurra, agachada a un lado de la cama.

Irina niega con la cabeza y Aura solo ve su silueta moviéndose.

Este es el momento en el que Aura suele irse y dejarla descansar, pero la ha visto tan pálida que está preocupada, así que, sin hacer ruido, se acerca al pequeño sofá que hay igual que el de

su habitación y se sienta a esperar. Aura no se levanta hasta que la respiración de Irina se vuelve más pesada y está segura de que se ha dormido. Es entonces cuando se marcha, cerrando la puerta con cuidado.

CAPÍTULO 15

Cuando entra en su habitación, Aura se da una ducha y se pone a trabajar, organizando las notas de la reunión y preparando parte de la documentación que tendrá que enviar el lunes. El tiempo le vuela y no vuelve a pensar en la tal Sara, ni siquiera en que están en Barcelona y para Irina sería muy fácil quedar con ella. Aura solo quiere estar ahí, en ese hotel, cerca de su jefa por si la necesita.

Es cerca de una hora y media después cuando su teléfono suena y el corazón de Aura se acelera al ver el nombre de Irina en la pantalla.

—¿Estás bien? —pregunta de inmediato, ayudándose con la otra mano a colocarse bien el móvil porque lo ha cogido tan deprisa que casi se le cae.

—Mucho mejor, la pastilla ha hecho su trabajo —responde Irina, y hace una pequeña pausa antes de seguir—. Gracias por quedarte.

—¿Qué?

—Conmigo, mientras me dormía.

Aura se pone de pie de golpe, sin saber qué decir. Estaba tan segura de que Irina no se había dado cuenta, que ahora se siente como si la hubieran pillado robando.

—Bueno, es que estabas pálida y pensé que…

—He dicho gracias, Aura —la corta Irina, y su voz se escucha también a través de la pared—. En serio, me ha calmado que estuvieras ahí cuando más me dolía.

Aura se muerde los labios y asiente. De repente, tiene ganas de llorar y no sabe el motivo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta su jefa, y Aura traga saliva antes de responder.

—Organizando las notas de la reunión y…

—¿Trabajando? —Irina la corta de nuevo.

—Sí, bueno, también me he duchado.

La risa de Irina atraviesa la pared y Aura se contagia; después se hace un silencio que no resulta incómodo y entonces Aura escucha algo más. Es la voz de Irina, más apagada, como si se hubiera separado el teléfono de la oreja mientras masculla algo sobre que es ridículo.

—¿Qué pasa? —pregunta Aura.

—Nada, es que me siento rara, te escucho a través de la pared y por el teléfono.

Aura se ríe.

—Yo también te escucho, las paredes deben de ser de papel.

—Quizá no necesitamos los teléfonos —dice Irina—, espera, alguien llama a la puerta.

—Claro.

Irina se levanta y, cuando abre, se encuentra a Aura al otro lado con una sonrisa que hace que Irina por poco se derrita.

—Qué eficaz —dice, y se hace a un lado para dejarla pasar.

—Hola —saluda Aura, bajando el teléfono mientras la mira.

—¿Pasas o te quedas en el pasillo? —pregunta Irina, arqueando una ceja.

Aura tuerce una sonrisa victoriosa que Irina no le había visto antes, porque en ese momento su asistente piensa en Sara y en cuánto le gustaría que esa mujer la viera entrando en la habitación de Irina. Después se siente mal de inmediato, porque esos pensamientos hacen que Irina parezca mercancía.

Cuando su jefa cierra la puerta, Aura la mira con atención. Ha recuperado el color, de hecho, tiene las mejillas casi del color del pelo y sus ojos ahora brillan en lugar de estar apagados por el dolor.

—Tienes mejor aspecto que antes.

Irina se mira mientras sonríe. Todavía va vestida con el traje —ahora arrugado— y está segura de que está bastante despeinada.

—Supongo que antes parecía un cadáver.

Aura no contesta, porque de repente, su mente traicionera se acaba de imaginar lo que para ella sería una escena perfecta: ella misma reuniendo el valor necesario para recortar la poca distancia que las separa y besar esos labios que lleva deseando tantos meses, pero como siempre, se queda muy quieta y su mente suelta lo primero que se le ocurre cuando ve que Irina la mira con demasiada intensidad.

—Deberíamos ir a cenar.

Irina hace una mueca.

—Si no te importa, ve tú. A mí no me apetece salir.

Aura sabe que no debería ni nombrar lo que se le acaba de pasar por la cabeza, pero no puede evitarlo.

—¿Vas a llamarla?

—¿Llamar a quién? —pregunta Irina, confundida.

El carraspeo que Aura hace antes de hablar es tan fuerte, que se hace daño en la garganta.

—A Sara.

A Irina le cuesta unos segundos llegar a la conclusión de que le habla de la directora de la editorial.

—¿Crees que me deshago de ti para llamarla a ella? —pregunta, cruzándose de brazos con expresión divertida.

—No, es que… Bueno, no sé, ¿la vas a llamar? —insiste Aura.

Irina está muy desconcertada con su asistente. A veces, como ahora, tiene la sensación de que tiene algún tipo de interés en ella, pero entonces recuerda las flores y a ese hombre que le gusta y se obliga a no ilusionarse.

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunta, deseando saber lo que piensa Aura.

—No digo que tengas que hacerlo, solo pregunto —Aura se arrepiente de haber abierto la boca, se está poniendo roja y tiene mucho calor.

—¿Crees que estaba interesada? —sigue Irina.

No necesita la respuesta de Aura porque lo sabe de sobra, ha sido muy consciente en todo momento de cómo la miraba esa mujer.

—Sí, eso creo —responde Aura, tan seria que parece que está molesta.

—No te cae bien —concluye Irina, torciendo una sonrisa divertida.

Aura podría negarlo, pero toda su expresión corporal grita lo contrario, así que no tiene sentido.

—No mucho.

—¿Porque estaba interesada en mí o porque era un poco prepotente? —dispara Irina a bocajarro.

Los ojos oscuros de Aura se clavan en los de Irina mientras piensa la respuesta. No puede decir la verdad, Irina es su jefa y están en su habitación de hotel, la situación se volvería muy incómoda si lo hace.

—Las dos cosas —se escucha decir, y un zumbido le atraviesa el oído izquierdo cuando la mirada de Irina se entorna—, quiero decir —se apresura Aura, nerviosa—, que no es que me importe con quién sales, pero tú me caes bien y pienso que ella no está a tu altura.

Irina levanta las cejas y asiente con una mezcla de decepción y algo que le atraviesa el pecho hasta convertirlo en un pellizco.

—Te agradezco que me tengas en tan alta estima, pero tranquila, no es mi tipo.

Aura quiere preguntarle cuál es su tipo de mujer, aunque prefiere callarse antes de seguir metiendo la pata.

—Entonces, ¿estás segura de que no quieres ir a cenar? —pregunta, zanjando el tema.

—Todavía estoy un poco aturdida por la pastilla y no tengo mucha hambre —dice Irina—. Sal de aquí y despéjate un poco. Disfruta de tu ciudad.

Aura duda, pero finalmente asiente.

—Está bien, pero si necesitas algo, llámame.

—Lo haré.

Cuando Aura sale de su habitación, es Irina la que se da una ducha y se pone un pantalón elástico y una camiseta mientras intenta pensar en cualquier cosa menos en la conversación tan extraña que acaban de tener. Ella no coge el ordenador, decide que

no piensa trabajar hasta el lunes y se sienta en la cama para ponerse cómoda y llamar a su hermana porque ha visto que tiene una llamada perdida de ella.

—No me digas que la reunión se ha alargado hasta ahora —dice Olga.

—No, hemos salido sobre las siete.

—Te he llamado a las ocho —le reprocha su hermana, que es pesada como una madre cuando Irina no le coge el teléfono.

—Me he tenido que tumbar, me dolía la cabeza.

Olga resopla e Irina la escucha maldecir las migrañas.

—¿Estás mejor ahora?

—Sí, ahora ya está.

—Me alegro. ¿Qué tal con Aura?

La que resopla ahora es Irina, porque desde que le contó a su hermana que le gustaba alguien del trabajo en la boda de Zoe, Olga no ha parado de preguntar hasta que hace una semana Irina le confesó que se trataba de Aura.

—Pues bien, no sé qué quieres que te diga.

—¿Dónde está? —pregunta Olga.

—Ha salido a cenar, y antes de que preguntes, no tengo hambre, ya sabes que las pastillas de la cabeza me dejan un poco atontada.

—¿Y sigues pensando dejar pasar el tiempo sin decirle nada?

—No sé qué parte de le gusta alguien es la que no entiendes, Olga. Ha dejado a su marido por otro tío, no pienso ni molestarme en decirle lo que siento.

—Sí, desde luego, tienes razón. Eso solo complicaría vuestra situación en el trabajo. Perdona por insistir, es que me cayó bien y

me gusta para ti.

—Ah —sonríe Irina—, qué bien que tenga tu aprobación, seguro que mamá no pensaría lo mismo.

—Olvida a mamá, Irina, tú nunca has necesitado su aprobación ni la de nadie.

Irina asiente, eso es verdad, pero sí le gustaría tener su apoyo, aunque eso no lo dice porque sabe que Olga se siente mal por ella.

—Bueno, te dejo, voy a darme una ducha y a meterme en la cama —miente Irina.

—Claro, cuídate. Y vente mañana si te apetece, estaremos solo Damián y yo, podemos salir y cenar en algún restaurante los tres solos.

—De acuerdo. Te llamo.

Irina cuelga y pasa la siguiente hora pasando canales en la tele o mirando el móvil, hasta que, a las once y cuarto, alguien llama a la puerta de su habitación. Irina frunce el ceño, pero sonríe cuando abre y se encuentra con Aura al otro lado.

—Espero que no estuvieras dormida.

—No, estaba intentando encontrar algo decente en la tele —responde Irina.

—Genial, porque traigo tu cena.

Aura alza una bolsa de plástico blanca y a Irina se le hace la boca agua a pesar de que no sabe lo que contiene, porque hace rato que su estómago ha comenzado a protestar.

—¿Qué es?

—Un bocadillo.

Aura se pone roja al ofrecerle la bolsa e Irina tiene que reprimir las ganas de abrazarla.

—Lo he hecho yo en casa de mis padres. Auténtico bocadillo de jamón ibérico con pan con tomate.

Irina no sabe qué decir, no es solo el detalle de que le haya hecho el bocadillo, es el hecho de que haya pensado en ella cuando estaba en casa de sus padres.

—Muchas gracias, Aura, en serio. Además, estoy muerta de hambre.

—Me lo imaginaba —Aura pone los ojos en blanco.

—¿Te quedas mientras ceno?

Aura no responde, directamente se sienta en el sofá mientras Irina lo hace a los pies de la cama, subiendo las piernas.

—Umm, joder, está buenísimo, Aura —a Irina solo le falta gemir de puro placer mientras mastica.

Aura sonríe.

—Me alegro.

—¿Cómo te ha ido con tus padres?

—Bien, se han llevado una buena sorpresa al verme, no les había dicho que venía —explica Aura.

—¿Y eso?

—Bueno, no sabía si ir, la verdad. No tenía ganas de que me interrogasen con el tema divorcio, pero lo cierto es que no me han agobiado con el tema.

—Eso es genial. ¿Tú cómo te sientes con eso? ¿Estás bien? —aprovecha Irina, que lleva un par de días notando que la tristeza ha vuelto a Aura.

—Sí —su asistente se encoge de hombros—. Es difícil, aunque no sienta lo mismo, no quería hacerle daño, y no se lo está tomando muy bien.

—Lo siento.

—Gracias —Aura sonríe de repente y señala el bocadillo—, parece que de verdad tenías hambre.

Irina lo mira, prácticamente lo ha devorado en cinco minutos, y eso que era grande.

—Es que está jodidamente bueno, la culpa es tuya —Irina da otro mordisco y Aura solo puede pensar en cuánto le gustaría besarla ahora para probar el sabor a jamón en su boca.

Cuando termina, Irina bebe un poco de agua y se limpia con la servilleta.

—Gracias otra vez, no tenías por qué hacerlo.

—Quería hacerlo —dice Aura, y el aire se espesa de pronto hasta que Aura se aclara la garganta y se levanta—. Debería dejarte descansar, mañana volvemos temprano.

Irina no dice nada, solo se levanta y la acompaña hasta la puerta, pero cuando Aura está a punto de salir, se gira de repente.

—Me alegro de que estés mejor —dice, y la voz le sale ronca.

—Gracias.

Aura se gira otra vez y sale al pasillo porque no soporta estar tan cerca de Irina sin tocarla. Cuando la puerta se cierra, ambas se tumban en sus respectivas camas y se quedan mirando al techo mientras piensan en que es solo una pared lo que las separa. Son apenas unos metros, pero Irina los siente como un océano y Aura solo puede maldecirse por no atreverse a decirle que ella es la persona que le gusta.

CAPÍTULO 16

Han pasado cinco días desde el viaje a Barcelona y todo parece haber vuelto a la normalidad. Mayo ha llegado, trayendo unos días calurosos que han hecho que Aura ya no necesite la chaqueta cuando sale de su apartamento para ir a buscar los cafés y llevarlos a la oficina.

Su rutina se mantiene intocable; ella deja el café de Irina en una esquina de la mesa y el corazón le da un vuelco cuando escucha que se acerca por el pasillo. Después su jefa entra y unas veces le sonríe, le da las gracias y pasa a su despacho porque tiene prisa. Otras, se detiene y habla un minuto con ella, a veces subiendo una pierna a su mesa de manera distraída o mirándola con esa intensidad que hace que Aura se sienta desnuda, pero lo que todas esas veces tienen en común es que el corazón de Aura se detiene, el aire parece escapar de sus pulmones durante un par de segundos y después vuelve de golpe, como si se hubiera olvidado de respirar.

Eso es lo que ha estado pasando cada día esta semana, comparten unos segundos cuando Irina llega y después cada una se sumerge en su trabajo como si no pasara nada, pero sí que pasa algo, al menos para Aura.

Ella no puede dejar de recordar el viaje a Barcelona. Piensa en la habitación del hotel, en Irina tumbada en la cama, en la sonrisa

petulante de Sara cuando la miraba y en los celos que sintió por su culpa. Y piensa también en el momento que compartieron cuando Irina se deleitó con su bocadillo o en la conversación incómoda que tuvieron sobre la directora de proyectos internacional porque ella no supo mantener la boca cerrada. Aura estuvo tentada de decirle la verdad en al menos dos ocasiones, pero no lo hizo, no se atrevió, y cada día que pasa se siente más cobarde y con menos derecho a hacerlo.

La impresora termina de escupir los documentos que ha mandado imprimir y la asistente los cuadra sobre su mesa tras asegurarse de que están todos antes de ir hacia el despacho de Irina. Abre la puerta sin llamar, pero entra despacio, asomando la cabeza primero porque, aunque lleva casi un año trabajando ahí, todavía le cuesta acostumbrarse a no anunciar su presencia.

—Entra, Aura —dice Irina, sin apartar la mirada de la pantalla.

Aura obedece y cierra la puerta, pero se queda quieta de nuevo, y esta vez no es porque tenga dudas, es porque Irina le parece rematadamente atractiva esta mañana —más que de costumbre— pero Aura no es capaz de detectar ningún cambio, así que concluye que su jefa simplemente se ha levantado radiante.

—Tengo los contratos de la editorial de Barcelona —anuncia, acercándose a la mesa—. Necesito que los revises y los firmes.

—Déjalos ahí, gracias. Los miro en cuanto tenga un momento.

Aura los deja con cuidado en un lado de la mesa, agradecida de que el nombre de Sara no salga a relucir, pero no se marcha, se queda mirando a Irina, que tiene los ojos entrecerrados y la cara demasiado cerca de la pantalla.

—¿Es que no piensas ir nunca a que te miren la vista? —espeta de repente.

Irina levanta la mirada de la pantalla y clava sus ojos gris azulado sobre Aura mientras se recuesta en la silla, sorprendida por el tono.

—No recuerdo haber dicho que iría —dice, cruzando una pierna sobre otra.

A Aura le cuesta tragar, pero decide no amedrentarse ante la actitud imponente de su jefa. Tienen cierta confianza, ¿no? Pues va a tensar la cuerda.

—Claro que no, prefieres dejarte los ojos delante de la pantalla hasta que te duele la cabeza.

Irina se cruza de brazos con una mezcla de irritación y excitación.

—No tengo tiempo para eso, Aura, ahora si me permites…

—Claro que lo tienes. Llamaré y pediré hora esta tarde —la interrumpe Aura.

Aura ya saca su móvil del bolsillo para buscar la óptica más cercana cuando Irina —sin que Aura tenga claro en qué momento se ha levantado— aparece frente a ella, mirándola fijamente. La asistente levanta la vista de la pantalla tan solo un segundo, suficiente para que sus ojos se claven en el escote de Irina, que solo lleva la camisa y… Aura ya sabe por qué le parece tan arrebatadoramente sexy esta mañana. Normalmente, Irina lleva dos botones desabrochados en sus camisas; eso es siempre así, haga frío o haga calor, pero hoy lleva tres, y ese tercer botón es la diferencia entre verle la clavícula y ver la línea que insinúa sus pechos ahora que está tan cerca.

—Deja el teléfono, Aura —exige Irina, con la voz tan ronca como la que tiene a primera hora de la mañana.

—No —a la asistente le empieza a temblar la mano cuando escribe, pero logra poner lo que quiere y le da a buscar sin atreverse a volver a levantar la vista, porque como vuelva a mirar ese escote sabe que le palpitará la entrepierna.

—Te he dicho que dejes el maldito teléfono —susurra Irina, apretando la mandíbula para contenerse, porque si hace lo que quiere, Aura acabará empotrada contra la pared con los labios entre sus dientes.

—Lo tengo —Aura está sofocada cuando levanta la mirada y gira el teléfono, sorprendida por atreverse a ignorar por completo la orden de su jefa—. Esta óptica está a doscientos metros de aquí, voy a llamar —dice, mirándola fijamente mientras se lleva el teléfono a la oreja.

Irina no suele ser una jefa exigente mientras los empleados sean eficientes y hagan su trabajo, y ha tenido la suerte de que Carmen eligiera bien a quién contratar, porque jamás se ha encontrado con nadie que se atreva a llevarle la contraria o simplemente ignorar una orden directa como acaba de hacer Aura.

—Hola, buenos días —dice Aura cuando alguien contesta al otro lado—. Quería pedir hora para un examen de la vista... Sí, para hoy si es posible... ¿A las seis? Perfecto... Irina Ramsey... Sí, gracias.

Aura cuelga y mira a Irina con una expresión que oscila entre el triunfo y el miedo.

—No sé si despedirte por tu desfachatez o besarte porque tu atrevimiento me ha puesto mucho —suelta Irina, con tanta seriedad

que Aura deja de respirar porque sabe que no está bromeando—. ¿Qué crees que debería hacer, Aura?

Aura se siente mareada. Sus ojos se han clavado en los labios de Irina y su boca se ha abierto para responder, pero no está segura de cuál es la respuesta correcta ahora mismo, porque nunca ha visto a Irina enfadada, y está claro que lo está.

—Necesito el trabajo —responde, y la voz le sale estrangulada.

Irina ladea la cabeza ligeramente y no parpadea.

—Entonces, ¿debería besarte? ¿Eso es lo que dices?

Aura está a punto de abrir la boca para decirle que sí, que eso es lo que debería hacer, que es lo que desea desde hace tanto tiempo que siente que se va a volver loca, pero el teléfono de su mesa empieza a sonar fuera del despacho, e Irina parece recibir una bofetada de realidad que la hace parpadear y dar un paso atrás cuando es consciente de lo que acaba de hacer.

—Ve a cogerlo —ordena—, y cierra la puerta cuando salgas, por favor —añade, y se da la vuelta para volver a su silla sintiéndose completamente aturdida.

Cuando Aura sale, Irina se agarra a los reposabrazos de su silla mientras mira la pantalla en negro con los ojos muy abiertos. El corazón le late desbocado y su estómago está encogido como si se estuviera precipitando al vacío. No da crédito a lo que ha dicho, ni a cómo lo ha dicho, y siente ganas de vomitar cuando se da cuenta de que ha rozado el límite del acoso laboral. Ha puesto a Aura entre la espada y la pared. Lo que ha dicho ha sido como una amenaza, o me das lo que quiero o te despido. Así es como ha sonado y como probablemente lo ha interpretado Aura, aunque está muy lejos de lo que Irina pretendía, y da las gracias en todos los idiomas que

conoce por la llamada que las ha interrumpido, porque está segura de que, de no haber sido así, habría besado a Aura.

—Mierda…

Estira el brazo y coge el teléfono para pedirle a Aura que entre y poder disculparse, pero lo suelta y se levanta cuando concluye que lo último que Aura deseará ahora mismo es estar a solas con ella en su despacho. Así que se dirige hacia la puerta, la abre y va directa hacia la mesa de su asistente, quedándose de pie a una distancia prudente, con los brazos cruzados sobre el pecho y los puños tan apretados que se está haciendo daño en los dedos.

Aura deja de mover los dedos de la mano izquierda sobre su pierna y se gira tratando de disimular la anticipación que siente, porque lo único que desea es que Irina cumpla lo que ha dicho, que se incline sobre ella y la bese de una vez, pero Irina parece trastornada. Su mirada permanece fija en Aura, aunque ella está segura de que no la está viendo, de que está tan concentrada en el conflicto que parece haber en su cabeza, que está paralizada.

—¿Qué te pasa, Irina? ¿Estás bien? —se preocupa Aura.

—No —la respuesta es seca y contundente, como un mazazo sobre la mesa.

—¿No?

Irina parpadea y esta vez sí que parece verla de verdad.

—Siento lo que he dicho ahí dentro, Aura —dice sin apenas respirar—. Me he pasado. Te he puesto en una situación muy incómoda y te aseguro que no era lo que pretendía. No sé qué coño me ha pasado, pero te prometo que no se repetirá. Si quieres dar parte a Recursos Humanos lo entiendo, o si quieres que te asigne otro puesto…

—¿Qué dices? —Aura se levanta de golpe e Irina da un paso atrás, alejándose del peligro por puro instinto—. No quiero que me asignes a ningún otro sitio ni hablar con Recursos Humanos, ¿por qué demonios iba a hacerlo?

Aura está tan descolocada que se está poniendo de mal humor.

—No lo sé. Solo digo que estás en tu derecho. He traspasado una línea que jamás debería haber pisado.

—No has traspasado nada, ¿de acuerdo? No me he sentido incómoda —aclara Aura—. Te lo juro.

Irina la mira fijamente con el ceño fruncido, intentando creerle.

—Mira, no sé qué he sentido, ¿vale? —dice Aura, que siente que no es el momento de decir que estaba muy cachonda y que ojalá no hubiera sonado el jodido teléfono, porque Irina no parece receptiva, está demasiado obcecada en el error que cree que ha cometido como jefa—, pero te repito que no me he sentido incómoda, no pienso que hayas hecho nada mal, solo has expresado lo que sentías en ese momento. Te he hecho enfadar, te he provocado, y te he desobedecido ignorando lo que querías, yo te he puesto en esa situación.

Irina sigue congelada, tratando de que su mente deje de castigarla.

—Por favor, Irina, deja de mirarme así. No quiero que eso cambie nada entre nosotras, me ha gustado, ¿de acuerdo?

Irina contiene la respiración, pero no se mueve.

—Ha sido una situación divertida —dice Aura, desesperada porque Irina no levante un muro entre ellas.

—Divertida —repite Irina.

No sabe si eso la alivia o la decepciona. Ella estaba ciega de deseo hasta tal punto que ha perdido el control de su cuerpo y su lado racional, pero para Aura solo ha sido divertido, una anécdota, la típica situación morbosa con una lesbiana que cualquier mujer heterosexual quiere tener alguna vez.

—De acuerdo —dice y asiente.

—¿Sí? ¿Estamos bien? —pregunta Aura, que ahora mismo no puede pensar con claridad.

—Sí, lo estamos. Voy a seguir trabajando —dice, haciendo una seña con la cabeza hacia su despacho.

—Claro, sí. Te veo después.

Irina no sale del despacho en todo el día, pero logra que se le pase el malestar porque las veces que Aura entra por temas de trabajo, se comporta como siempre y no da ningún tipo de muestra de sentirse incómoda en su presencia, así que decide que simplemente ignorará lo sucedido, no volverá a sacar el tema y desde luego jamás hará nada parecido.

—Es la hora —dice Aura, asomándose a la puerta de su despacho con el bolso colgado del hombro.

—¿La hora? —Irina está completamente perdida, pero cuando Aura resopla y su cara se transforma en una mueca de desaprobación, recuerda la maldita cita en la óptica—. Ah, eso…

—Sí, eso. No me hagas suplicártelo, por favor —dice Aura.

Desde luego que no, Irina no piensa generar ninguna situación que provoque tensión entre ellas, así que, a regañadientes, apaga el ordenador, se levanta y coge su bolso para salir.

En la óptica las recibe una mujer joven con bata blanca que se presenta como Miriam, la optometrista.

—Señora Ramsey, pase por aquí, por favor.

Irina la sigue hacia una sala pequeña en la parte trasera mientras Aura se queda esperando en la zona de las monturas, pensando en cuál le quedará mejor a su jefa.

Veinte minutos después, Irina sale con el bolso en una mano y expresión resignada.

—¿Y bien? —pregunta Aura, acercándose de inmediato.

—Presbicia —responde con un suspiro—. Dice que necesito gafas para leer y para el ordenador.

Aura intenta no sonreír demasiado, pero le cuesta.

—Lo sabía —dice, negando con la cabeza como si Irina fuese una niña pequeña y protestona.

—Sí, lo sabías —reconoce Irina—, pero no hace falta que te regodees —añade cuando los labios de Aura se curvan hacia arriba.

La optometrista las acompaña hacia la zona de monturas donde Aura ha estado todo el rato.

—Ahora solo tiene que elegir el modelo que más le guste. Tenemos muchas opciones.

Irina mira las estanterías con expresión abrumada. Hay cientos de monturas. ¿Cómo se supone que debe elegir?

—¿Te ayudo? —pregunta Aura.

—Por favor.

Se pasan los siguientes treinta minutos probando diferentes modelos. Aura rechaza las primeras tres opciones —demasiado grandes, anticuadas o llamativas— hasta que Irina se prueba unas de montura fina dorada que le quedan perfectas.

—Esas —dice Aura de inmediato.

—¿Estás segura? No son muy…

—Te quedan genial, en serio —asegura, mirándola de un modo que a Irina le parece incluso hambriento, pero se niega a pensar así.

Se mira en el espejo y tiene que admitir que le gustan. Son elegantes sin ser ostentosas, modernas sin ser demasiado juveniles.

—De acuerdo, estas. Voy a pagar para que podamos marcharnos de una vez —dice, como si fuera un suplicio estar ahí.

La optometrista toma nota y les explica que las gafas estarán listas en una semana, que llamará a Irina cuando lleguen.

—Gracias —dice Irina de repente, deteniéndose en medio de la acera cuando salen de la óptica.

Aura se gira para mirarla.

—¿Por qué?

—Supongo que por obligarme a venir, y por acompañarme. Seguro que tenías cosas más importantes que hacer esta tarde.

Aura se encoge de hombros.

—No te preocupes. Tengo tiempo. Al fin y al cabo, no me espera nadie.

Las palabras salen con un tono más amargo del que Aura pretendía, pero no ha podido evitarlo porque así es como se siente cuando piensa en su apartamento diminuto en Carabanchel, vacío y frío, en Laura, que ya no le habla, y en Marcos, que sigue enviándole mensajes que ella ignora.

No la espera nadie. Esa es la verdad. Aura está completamente sola en Madrid y duele admitirlo en voz alta.

Irina la mira fijamente durante unos segundos. Quiere preguntarle por qué ha dicho eso, saber qué ha pasado con ese hombre que le gusta, ese por el que dejó a su marido, pero le da miedo la respuesta. Tiene miedo de que Aura le diga que sí está con

alguien, que ese "no me espera nadie" no significa lo que Irina quiere que signifique, así que no pregunta, porque, al fin y al cabo, puede que Aura la encuentre atractiva, pero solo la ve como un entretenimiento.

—Bueno —dice finalmente, rompiendo el silencio—. Gracias de todas formas.

—De nada.

CAPÍTULO 17

—Pareces agotada —dice Zoe cuando coincide con Aura en la sala de descanso, donde la asistente de Irina ha ido a por su segundo café del día.

—Y tú un poco embarazada —responde Aura con una sonrisa, esquivando el comentario.

Zoe suelta una pequeña carcajada y se acaricia el vientre. En realidad, apenas se le nota, pero le encanta que la gente lo mencione.

—Sí, lo estoy, ¿tú nunca has pensado en tener hijos? —pregunta de forma casual, aunque su tema favorito últimamente son los niños.

Aura hace una mueca y niega con la cabeza. Hay muchas cosas que no ha tenido claras en su vida, pero esa no es una de ellas. Los niños le encantan siempre y cuando sean de otra persona, porque así solo tiene que pasar un rato con ellos, sin obligaciones, noches sin dormir y preocupaciones eternas.

—Pues la verdad es que no.

—Mi tía tampoco —comenta distraída, mientras coge su vaso cuando la máquina termina de verter el líquido—, siempre dice que conmigo ya tuvo suficiente, y eso que no soy su hija.

Las dos se ríen, pero algo revolotea en el estómago de Aura ante la mención de Irina.

—¿No le gustan los niños? —indaga Aura, que siempre quiere saber más detalles sobre su jefa.

Zoe se encoge de hombros.

—Conmigo siempre fue adorable. Creo que es un tema de tiempo, es muy celosa del suyo.

—La entiendo —dice Aura.

—Parece que tenéis algo en común —Zoe le guiña un ojo y Aura por poco trastabilla con uno de los taburetes de la sala—. En fin, tengo que volver. Dile de mi parte que deje de explotarte —bromea —. Ahora en serio, cuídate, Aura, pareces exhausta.

Zoe se marcha y la asistente suspira antes de salir y dirigirse hacia su mesa. Zoe tiene razón, está agotada. Últimamente, no duerme más de cuatro horas seguidas, se desvela con frecuencia y no es capaz de desconectar. Anoche probó una técnica nueva, obligarse a hacer algo que le hiciera acostarse más tarde, así que a las diez de la noche se puso a montar una estantería que compró al mudarse al piso para la que nunca encontraba tiempo. Acabó casi a la una de la madrugada, agotada y con dolor de muñeca porque la pistola que utiliza para atornillar se quedó sin batería, y no le sirvió de nada. Se durmió al poco de acostarse, pero a las cuatro de la madrugada volvía a estar despierta con la mente centrada en lo sola que se siente.

Lo cierto es que Aura no conoce a nadie en Madrid aparte de sus compañeros de trabajo, con quienes mantiene una relación cordial, pero superficial. No tiene a nadie con quien tomar un simple café el fin de semana para distraerse, a nadie a quien llamar cuando

necesita desahogarse y a nadie que la espere cuando sale del trabajo, y eso la asfixia lentamente.

Laura sigue sin hablarle y, cada vez que piensa en eso, siente que le están clavando un cuchillo por la espalda. Era su mejor amiga, su persona de confianza y la mujer que mejor la conocía, y la ha apartado de un plumazo porque no es capaz de tolerar que le guste una persona que no sea su hermano. Y después está Marcos, que todavía le envía mensajes pidiéndole que vuelva con él, y con cada mensaje que recibe, Aura se siente más culpable a pesar de saber que no hizo nada malo. No lo engañó, fue sincera consigo misma y rompió su matrimonio antes de hacer nada con nadie, pero le duele haberle hecho daño.

Se termina el café antes de llegar al despacho, lo tira a la papelera y empuja la puerta de Irina, con quien ha quedado para revisar una traducción. Lo que ve la deja helada en un primer momento. La persiana está bajada a media altura para cortar la entrada más potente de luz del exterior e Irina está tumbada en el sofá, con el portátil cerrado sobre el vientre y el brazo derecho sobre los ojos mientras sostiene el ratón con la otra mano.

—Irina… —dice en voz baja, cerrando la puerta al mismo tiempo.

Irina aparta la mano y la enfoca, sintiendo que las palpitaciones que le atravesaban la cabeza hasta hace un rato están remitiendo gracias a la pastilla que se ha tomado.

—¿Te duele la cabeza? —Aura se agacha a su lado y le pone una mano en el hombro antes de quitarle el portátil de encima y dejarlo en el suelo.

Irina siente un nudo en la garganta cuando escucha su voz y ve su expresión preocupada. Cuando se encuentra mal, se siente muy vulnerable y le gusta que Aura esté con ella, pero también le gustarían otras cosas de Aura que no puede tener, y eso le aprieta el pecho.

—Ya se me está pasando, pero necesito quedarme un rato más aquí.

—Vale, me quedo contigo, revisaré la traducción aquí en el sofá mientras descansas.

Aura se incorpora antes de que Irina pueda protestar y se sienta en el otro extremo, dejando que Irina apoye los pies contra su pierna.

—No la he podido terminar —explica Irina, con la voz adormecida porque esa pastilla siempre la deja muy atontada—, pero puedes corregir lo que hay.

—No te preocupes, tú cierra los ojos y descansa.

Aura abre el portátil de Irina, introduce la contraseña que compartió con ella hace meses y se pone a trabajar, pero siempre pendiente de su jefa, que ha cerrado los ojos y ladeado la cabeza hacia el respaldo del sofá. Aura no quiere mirar la línea de su cuello ni la porción de piel descubierta sobre su hombro derecho porque la camisa se ha deslizado, pero lo hace, imaginándose cómo sería poder acariciar ese cuerpo tan pálido o besar el hueco entre su cuello y su hombro. Aura carraspea y dirige la vista hacia la pantalla, obligándose a hacer lo que debe y no lo que su mente desesperada por la mujer que tiene al lado se imagina, mientras la respiración de Irina se vuelve más pesada hasta que se duerme.

Al fin, Aura ha logrado sumergirse en el documento y está corrigiendo. Sigue mirando de vez en cuando hacia Irina, pero ya no tiene esos pensamientos intrusivos, ahora solo se asegura de que sigue relajada, y parece estarlo de un modo que a Aura incluso le da envidia, porque tiene un brazo doblado debajo de la cabeza a modo de almohada, la expresión tranquila y los labios ligeramente entreabiertos. Parece más joven de lo que es, y vulnerable, completamente diferente a la ejecutiva imponente que todos ven en ella.

Aura suspira con brusquedad cuando se da cuenta de hasta qué punto está enamorada de esta mujer. En momentos así, odia más a Laura, porque ahora necesitaría su consejo, le iría bien conocer la opinión de otra persona, o tener su apoyo, porque cada vez tiene más claro que lo que de verdad la frena para decirle a Irina lo que siente, no es el miedo a que la rechace, sino el miedo a que todo se vuelva tan incómodo entre ellas que tenga que buscarse otro trabajo y, como consecuencia, perder esa cercanía que tiene con su jefa.

Sigue trabajando, pero de nuevo ya no está centrada y se permite unos segundos para fantasear con la idea de cómo sería tener algo con Irina, porque ahora no estaría sentada en la esquina del sofá, se habría tumbado con ella y estaría deslizando sus dedos en medio de ese pelo cobrizo para masajearle la cabeza y ayudarla con el dolor. Le besaría la sien con mucha ternura y la abrazaría para que no tuviera frío, pero solo es eso, una fantasía.

De pronto, Irina se empieza a mover y abre los ojos, parpadeando varias veces hasta que logra enfocar.

—¿Cuánto he dormido? —pregunta con voz ronca.

Aura se estremece, preguntándose también cómo sería escuchar esa misma voz a primera hora de la mañana, enredada entre las sábanas.

—Una hora, más o menos.

—¿Tanto? —Irina parece sorprendida y Aura sonríe.

—No es mucho. ¿Cómo estás?

—Bien, ya no me duele —dice, y se incorpora para sentarse—. ¿Cómo llevas la corrección?

—No la he terminado todavía, pero por ahora solo he encontrado un par de errores pequeños, nada grave.

Irina asiente, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Tú estás bien? Vuelves a tener ojeras —pregunta, señalando un detalle que ya ha notado esta mañana.

A Aura se le encoge el pecho y siente unas repentinas ganas de llorar cuando asiente. No sabe cómo lo hace, pero Irina siempre nota sus cambios físicos y emocionales, y todas esas veces pregunta y se preocupa por ella.

—Sí, una noche larga —responde, forzando una pequeña sonrisa.

Aura no tiene manera de saber que cada una de sus respuestas es otra señal de rechazo para Irina, porque ella lo asocia todo a esa persona que le gusta a Aura, y ahora acaba de deducir que ha pasado la noche con él, y no precisamente durmiendo, y la sangre se le ha congelado en las venas.

—Claro —dice, y se pone los zapatos—. Deja esto, vete a comer y tómate el resto de la tarde libre.

—¿Libre? —Aura levanta las cejas mientras Irina le quita su portátil de las manos.

—Sí, últimamente abuso mucho de ti. Ve a descansar, o a hacer cosas que tengas pendientes, no sé. Yo también me iré pronto, no te necesito aquí.

Irina ya está al otro lado de su mesa cuando Aura se levanta del sofá. Ella no quiere una tarde libre porque no sabe qué hacer con su tiempo, prefiere estar aquí, pero tampoco quiere contradecir a Irina ni rechazar este detalle que acaba de tener con ella. Quizá sea buena idea, así podrá ir a tocar un rato el piano.

—De acuerdo, muchas gracias.

—A ti, Aura —responde su jefa, pero ya no la está mirando.

CAPÍTULO 18

El lunes Aura llega a la oficina con una determinación que no había sentido hasta ahora. Se ha pasado todo el fin de semana pensando en lo mismo, dándole todo tipo de vueltas mientras ensayaba mentalmente lo que va a decir. Va a hacerlo hoy. Por fin ha tomado la decisión de decirle a Irina la verdad, de decirle que es ella, que siempre ha sido ella y que la persona por quien dejó a su marido no es ningún maldito hombre misterioso. Lo dejó por ella, por la mujer de pelo cobrizo y ojos gris azulado que la vuelve completamente loca cada vez que la mira.

Puede que Irina la rechace y todo se vuelva incómodo hasta el punto de que tenga que buscar otro trabajo, pero ha llegado a la conclusión de que no puede seguir así. No puede seguir viviendo en esta zona gris donde cada día fantasea con algo que quizá nunca tendrá.

Sale del ascensor con los dos cafés en las manos —como siempre, uno para Irina y otro para ella— y los deja sobre el mostrador de recepción cuando se da cuenta de que tiene un trozo de papel pegado en la suela del zapato. Aura se lo pisa con el otro pie mientras se sostiene con una mano apoyada en la madera para mantener el equilibrio y, cuando por fin logra quitárselo, la puerta del ascensor se abre e Irina aparece frente a ella.

Aura se queda completamente muda cuando la ve porque Irina va más arreglada de lo normal. Hoy no lleva uno de sus habituales trajes, sino un pantalón de pitillo y una blusa de cuello ancho que deja al descubierto toda su clavícula. Se ha maquillado un poco más y lleva unos pendientes de plata que se mueven cuando camina. Está dolorosamente atractiva, y Aura siente que la boca se le seca mientras se acerca.

—Buenos días, Aura —saluda Irina.

—Hola —responde sin parpadear—. Estás… estás muy guapa.

No es exactamente lo que piensa ni lo que quiere decir. En realidad, quiere decirle que está preciosa, o impresionante, o sexy, o que parece salida de una revista, pero las palabras se han quedado congeladas en algún punto entre su cerebro y su boca.

Irina se mira el cuerpo como si hubiera olvidado lo que lleva puesto o simplemente no entendiera el efecto que causa, y Aura quiere decirle también que no es solo su cuerpo, también es su rostro y el conjunto de la imagen que proyecta, pero de nuevo se queda sin palabras.

—Gracias —Irina sonríe.

—¿A qué se debe el cambio? ¿Una cita? —Aura no puede creer que haya preguntado eso, pero lo ha hecho y ya no hay vuelta atrás.

—Mmmm, sí, supongo que sí —responde Irina tras pensarlo un momento.

Algo se retuerce en el estómago de Aura. Esto le pasa por cotilla, si hubiera mantenido la bocaza cerrada, ahora no tendría ganas de tirarse del pelo hasta arrancarse los mechones.

—Una mujer, supongo —sigue Aura, haciendo el comentario más estúpido que se le podría ocurrir.

Debería callarse y dejar de preguntar, pero no puede evitarlo.

—Siempre —responde Irina, torciendo una sonrisa que derrite la entrepierna de Aura y la hace palpitar.

La asistente asiente de forma mecánica mientras el aire vuelve a sus pulmones.

—Claro, sí, qué bien —dice, sintiéndose tonta.

—¿Uno es mío? —pregunta Irina, señalando los cafés como si necesitara terminar con esta conversación absurda.

—Sí, por supuesto.

Irina coge el suyo y se queda mirando a Aura durante unos segundos, pensando en el dinero que ha gastado su asistente ejecutiva en todos los cafés que le lleva desde que comenzó con esta rutina que a ella le encanta. Irina ha tratado de darle dinero alguna vez, pero Aura se niega hasta el punto de ofenderse, diciendo que es una costumbre que no puede alterar cambiando las normas, porque traería mala suerte.

—Gracias, Aura.

Irina está a punto de dirigirse a su despacho cuando la puerta del ascensor se vuelve a abrir y esta vez es su sobrina la que sale con algunos trabajadores de la oficina.

—¡Ostras! —silba Zoe al ver a su tía—. Estás guapísima, ¿qué celebramos? Hola, Aura.

—Nada —Irina se ríe y le besa la frente.

—Tiene una cita —suelta Aura de repente.

Zoe levanta las cejas y mira a la asistente de su tía, que parece petrificada junto a la columna.

—¿En serio? —le pregunta a Irina.

—En serio —repite Irina—, y se acabó la fiesta, todo el mundo a trabajar.

Irina se dirige hacia el pasillo, pero Zoe la alcanza y la acompaña hasta su despacho, cerrando la puerta cuando entran.

—¿Qué pasa? —pregunta Irina, sorprendida por la actitud de su sobrina esta mañana.

—¿Con quién has quedado? —responde Zoe, bajando la voz para asegurarse de que Aura no escucha nada al otro lado de la puerta.

Irina frunce el ceño.

—Con una mujer a la que conocí hace meses. Quedamos para tomar algo y, aunque al final pasamos un rato agradable, no hubo química y cada una siguió con su vida. Ayer me escribió diciéndome que quería volver a quedar.

—¿Y le dijiste que sí sin tener química con ella? —pregunta su sobrina, cruzándose de brazos.

—Sí, Zoe, le dije que sí —responde Irina, empezando a estar molesta—. ¿Por qué me interrogas como si hubiera cometido un crimen?

Zoe la mira fijamente durante unos segundos.

—No te interrogo —su sobrina sonríe mientras se recoge la melena en una coleta baja—, es solo que pensaba que te gustaba Aura.

Irina la mira, boquiabierta.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso? ¿Has hablado con tu madre?

Zoe parece no escuchar la última pregunta de Irina y se encoge de hombros.

—No sé, lo he deducido.

—¿Lo has deducido? —las cejas de Irina se arquean.

—Joder, tía, solo hay que ver cómo la miras. Además, te acompaña a todas partes, hasta a comprarte unas gafas —Zoe pone los ojos en blanco, e Irina abre la boca, pero no dice nada—. Le pides ayuda con las correcciones cuando jamás hiciste eso con Carmen, así que no sé, pensé que entre vosotras había algo y que simplemente no querías contarlo todavía hasta que no fuera más serio.

Irina está tan impactada que apoya el trasero en la mesa y cruza los brazos sobre el pecho como si tuviera que defenderse de algo.

—En realidad, lo pienso de ambas —sigue Zoe—. No solo de ti; ella también te mira de ese mismo modo…

—¿Qué modo? —pregunta perpleja.

—Como si solo existieras tú, aunque haya mil personas a tu lado.

Irina inhala profundamente. De repente, está nerviosa y la conversación le resulta incómoda.

—Vale, pues tu percepción está mal, Zoe, a Aura le gusta otra persona, así que dejemos ya el tema.

—¿Le gusta otra persona? —pregunta entre sorprendida y decepcionada—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo ella el día de tu boda.

—Oh —Zoe parpadea—, vaya. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —a Irina se le están tensando los músculos del cuello y teme que pronto le empiece a doler la cabeza.

—Por ti. A ti sí que te gusta, ¿no? En eso no estoy equivocada.

—Zoe, tengo trabajo, y tú también —Irina está cansada de esa conversación.

—No lo niegas, eso es que sí. Espera… —los ojos de Zoe se abren tanto que casi se le desorbitan.

—¿Qué pasa?

—Antes has preguntado si he hablado con mi madre —dice, al recordarlo de forma repentina—. ¿Ella lo sabe? ¿Se lo has contado a ella y a mí no?

Irina se ríe y se incorpora para acercarse a ella.

—Tampoco hay mucho que contar, cariño. A mí me gusta ella y a ella otro tipo, fin de la historia —dice, cogiéndola por los hombros para girarla hacia la puerta.

—Mierda… —musita Zoe.

—Sí, mierda. Ahora ve, me estás haciendo perder dinero —bromea Irina.

Zoe se gira antes de abrir la puerta.

—Entonces, pásalo bien con esa mujer. Llévatela a casa y…

—Ni se te ocurra decirme con quién tengo que acostarme, gracias —Irina pone los ojos en blanco, abre la puerta y la invita a salir.

—En serio, tía, el sexo es bueno para despejar la mente —insiste Zoe.

A Aura se le escurre entre los dedos el bolígrafo que Irina le regaló, antes de que la puerta del despacho se cierre y Zoe se despida de ella levantando la mano.

A mediodía, Irina sale de su despacho con el bolso al hombro. Aura levanta la vista de su mesa y la ve pasar. Quiere decir algo, lo que sea, pero no encuentra las palabras.

—Nos vemos mañana, Aura, si hay cualquier cosa, me llamas al móvil —dice Irina sin detenerse.

—Claro, pásalo bien —responde, y se siente la peor persona del mundo cuando se le pasa por la cabeza inventarse alguna excusa dentro de una hora y llamarla para decirle que es necesario que vuelva.

El restaurante donde ha quedado para comer con Patricia no está muy lejos de la oficina, así que Irina llega caminando y, cuando entra, la mujer ya la está esperando en una mesa junto a la ventana, con una copa de vino blanco entre los dedos.

—Estás impresionante —dice Patricia, levantándose para darle dos besos.

—Gracias, tú también.

Se sientan e Irina se sorprende. En esta ocasión, no sucede como la primera vez que quedaron, cuando no sabían de qué hablar y el silencio era tan incómodo que estuvo a punto de levantarse y marcharse. Ahora, Patricia habla desde el principio, parece más segura de sí misma, más confiada. Aunque solo la vio una vez, Irina la nota cambiada, ha ganado algo de peso y le sienta muy bien, y tiene un brillo en la mirada que desde luego no tenía la otra vez, como si antes estuviera apagada y ahora hubiera encontrado un botón en su interior que ha pulsado para activarse.

—Lo siento, ¿hablo mucho? —Patricia se interrumpe.

—No —Irina sonríe, complacida—. Está genial, me daba miedo que fuera como la primera vez. Estás muy diferente, si me permites decirlo, para bien, claro.

—Me siento diferente —confirma Patricia—. Entonces no era mi momento, ya te lo dije. Necesitaba mi espacio, entenderme, descubrir exactamente lo que quería y comenzar a avanzar.

—¿Y ahora lo has hecho?

—Sí, ahora me siento lista para comerme el mundo —responde Patricia, mirando a Irina como si también quisiera comérsela a ella.

—Pues me alegro —dice Irina, alzando su copa de vino.

—Gracias. Por eso te he llamado. Me acordé de ti, de nuestra cita desastrosa hace unos meses y pensé, ¿por qué no intentarlo de nuevo?

Irina levanta las cejas. Ella ha dado por hecho que esto solo era una quedada entre dos mujeres que se conocieron en un momento extraño de la vida de ambas y se iban a poner al día; con esto no contaba, aunque aparentemente parezca una cita.

—Entiendo que si has quedado conmigo es porque entre aquella mujer que te gustaba y tú no hay nada, ¿no? —pregunta Patricia al ver que Irina se ha quedado en silencio.

Irina da un sorbo largo a su copa de vino antes de responder.

—Esa mujer se divorció de su marido.

Patricia ladea la cabeza y entorna la mirada.

—No lo dices como si fuera algo bueno.

—Lo sería si lo hubiera hecho por mí, pero le gusta otra persona —Irina da otro trago y se termina la copa, Patricia se la rellena.

—Lo siento, de verdad.

—Yo también.

La mujer le da tregua y cambia de tema mientras siguen comiendo. Irina le presta toda su atención y llega a la conclusión de que la conversación con ella es agradable, y Patricia es atractiva, inteligente y divertida. Cualquier mujer con dos dedos de frente se sentiría atraída por ella, pero Irina solo puede pensar en los ojos oscuros y las sonrisas tímidas de Aura.

Cuando salen del restaurante, pasean en un silencio cómodo sin rumbo fijo hasta que entran en un parque y Patricia se detiene junto a una valla, donde apoya la espalda y coloca una mano en la cintura de Irina, atrayéndola hacia ella en un gesto posesivo que la coge desprevenida.

—Eres la mujer más bonita e interesante que he conocido en mi vida —dice Patricia, mirándola a los ojos.

Irina contiene la respiración cuando Patricia coloca su otra mano al otro lado de su cintura, apretándola un poco más contra ella.

—Oye… —empieza Irina, poniéndole una mano en el hombro.

Patricia afloja el agarre y sonríe.

—Te sigue gustando —dice, e Irina exhala con brusquedad mientras asiente—. Es una pena.

—Lo siento.

—Yo también, pero lo siento más por ti —dice Patricia—. Llevas muchos meses enamorada de esa mujer, deberías intentar pasar página si ella no está por la labor.

—Lo sé.

—No digo que sea conmigo, pero ya sabes lo que dicen, un clavo saca otro clavo.

Irina suelta una pequeña carcajada y asiente.

—Ojalá me apeteciera, en serio, pero me conozco. Si me acuesto con otra persona solo para intentar olvidarla, lo único que conseguiré será sentirme incómoda conmigo misma, no funcionaría, y tú te mereces algo mejor que eso —dice Irina.

—Esa mujer no sabe lo que se está perdiendo —Patricia le recoge un mechón de pelo cobrizo que la brisa está haciendo bailar sobre el rostro de Irina y se lo coloca detrás de la oreja.

A Irina no le molesta el gesto, ni estar tan cerca de Patricia. Siente que ahora sí que han conectado, aunque no de la manera que le gustaría.

—¿Amigas entonces? —pregunta Patricia.

—Me encantaría —dice Irina.

—Genial. Llámame cuando quieras y repetimos.

Se despiden con un abrazo y cada una se va en una dirección diferente. A Irina le gustaría haber tenido fuerzas para dejarse llevar, para darse una oportunidad con Patricia e intentar empezar de cero, pero le resulta imposible, así que tendrá que esperar con resignación hasta que esto que siente se le pase.

CAPÍTULO 19

Cuando Irina aparece al día siguiente en el despacho, lo primero que mira Aura —además de a su jefa— es la hora en la pantalla del ordenador. Llega veinte minutos más tarde de su hora habitual, y no es que ella sea una mujer controladora, o sí, ya no lo sabe, pero está histérica porque la única razón que se le ha ocurrido a su mente retorcida para este retraso nada habitual de Irina es que hubiera alguien en su cama entreteniéndola, y eso la tiene más tensa que la cuerda de una guitarra.

—Buenos días —saluda Irina.

—Se te habrá enfriado el café —espeta Aura, y su propia voz le suena hueca, vacía, como si no fuera suya.

Irina titubea un momento y se cambia la bolsa que lleva en una mano hacia la otra para coger el vaso.

—Lo siento, he pasado por la óptica para recoger las gafas y había una mujer muy pesada delante de mí —Irina da un sorbo y asiente—. Todavía se puede beber, gracias por el café.

Le hace un guiño repentino que Aura siente directamente en el centro de sus piernas, como una sacudida violenta que la asusta. ¿Qué le pasa? ¿Primero está tan celosa que es maleducada y ahora está cachonda?

Irina entra en su despacho y cierra la puerta. Aura se queda mirando la madera, confundida con sus propias reacciones. Ahora sabe que ha llegado tarde por culpa de las malditas gafas y, aun así, su mente parece no estar conforme y solo piensa en Irina con esa mujer, en su casa, en esa que ella no ha visto y donde probablemente se besaron e hicieron todas esas cosas que calientan el cuerpo de Aura cuando las imagina. Cuando se quiere dar cuenta, está frente a la puerta, golpeándola con los nudillos y desobedeciendo la orden de pasar sin llamar.

—Adelante —dice Irina al cabo de unos segundos.

Aura entra y la encuentra de pie frente a la puerta, con gesto interrogante.

—¿Por qué llamas?

Porque quiero provocarte, piensa Aura. Quiero provocarte hasta que te entren ganas de besarme como el otro día, pero logra detenerse.

—No sé, lo siento.

Irina frunce el ceño.

—¿Estás bien?

—¿Cómo fue la cita? —contesta Aura con una pregunta.

Esta vez no ha sido un desliz, es plenamente consciente de lo que pregunta porque necesita saberlo. Irina cierra la puerta y se queda apoyada contra la madera, mirándola.

—Fue bien —responde, sin dar más detalles.

Aura inhala por la nariz y las aletas se le expanden.

—¿Solo bien?

Irina arquea una ceja, después cruza los brazos sobre el pecho.

—Es una mujer interesante —responde, sabiendo que no es lo que Aura espera, porque es evidente que quiere más detalles.

—¿Cómo de interesante? ¿Vas a volver a verla?

—Aura, no sé si…

—¿La besaste? —la corta Aura.

Eso sí que coge a Irina desprevenida.

—¿Perdona?

A Aura empiezan a pitarle los oídos. Se siente sofocada y al mismo tiempo tiene la piel de gallina. Se saca una goma de pelo de la muñeca y se recoge la melena en una coleta despeinada, después se abanica la cara con la mano mientras Irina la mira con esos ojos —que ahora están más grises y parecen plata líquida— muy abiertos.

—Lo siento, no es asunto mío —dice sin mirarla.

Irina sí que la sigue mirando porque Aura tiene las mejillas al rojo vivo y, al mismo tiempo, tiene el resto de la cara completamente pálida y su postura parece la de un animal asustado.

—¿Quieres tomarte el día libre? —pregunta Irina.

Aura levanta la mirada de repente y la enfoca con una determinación que no es propia de ella y que pone a Irina en alerta.

—Quería que lo hicieras —dice Aura.

Irina no puede estar más confundida y empieza a pensar que Aura ha perdido la cabeza.

—¿Hacer qué? ¿Besarla?

—A ella no…

—¿Eh?

—El otro día, hace unas semanas —Aura señala la misma zona del despacho donde ella se encuentra. Tiene la boca seca y el pulso

tan acelerado que le cuesta respirar—. Dijiste que no sabías si despedirme o besarme.

Irina frunce el ceño.

—Quería que lo hicieras…

De repente, Irina tiene el corazón en la boca y si tose está segura de que lo escupirá. Aunque no entiende de qué va esto, sí que está entendiendo lo que está diciendo Aura, pero decide asegurarse.

—¿Querías que te despidiera? —pregunta, dando un paso hacia ella.

—No —la respuesta de Aura es tan seca como directa, igual que sus pasos cuando se acerca a Irina y se pega tanto a ella que sus pechos se tocan—. Quería esto…

Aura titubea cuando se inclina hacia delante y deja que sus labios rocen los de Irina. El beso es corto, casto, un leve contacto donde Irina apenas siente una ligera presión sobre los labios antes de que Aura se separe y la mire como si hubiera cometido un pecado capital.

—Lo siento —susurra, y su pecho sube y baja tan deprisa que Irina piensa que Aura se desmayará en cualquier momento, pero está tan impactada por lo que acaba de pasar que no es capaz de reaccionar—. No he debido, ha estado mal, perdona.

Aura la esquiva y sale del despacho, haciendo que el sonido de la puerta al cerrarse sobresalte a Irina, a la que la cabeza le da vueltas. ¿Qué coño acaba de pasar? Se gira hacia la madera y está a punto de abrir, de seguir a Aura y preguntarle por qué lo ha hecho o mejor, ¿a qué juega? Pero en su lugar, camina hasta su mesa y se deja caer en la silla. Aura la ha besado a ella, no al revés, y después

ha salido corriendo tras decir que estaba mal. Irina está agotada con todo esto, cansada de sentir cosas por Aura y de que Aura le haga dar vueltas como una peonza. Así es como se siente con ella, a veces tiene la sensación de que le gusta por comentarios que hace o por cómo la mira —porque no es solo Zoe, ella también se ha dado cuenta de eso— y otras, como ahora, de que solo juega con ella, de que Aura no sabe lo que quiere, de que probablemente se siente atraída por ella y por ese tipo al mismo tiempo y no sabe qué hacer con eso.

Irina sí lo sabe, ella no es una opción, y si Aura vuelve a jugar con ella, la pondrá en su sitio. Maldice entre dientes y le envía un mensaje a su hermana Olga para ver si se pueden ver para comer, porque si no habla con alguien de esto, siente que le explotará la cabeza.

—¿Y por qué crees que juega contigo? —pregunta su hermana a mediodía, cuando Irina llega a su casa y ambas se sientan en la terraza con una copa de vino y unos aperitivos.

—Porque sí, joder —responde exasperada, sin haberse podido sacudir de encima el mal humor que tiene desde esta mañana.

Aura no ha vuelto a entrar en su despacho ni a comunicarse con ella después del incidente —por llamarlo de alguna manera— como si la estuviera evitando, e Irina simplemente ha pasado de largo y ha murmurado un «hasta luego» cuando ha salido para ir a comer. Ni siquiera la ha mirado.

—Oye, tranquilízate —dice Olga.

—Estoy tranquila, solo estoy cansada —Irina se detiene y se aprieta el puente de la nariz.

Nunca se ha encontrado en una situación como esta, jamás se ha enamorado de una mujer con la que sabe que no tiene opciones, a la que ve cada día y que encima la ha besado sin motivo aparente.

—Creo que le gusta ese tipo y al mismo tiempo siente algún tipo de curiosidad morbosa por mí, y que saber que he tenido una cita la ha puesto celosa de algún modo retorcido, por eso me ha besado. Supongo que no ha sido lo que ella esperaba y por eso ha salido corriendo —explica, y se bebe todo el contenido de la copa de un solo trago.

Olga aparta la botella de vino cuando Irina va a cogerla.

—¿Te das cuenta de lo absurdo que es lo que estás diciendo?

Irina la enfoca, enfurecida, y se inclina hacia delante hasta que puede arrancarle la botella de la mano y se rellena la copa.

—No sé por qué es absurdo —dice sin mirarla, y esta vez solo da un trago de vino.

—Porque te basas en tus teorías, no has hablado con ella. Tienes cuarenta años, Irina, no quince. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no puedes sentarte con ella y hablar claro?

Irina la mira como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Tú te escuchas? Me dijo en aquel banco de allí que le gustaba otra persona, Olga, me lo dejó muy claro —dice señalando hacia el lateral de la casa—. ¿Qué sentido tiene que yo le diga lo que siento?

Olga resopla.

—Pues para mí tiene mucho sentido, porque llevas meses así y, según tú, ella podría sentir algo, y Zoe piensa lo mismo.

—Hagamos caso a lo que piensa Zoe entonces —ironiza Irina, mirando hacia la nada.

Cuando siente la mano de su hermana sobre el hombro, se sobresalta.

—Oye, estoy de tu lado, y sé que lo estás pasando mal con esto, por eso te animo a que hables con ella. Sé sincera, dile lo que sientes y si ella te corrobora que le gusta otra persona, entonces ya sabes que tienes que pasar página. Y si te dice que tiene dudas, le exiges una respuesta o la apartas de tu vida; pero no puedes seguir así.

—¿Me estás sugiriendo que la despida? —pregunta Irina, levantando las cejas.

—No digo que la despidas, pero tienes más puestos en la empresa que ella puede ocupar. Busca a otro asistente ejecutivo para no tener que verla cada día si es necesario, pero haz algo, cariño, o te vas a volver loca.

Irina deja la copa sobre la mesa y se deja caer contra el respaldo de la silla, pensativa.

—No sé, ya veré qué hago; ahora, de momento, solo quiero que nos marchemos este fin de semana y olvidarme de todo esto un par de días.

—Fin de semana de las hermanas Ramsey —dice Olga, acercando su puño a Irina.

Irina se ríe y lo golpea con el suyo, después cierra los ojos y deja que el sol de finales de mayo le caliente la cara, reconfortándola.

CAPÍTULO 20

—Bueno, de vuelta a Madrid —dice Olga, cuando Irina y ella se bajan del tren en la Estación de Atocha tras volver de su fin de semana en el pueblo.

Irina asiente y se queda a un lado para dejar que la zona se despeje antes de salir porque se pone muy nerviosa caminando entre tanta gente. Cuando el gentío se disuelve, ambas hermanas empiezan a avanzar arrastrando sus maletas mientras Olga habla sin parar de lo mucho que echaba de menos hacer esto y lo bien que les ha sentado.

—Aunque creo que tú lo necesitabas más que yo —dice, mirando a Irina de reojo.

Irina se ríe y vuelve a asentir. Ha sido un fin de semana de tranquilidad, de no hacer nada más que estar sentadas en terrazas tomando algo o dando paseos por los alrededores del pueblo antes de ir a comer a algún restaurante. Estos dos días sin mirar el móvil, sin ordenador, solo ella y su hermana bebiendo vino y hablando de todo y de nada le han servido para poner las cosas en perspectiva. Han hablado de muchas cosas, de cuando eran pequeñas, del embarazo de Zoe y las ganas que tiene Olga de ser abuela, y también de Aura, e Irina ha tomado la decisión de que pasará página. Aura no es para ella y punto, y es una mujer adulta de

cuarenta años que puede superar un enamoramiento sin montar un drama, así que eso es lo que se ha propuesto.

—¿Esa no es Aura? —pregunta Olga, deteniéndose en seco cuando están cruzando la estación.

Irina gira la cabeza y se queda completamente paralizada. Sí que es Aura, está sentada en el piano, tocando de espaldas a ellas, pero Irina podría reconocer esa melena castaña y su postura encogida en cualquier parte. A lo mejor pasar página será un poco más difícil de lo que había planeado.

Las dos hermanas se mueven un poco para verla mejor, ahora de perfil. Aura mueve los dedos sobre las teclas con una fluidez que resulta hipnótica. La asistente parece flotar, completamente sumergida en lo que hace, como si estuviera en otro mundo mientras las teclas se mueven bajo sus dedos.

—Vaya, no me habías dicho que tocaba tan bien —murmura Olga, sorprendida.

—No lo sabía —contesta Irina, inclinando la cabeza hacia un lado cuando otras personas se le ponen delante para mirar.

—Tengo que irme —dice Olga, mirando su reloj—. Zoe viene a cenar y quiero llegar a tiempo. ¿Te vienes?

Su hermana niega con un movimiento lento de cabeza.

—No, vete tú, yo voy a quedarme un rato.

—No sé si es buena idea, Irina —opina Olga, apretando los labios en una mueca.

—Lo sé.

Su hermana decide no insistir porque Irina ni siquiera la mira, toda su atención está centrada en Aura.

—Está bien, ten cuidado.

Olga le da un beso en la mejilla y desaparece entre la multitud.

Irina se queda ahí, observándola durante varios segundos hasta que decide moverse sin tener muy claro lo que hace. Camina hasta el banco donde Aura está sentada frente al piano y, con cuidado de no molestar, se sienta a su lado justo en el momento en el que la pieza termina y la gente comienza a aplaudir.

Aura abre los ojos, sonriendo y colorada, y se queda boquiabierta cuando después de mirar a su izquierda, mira a su derecha y se encuentra con Irina, observándola con las cejas levantadas.

—Irina… —murmura incrédula, parpadeando como si estuviera despertando de un sueño—. ¿Cuánto llevas aquí?

—Acabo de llegar. No pares, por favor, sigue tocando.

Aura la sigue mirando durante unos segundos, todavía impresionada, y después observa a su alrededor para comprobar si alguien quiere ocupar el piano, y como no es así, empieza otra pieza, una más lenta y melancólica.

Irina la observa de perfil. La expresión concentrada, la forma de morderse el labio inferior ligeramente y el movimiento de sus dedos. Aura le parece preciosa, y toca como si estuviera arrancándose el corazón del pecho con cada nota. Cuando termina, Irina se da cuenta de que tiene la piel de gallina, y no porque tenga frío.

La asistente baja las manos despacio y las deja sobre su regazo con timidez mientras la gente que hay a su alrededor aplaude.

—Ha sido espectacular —susurra Irina, carraspeando para aclararse la voz—, en serio.

—Gracias.

Se quedan en silencio un momento. Detrás de ellas, la gente se empieza a mover al ver que Aura ya no tiene intención de seguir tocando, pero para Irina solo existe ella, como si por un momento, se hubiera olvidado de la decisión que ha tomado este fin de semana.

—Vas a perder el tren —dice Aura de repente, mirando la maleta de Irina junto al banco.

Irina parpadea y después niega con la cabeza.

—Acabo de llegar, he estado fuera el fin de semana.

—Ah —responde Aura, nerviosa.

Otro silencio.

Irina sabe que debería levantarse, coger su maleta, despedirse y marcharse. Eso es lo que haría una mujer sensata o una que ha decidido pasar página, pero parece clavada al banco de madera junto a Aura.

—¿Has cenado? —se escucha decir, como si su sentido común la hubiera abandonado.

—¿Yo? —pregunta Aura estúpidamente, y se pone roja de inmediato.

—Si no tienes planes… Te invito a cenar.

Otra cosa que sabe Irina es que debería arrancarse la lengua, o mordérsela y tragársela junto a sus palabras, pero ahora ya es tarde.

—No tengo ningún plan —responde Aura.

—Bien.

Irina considera que esta noche tiene muchos problemas mentales, algo falla en su cabeza, algo que no le permite usar la parte racional de su cerebro y que la está haciendo actuar por puros impulsos desde que ha visto a Aura. No debería haberse quedado en

la estación, tampoco debería haberse sentado junto a ella ni mucho menos invitarla a cenar, pero lo que tampoco debería haber hecho es llevarla a uno de sus restaurantes favoritos. No es porque sea caro en exceso y esto resulte un poco inapropiado —que también— es porque es el típico con manteles blancos, luces tenues y velas en las mesas, con reservados en la parte trasera donde ha conseguido una mesa a pesar de ser domingo y no tener reserva. Es un sitio perfecto para una cita romántica e Irina lo sabe y, aun así, es el primero que le ha venido a la mente cuando ha pensado en cenar con Aura.

—Qué sitio más bonito —comenta Aura, abrumada.

Está un poco descolocada, sin saber cómo actuar. Irina ha estado distante desde el beso, sin darle opción a hablar de lo que pasó, a explicarse —cosa que en parte agradece porque no sabe cómo justificarlo— pero ahora parece la Irina de siempre, como si la hubiera perdonado, o peor, como si nada hubiera pasado.

—Lo es —confirma Irina, y después le da las gracias al camarero cuando les lleva una botella de vino—. Me ha sorprendido mucho lo bien que tocas, no me lo esperaba —la halaga.

Aura se sonroja y asiente.

—Son muchos años tocando, supongo que no lo hago mal del todo.

—No te infravalores, lo haces muy bien —Irina da un sorbo de vino—. ¿Puedo preguntar qué hacías en Atocha un domingo por la tarde?

Es evidente que Aura tocaba el piano, pero es la manera sutil que tiene Irina de preguntarle si no tenía nada mejor que hacer un

día festivo que estar sola en una estación de tren, y Aura lo capta a la primera.

—Necesitaba tocar, ya sabes, me ayuda con el estrés.

Irina frunce el ceño y se queda mirándola durante unos segundos. Aura ha intentado que la respuesta fuera casual, algo sin importancia, pero para su jefa la tiene porque si algo tiene estar enamorada de Aura, es que ha aprendido a leerla muy bien, y Aura parece extremadamente melancólica. A veces parece triste y otras ausente, pero hoy es melancolía lo que nota en ella.

—¿Qué es lo que te estresa? Si se puede preguntar —dice Irina.

Aura se encoge de hombros y después da un sorbo largo de vino antes de responder.

—Digamos que últimamente no me van muy bien las cosas.

Es el tono, no es la mirada ni la forma de decirlo porque Aura sigue intentando mostrarse casual, como si no le afectara y supiera que su problema es temporal, pero su tono la delata.

—¿Por qué? Si me lo quieres contar.

Quiere y no quiere. Quiere porque lo necesita, porque no tiene a nadie con quien desahogarse y siente que está a punto de colapsar, que todo se le hace una bola de nieve que no deja de crecer y tampoco le permite pensar con claridad, por eso no actúa como debería con Irina y no deja de meter la pata. Y no quiere porque es Irina y ella es parte de su estrés, una de las razones que tienen más peso, pero eso no es culpa de su jefa.

—Mi exmarido sigue insistiendo en que vuelva con él, parece que le está costando aceptar el divorcio —explica Aura—. Y mi mejor amiga dejó de hablarme cuando le dije que la razón por la que dejaba a mi marido era porque me gustaba otra persona…

El gesto de confusión de Irina es tan evidente que Aura sonríe.

—Mi mejor amiga era la hermana de mi marido, era amiga de ella antes de conocerlo a él —aclara Aura.

—Uff —dice Irina—. Lo siento.

—Ya, yo también —Aura baja la mirada y mueve la comida de su plato con el tenedor antes de seguir—. Y esa persona que me gusta, bueno, creo que no está por la labor.

Irina siente tal acelerón en el pecho que se echa hacia atrás en la silla, desconcertada ante la mezcla de rabia y dolor que siente al mismo tiempo. Rabia porque alguien sea capaz de hacerle daño a Aura, y dolor por ella misma, porque por muy mentalizada que esté de pasar página, le escuece mucho escucharla hablar de esa persona, aunque ella haya preguntado.

Respira profundamente y suelta el aire muy despacio. Puede manejar esto, puede comportarse como una mujer empática capaz de apoyar a otra que le importa.

—Ese tipo es imbécil si no sabe apreciar lo increíble que eres.

Aura levanta la vista tan rápido que casi tira su copa al mover la mano sobre el mantel.

—Eres una mujer inteligente, trabajadora, amable y preciosa —suelta Irina, dispuesta a levantarle el ánimo, pero sin decir nada que no sea una verdad absoluta para ella—. Cualquier persona con dos dedos de frente se sentiría afortunada de que tú estés interesada. A lo mejor no te merece.

Aura se queda mirándola con la boca medio abierta y el corazón desbocado. *Esa persona eres tú*, quiere decirle. Tiene las palabras en la punta de la lengua, listas para salir disparadas como un misil, pero no las suelta porque Irina viene de pasar el fin de semana fuera

y Aura está segura de que no lo ha pasado sola, de que probablemente ha estado con esa mujer de la cita y por eso viene tan relajada.

—Gracias —dice en un susurro, y el camarero llega con el postre y el momento se rompe.

CAPÍTULO 21

Otro viaje con Irina, uno improvisado que Aura tuvo que organizar con prisa y para el que no estaba preparada psicológicamente.

El tren a Valencia sale a las ocho y cuarto de la mañana y Aura lleva diez minutos esperando en el andén con los dos cafés en las manos, alternando la mirada entre el panel de información y la entrada por la que aparecerá Irina. Todo ha vuelto a la normalidad entre ellas, o al menos eso es lo que ambas fingen. El beso que Aura le dio en el despacho parece haberse convertido en algo que ninguna nombra, como si al no hablar de ello este no hubiera sucedido, pero Aura piensa en esos labios cada vez que los mira, y los mira constantemente.

Irina aparece al fondo del andén con su maleta pequeña y ese paso largo y seguro que a Aura la paraliza siempre. Lleva las gafas nuevas puestas sobre la cabeza, a modo de diadema, y el pelo un poco desordenado por el viento que hace en la calle esta mañana. Aura aprieta los vasos y respira profundamente mientras la ve acercarse.

—Hola —dice Irina cuando llega a su lado, y su voz todavía tiene esa aspereza de las primeras horas que provoca un cosquilleo absurdo en el vientre de Aura.

—Hola. Toma —dice, entregándole el café.

—Gracias —Irina lo acepta y da un sorbo mientras consulta la hora en su reloj—. ¿Nos subimos?

El tren a Valencia es más corto que el de Barcelona y los asientos están distribuidos de forma diferente, lo que hace que viajen sentadas una frente a otra con una mesa estrecha entre las dos. Para Aura, esto es peor que ir al lado de Irina, porque aquí no puede mirarla de reojo, aquí la tiene de frente y cada vez que levanta la vista, se encuentra con los ojos de su jefa.

—¿Has revisado la documentación del cliente? —pregunta Irina, que ya ha sacado la *tablet* y se ha bajado las gafas de la cabeza hasta la nariz.

Aura necesita unos segundos para responder porque es la primera vez que ve a Irina con las gafas puestas y le cuesta tragar.

—Sí, anoche —dice, carraspeando.

—¿Alguna duda?

—No, lo tengo todo controlado.

Irina asiente satisfecha y se concentra en la pantalla, e Irina con gafas es algo para lo que Aura no estaba preparada. La montura fina le enmarca los ojos de un modo que los hace parecer más grandes y grises, o azules, como si alguien hubiera aumentado la nitidez de su mirada, y Aura tiene que obligarse a bajar la cabeza y mirar fijamente su agenda para no quedarse embobada.

El viaje transcurre entre trabajo y algún comentario suelto sobre la reunión. Es cómodo, familiar, más o menos como era antes del beso, y Aura no sabe si eso la tranquiliza o la destroza.

La reunión es en las oficinas de una empresa farmacéutica que ha contratado a la agencia de Irina para la traducción de varios documentos técnicos y material de formación. Aura toma notas de

todo, eficiente y discreta mientras observa a Irina en su elemento: negociando plazos, aclarando tecnicismos y dejando muy claro por qué su agencia es la mejor opción. Le encanta verla trabajar, siempre le ha gustado, pero cada vez que Irina se quita las gafas para frotarse el puente de la nariz o las muerde distraída mientras piensa, Aura tiene que desviar la vista antes de que alguien se dé cuenta de que la está mirando con demasiada atención.

Cuando terminan, son casi las seis de la tarde y el calor de Valencia la primera semana de junio las golpea en cuanto salen del edificio.

—Bueno, creo que ha ido bastante bien —comenta Irina mientras se quita la blazer y se la cuelga del brazo.

—Yo diría mejor que eso, han aceptado todas tus condiciones —dice Aura, guardando su agenda en el bolso.

—Sí, pero quiero que repases los términos con calma y me avises si ves alguna cláusula que no te convenza antes de enviarles el contrato definitivo.

—Claro.

Se quedan de pie en la acera, frente al edificio, sin decir nada durante un par de segundos que a Aura le sirven para reunir el valor necesario.

—¿Puedo invitarte a cenar? —pregunta, y siente que la voz le ha salido más aguda de lo normal.

Irina la mira y parpadea despacio.

—¿Invitarme?

—Sí —Aura se encoge de hombros, tratando de disimular lo nerviosa que está—. No conozco Valencia, podemos buscar algo.

Total, no tenemos nada que hacer esta noche y así no cenamos solas en el hotel, salvo que tengas otro plan.

A Irina le gustaría poder decir que no. Le gustaría tener la fuerza de voluntad que se atribuye cuando no está frente a Aura, esa determinación que sentía en el pueblo con su hermana cuando le parecía tan sencillo pasar página, pero Aura tiene esa expresión expectante que es como un anzuelo del que Irina siempre muerde.

—De acuerdo.

El hotel está en el centro, a tres calles de las Torres de Serranos. Las habitaciones son contiguas, igual que en Barcelona, y Aura se pregunta si la vida se lo hace a propósito, si la reencarnación existe y las Auras del pasado fueron tan mezquinas que ella está pagando los pecados de todas. Quedan en el vestíbulo a las ocho y media tras ducharse y cambiarse de ropa, y caminan sin rumbo hasta que encuentran un restaurante con una terraza interior que les gusta a las dos. Es un sitio con las paredes de hormigón pulido, luces cálidas y mesas de madera maciza.

Las atiende un camarero joven que les recomienda la paella y, aunque ambas sonríen ante la obviedad, la aceptan porque están en Valencia y les apetece, aunque sea para cenar. Irina pide una botella de vino blanco y el camarero las deja solas.

—¿Qué tal con tu exmarido?

Aura no se sorprende, Irina es así, se interesa por ella y, desde que le contó cómo se sentía, le pregunta de vez en cuando.

—El lunes lo llamé —dice, girando la copa entre los dedos.

—¿Lo llamaste tú? —se sorprende Irina.

—Sí. Me volvió a escribir y decidí que era mejor hablar directamente, como dos adultos, para intentar que entienda de una

vez que no voy a volver con él.

—¿Y cómo fue?

Aura exhala despacio y da un trago antes de responder.

—Difícil. Al principio hizo lo de siempre, me dijo que todavía me quería, que estaba dispuesto a cambiar lo que hiciera falta y que podíamos ir a terapia de pareja.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que no es algo que se pueda arreglar con terapia porque no se trata de algo que esté roto entre nosotros, simplemente se ha acabado por mi parte —Irina traga saliva—. Le expliqué que lo quise mucho, que no me arrepiento de los años que pasamos juntos, pero que lo más sincero que puedo hacer es dejarlo libre para que encuentre a alguien que lo quiera de verdad.

Irina asiente despacio, sintiendo una mezcla de admiración por la entereza de Aura y un pinchazo agudo en el centro del pecho que decide ignorar.

—¿Crees que esta vez lo entendió?

—No lo sé —Aura tuerce el gesto—. Creo que empezó a aceptar que no voy a cambiar de opinión, pero no sé si lo entiende del todo. Se quedó muy callado, y Marcos no es de los que se callan, así que no tengo claro si eso fue buena señal o si simplemente se quedó sin argumentos.

—Probablemente, las dos cosas —opina Irina.

—Sí, puede ser —Aura sonríe un poco—. Le pedí que dejara de enviarme mensajes, que si necesitaba algo relacionado con el divorcio me llamara, pero que los mensajes de madrugada tenían que parar. Me dijo que lo intentaría.

—Eso es un avance.

—Supongo que sí. Lo que pasa es que a veces me siento culpable, y sé que no debería porque hice lo correcto, pero cuando escucho su voz y noto lo hundido que está, me cuesta.

Irina inhala profundamente antes de responder.

—Es normal —dice, y su tono tiene una suavidad que le sale de forma natural cuando habla con Aura, pero que no puede permitirse con nadie más teniendo en cuenta que hablan de un hombre que insiste en volver con ella—. Sientes culpa porque eres buena persona, no porque hayas hecho algo malo.

Aura levanta la vista de su copa de vino y la mira fijamente durante unos segundos en los que Irina siente que le atraviesan el pecho.

—Gracias.

Irina se limita a asentir y da un sorbo de su bebida para no decir nada de lo que pueda arrepentirse. La paella llega y ambas se distraen con la comida, que está tan buena que Irina cierra los ojos tras el primer bocado.

—Esto está increíble —dice, asintiendo con un movimiento rápido de cabeza.

—Estamos en Valencia, sería preocupante que no lo estuviera —responde Aura con una sonrisa.

Comen en un silencio intermitente, interrumpido solo por comentarios sobre la comida, el restaurante o la ciudad. Es fácil estar así con Irina, piensa Aura, demasiado fácil, y es ese pensamiento el que la empuja a preguntar algo que lleva rondándole la cabeza desde que han hablado de Marcos.

—¿Tú has pensado alguna vez en casarte?

Irina deja el tenedor sobre el plato y la mira con las cejas ligeramente elevadas, como si la pregunta la hubiera pillado desprevenida.

—No —responde con rotundidad.

—¿Nunca?

—Nunca. No es algo que me haya atraído. No tengo nada en contra de quien lo haga, simplemente no es para mí.

—¿Por qué? —pregunta Aura, muerta de curiosidad.

Irina se recuesta en la silla y ladea un poco la cabeza mientras piensa en cómo explicarlo.

—Supongo que me gusta mi libertad y mi espacio más de lo que me gusta la idea de compartirlos con alguien de forma permanente. He visto relaciones que funcionan muy bien sin necesidad de un papel y otras que se destruyen precisamente por la presión de tenerlo. Para mí, lo importante es lo que sientes, no lo que firmas.

Aura asiente, pensativa, sintiendo que cada palabra la está describiendo a ella también, porque su matrimonio con Marcos era exactamente lo contrario: un papel que selló algo que llevaba mucho tiempo vacío por dentro.

—¿Has tenido alguna relación larga?

Irina coge la copa de vino y hace bailar el líquido antes de dar un trago.

—Una. Duró tres años y medio. Nos conocimos en una feria internacional de traducción en Berlín y empezamos a salir casi de inmediato —hace una pausa y sonríe ligeramente al recordarlo—. Fue intenso, las dos teníamos mucho carácter y discutíamos con la misma facilidad con la que nos reconciliábamos, lo cual era agotador a veces, pero también emocionante.

—¿Qué pasó? —pregunta Aura, que tiene los dedos inmóviles sobre su pierna por primera vez, completamente absorta.

—Que queríamos cosas distintas. Klaudia quería irse a vivir a Alemania, a su ciudad, y yo no estaba dispuesta a dejar Madrid ni mi empresa. Ninguna cedió y la relación se fue deteriorando hasta que un día nos sentamos, hablamos con sinceridad y decidimos dejarlo antes de acabar odiándonos.

—¿La echas de menos?

—La eché de menos en su momento, ahora ya no —aclara Irina —. Nos respetamos, incluso nos escribimos alguna vez para saber una de la otra, pero lo nuestro se terminó hace más de cuatro años y para mí está muy superado.

A Aura esta respuesta no debería tranquilizarla porque esa mujer forma parte del pasado de Irina, pero lo hace.

—Suena muy adulto, teniendo en cuenta como terminan la mayoría de las relaciones —comenta Aura, pensando en el desastre que es la suya.

—Lo es, pero te aseguro que en su momento no fue nada fácil. Simplemente, ninguna de las dos quiso que aquello acabara mal.

Aura asiente y se queda mirando a Irina durante un par de segundos más de los que debería. Hay algo en la forma en que le ha contado todo esto que la ha dejado sin aliento. No es la historia en sí, es la convicción de que Irina es capaz de amar así, con esa intensidad y esa madurez que la hacen todavía más atractiva, si es que eso es posible.

El camarero les retira los platos y les pregunta si quieren postre. Irina dice que no, pero Aura pide un café y, cuando se quedan solas,

es ella la que rompe el silencio con la pregunta que lleva clavada en la garganta desde la conversación de la otra noche.

—¿Y esa mujer con la que quedaste? —pregunta, esforzándose porque su tono suene casual—. ¿Vas a volver a verla?

Irina frunce el ceño, descolocada.

—¿Qué mujer?

—La de la cita —aclara Aura, que no entiende la confusión porque para ella es muy evidente de quién habla, sobre todo porque fue la culpable de ese beso que parece ser un tema tabú entre ellas —. La que fuiste a ver hace un par de semanas cuando saliste antes de la oficina.

Irina tarda unos segundos en ubicarse y cuando lo hace, algo se relaja en su expresión.

—Patricia —dice, como si al recordar el nombre también recordara que tuvo esa conversación con Aura, pero entonces siente un impacto en el pecho cuando también recuerda lo que pasó después—. No, no vamos a volver a quedar, al menos no de esa manera.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ella quiere algo que yo no puedo darle —responde Irina, y las palabras salen con una naturalidad que la sorprende a ella misma.

Aura siente un alivio que le recorre todo el cuerpo y la deja casi sin respiración, pero se obliga a mantener la compostura porque necesita entender.

—¿Y por qué no puedes?

Irina juguetea con la base de la copa, haciendo círculos sobre la madera de la mesa. No debería responder a esto y lo sabe, pero el

vino, la noche y la cercanía de Aura están derribando sus defensas una a una y siente que ese anzuelo que siempre muerde está moviéndose frente a ella como un péndulo.

—Porque me gusta otra persona.

La frase cae sobre la mesa como una roca que Aura puede ver e Irina puede sentir. Los dedos de Aura se detienen de golpe sobre su muslo y su espalda se tensa mientras algo le explota en el pecho con tanta fuerza que la deja aturdida.

—¿Te gusta alguien? —repite, y su voz suena como si la estuvieran estrangulando.

Irina la mira fijamente. Se ha dado cuenta de lo que ha dicho y siente el impulso de cerrar la boca y cambiar de tema, pero ya es tarde.

—Sí.

Aura traga saliva con dificultad. En su mente hay un caos de preguntas, de escenarios posibles, de esperanzas que lleva meses conteniendo y que ahora pugnan por salir. Le tiemblan los dedos cuando coge la taza de café que el camarero acaba de dejar frente a ella para tener algo que agarrar.

—¿Ella sabe que te gusta?

—No.

—¿Y no vas a decírselo? —Aura no puede parar.

Irina niega con la cabeza, despacio, con una serenidad que contrasta con el desorden mental que hay en su interior.

—No está interesada en mí.

Aura parpadea y responde en automático.

—¿Cómo lo sabes si no se lo has dicho? —su voz se eleva un poco sin que pueda evitarlo.

—Simplemente, lo sé, Aura.

—Pero ¿cómo? —insiste, notando que el corazón le rebota entre las sienes—. A lo mejor te equivocas.

Irina levanta la mirada y la fija en ella con esa intensidad que siempre la atraviesa. Hay algo de cansancio en sus ojos, como si esta conversación le estuviera costando mucho más de lo que aparenta.

—No me equivoco, y prefiero no seguir hablando de esto, si no te importa.

Lo dice con amabilidad, pero con firmeza, y Aura reconoce el tono. Es el mismo que usa cuando quiere cerrar un tema en la oficina, el que no admite réplica. Aura asiente y se lleva la taza a los labios, pero el café le sabe amargo y tiene el estómago tan revuelto que le cuesta tragarlo.

A pesar de que ha sido Aura la que ha dicho que la invitaba a cenar, es Irina la que paga la cuenta, alegando que, si no la deja pagar, no aceptará más cafés. Caminan de vuelta al hotel en un silencio que no es del todo cómodo, pero tampoco insoportable. Es un silencio denso, como si ambas tuvieran la cabeza llena de cosas que no pueden decir y les ocupasen demasiado espacio.

—Buenas noches —dice Irina cuando llegan a las puertas de sus habitaciones.

—Que descanses.

CAPÍTULO 22

Aura entra en la habitación y se apoya contra la puerta cerrada, pasándose las manos por la cara. No se le va de la cabeza lo que ha dicho Irina. Le gusta alguien. Alguien que, según ella, no está interesada. Aura tiene ganas de golpear algo.

Se quita la ropa, se pone el pijama e intenta dormirse, pero es inútil. Da vueltas en la cama durante casi una hora, cambiando de postura cada pocos minutos mientras su mente no para de darle vueltas a la conversación durante la cena. ¿Quién es? ¿La conoce? ¿Es alguien de la oficina? ¿Alguien que ha conocido por la calle? ¿Una mujer que no sabe la suerte que tiene?

A las doce menos cuarto se levanta, frustrada, y se mete en la ducha con la esperanza de que el agua caliente la relaje lo suficiente como para poder dormir. El baño se llena de vapor y Aura se queda ahí, con los ojos cerrados y el chorro cayéndole sobre la cabeza, pensando en los ojos de Irina cuando ha dicho que le gustaba alguien y en cómo su voz ha bajado medio tono al decirlo, como si le doliera.

Cuando cierra el grifo, el silencio de la habitación la envuelve de golpe. Se seca el pelo con la toalla sin mucho esmero y se pone una camiseta ancha para dormir. Acaba de sentarse en los pies de la

cama cuando el teléfono le vibra sobre la mesilla y ve el nombre de Irina en la pantalla.

El corazón se le detiene antes de contestar.

—¿Hola?

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunta Irina al otro lado, y su voz suena cerca, no solo a través del teléfono, sino a través de la pared, igual que aquella noche en Barcelona.

Aura se tumba de lado, sonriendo de forma automática mientras mira hacia la pared que las separa.

—No. Me he duchado para ver si me relajaba, pero creo que no ha funcionado.

—Ya, te he escuchado.

Aura cierra los ojos y nota que las mejillas se le calientan.

—¿Y tú? ¿Por qué no duermes? —pregunta después de suspirar profundamente.

Irina también está tumbada, mirando al techo con un brazo detrás de la cabeza. No puede dormir por una razón que no piensa admitir, porque la razón tiene nombre y está a menos de un par de metros de ella, separada por una capa de hormigón.

—No lo sé, a veces me pasa. Creo que voy a poner una película a ver si me entra el sueño.

—Buena idea —dice Aura, y se queda callada un momento mientras se muerde los labios—. Yo también voy a buscar algo.

—¿Quieres verla conmigo? —propone Irina de repente.

Las palabras salen antes de que pueda filtrarlas, como siempre que habla con esta mujer que parece fundirle el cerebro. Lo que debería haber dicho es *buenas noches* por segunda vez, colgar y

poner una película cualquiera hasta quedarse dormida, pero lo ha dicho y ahora es tarde para retirarlo.

—Sí —responde Aura sin dudarlo.

El silencio que sigue a esa sílaba dura dos o tres segundos, pero a Irina le parece interminable.

—De acuerdo, ven.

Aura cuelga, se pone de pie y coge la tarjeta de su habitación. Cuando sale al pasillo se da cuenta de que va descalza, en camiseta y bragas, pero le da igual. Llama a la puerta de Irina con los nudillos y esta se abre casi de inmediato.

Irina lleva unos pantalones de pijama grises oscuro y una camiseta negra de manga corta. Tiene el pelo un poco revuelto y la mirada cansada, y está preciosa sin esforzarse.

—Pasa —dice, haciéndose a un lado.

Aura entra y mira la habitación. Es idéntica a la suya, solo que está invertida, como si fuera un reflejo en un espejo. La cama está deshecha, señal de que Irina también ha estado dando vueltas, y la televisión ya está encendida en el menú de películas.

—¿Qué te apetece ver? —pregunta Irina, señalando la pantalla con el mando mientras se sienta en el lado izquierdo de la cama.

—Lo que quieras, no tengo preferencia.

Irina pasa canales hasta que encuentra una comedia francesa de los noventa que a Aura le suena vagamente.

—¿Esta te vale?

—Perfecto.

Aura se sienta al otro lado de la cama. Hay medio metro entre las dos, suficiente como para que no se toquen, pero no tanto como para que la distancia no le resulte asfixiante. Irina se acomoda

contra el cabecero con un par de almohadas detrás de la espalda y Aura la imita, subiendo las piernas y tapándose con la sábana porque tiene los pies fríos.

La película sigue y ambas fingen prestar atención, pero Aura solo puede pensar en que está tumbada en la cama de Irina a las doce de la noche, en una habitación de hotel, y que lo único que las separa es un trozo de colchón y una cobardía que cada día le pesa más.

Irina se ríe con una escena y Aura la mira de reojo. La luz azulada de la pantalla le ilumina el perfil, suavizando sus facciones, y sus ojos parecen casi transparentes cuando reflejan las imágenes. Aura quiere preguntarle quién es esa mujer, quiere saberlo todo, quiere cogerla de la cara y decirle que no busque a nadie más, pero lo único que hace es recolocarse un poco más cerca, dejando que su hombro quede a escasos centímetros del de Irina.

Irina lo nota. Nota cada milímetro que Aura ha recortado y nota cómo el calor de su cuerpo le llega por el costado. No dice nada a pesar de que le cuesta respirar, y se queda mirando la pantalla sin ver nada mientras siente el pulso por todo el cuerpo.

A la media hora, los párpados de Aura empiezan a pesar. Las voces de la película se convierten en un murmullo lejano y el calor de la cama y la presencia de Irina hacen lo que la ducha no ha podido. Su cuerpo se va relajando de forma involuntaria y su cabeza se inclina un poco hacia la izquierda hasta que se queda dormida.

Irina se da cuenta cuando escucha que su respiración cambia. Se gira despacio y la mira. Aura tiene la cabeza ladeada, los labios ligeramente separados y la mano izquierda descansa sobre la

sábana, entre las dos. Irina se queda observándola un rato, más del que debería, y después apaga la televisión.

La habitación se queda a oscuras, solo iluminada por la franja de luz que se cuela por debajo de las cortinas. Irina sabe que debería despertarla y decirle que se vaya a su habitación porque que esto no es prudente, pero no lo hace. En lugar de eso, se desliza un poco hacia abajo para tumbarse del todo, se coloca de lado mirando a Aura y cierra los ojos.

No recuerda en qué momento se duerme, solo que lo último que siente es la cercanía de Aura y un calor que tiene poco que ver con la temperatura.

Irina abre los ojos despacio, al principio confundida, algo que suele pasarle siempre que se despierta en una cama que no es la suya. Deduce que debe de ser muy temprano porque la luz que entra a través de las cortinas es tenue, y comprende dónde está cuando logra enfocar y se encuentra con la mirada de Aura.

Aura está de lado, despierta, observándola desde el otro extremo de la almohada, pero eso no es lo que detiene el corazón de Irina —al menos, no lo único— es darse cuenta de que entre ellas, descansan las manos entrelazadas de ambas sin que Irina pueda recordar en qué momento de la noche ha pasado eso. Irina baja la mirada y observa sus manos, que encajan con una naturalidad que debería ser imposible entre dos personas que fingen no sentir nada.

Se quedan inmóviles, mirándose durante unos segundos que parecen haberlas congelado en el tiempo. Aura tiene los ojos un poco hinchados por el sueño y el pelo revuelto, e Irina no la había visto nunca así, recién despertada, sin maquillaje, tan cerca que

puede distinguir cada matiz de sus ojos. Hay algo en la forma en que Aura la mira que le provoca tal opresión en el pecho que siente que no puede respirar, porque no es solo que la esté mirando, es que la está mirando como si Irina fuera lo único que existe en toda su órbita.

Los dedos de Aura se contraen sobre los de Irina, es apenas un apretón, un movimiento involuntario que provoca una descarga por la columna de ambas.

Irina es la primera en apartar la mano. Lo hace despacio, sin brusquedad, pero la ausencia del contacto es tan violenta que Aura siente frío de inmediato. Irina parpadea y traga saliva mientras se incorpora un poco, y en ese gesto, toda la magia que envolvía los últimos segundos se desvanece.

Aura se incorpora también, como impulsada por un resorte, y se aparta el pelo de la cara con las dos manos mientras intenta normalizar su respiración.

—Me he quedado dormida —dice, como si eso explicara todo lo demás.

—Las dos nos hemos quedado dormidas —corrige Irina, con la voz todavía más ronca de lo habitual.

Aura se queda sentada al borde de la cama, dándole la espalda. Necesita un momento antes de poder girarse, porque sabe que, si mira a Irina ahora, hará algo que no podrá deshacer.

—Debería ir a vestirme —dice, poniéndose de pie.

—Sí —Irina carraspea y se pasa una mano por el pelo—. Yo voy a ducharme. ¿Bajamos a desayunar en... media hora?

—Sí, perfecto.

Aura camina hacia la puerta y la abre. Antes de salir, se detiene con la mano en el marco y se queda ahí un segundo, de espaldas a Irina, como si quisiera decir algo, pero al final sale y cierra la puerta sin girarse.

Cuando se queda sola, Irina se deja caer hacia atrás en la cama y se cubre la cara con las manos. Todavía siente el calor de la mano de Aura sobre la suya y ese calor le sube por el brazo y se le instala en un sitio del pecho que no sabe cómo apagar. Parece que pasar página será imposible si permite que Aura se quede dormida en su cama y la mire de ese modo cuando se despierta.

Al otro lado de la pared, Aura está sentada en el suelo de su habitación, con la espalda contra la puerta cerrada y los dedos moviéndose con furia sobre sus muslos, tocando una pieza que solo ella puede escuchar mientras piensa que es la mayor cobarde de la historia de la humanidad.

CAPÍTULO 23

El viaje de vuelta a Madrid dura un par de horas que se les hacen eternas a las dos. Irina tiene la *tablet* sobre las piernas, pero no la ha tocado desde que el tren ha salido de la estación. Se ha puesto las gafas y está fingiendo leer un correo electrónico que ya ha leído tres veces, aunque lo único en lo que está pensando es en la mano de Aura cuando se ha despertado, sus dedos entrelazados con los suyos y esos ojos tan expresivos mirándola desde el otro lado de la almohada como si Irina fuera algo que Aura temiera perder.

Frente a ella, Aura tiene la agenda abierta sobre la mesa plegable, pero la página en blanco está así desde que se ha sentado. Los dedos de su mano izquierda no han parado de moverse desde que han subido al tren, primero sobre su muslo, después sobre el reposabrazos y ahora sobre la hoja de la agenda, en un ir y venir silencioso que a Irina le resulta tan hipnótico que tiene que esforzarse para no mirarla.

No han hablado, al menos, no más allá de lo esencial: ¿café? Sí, gracias. ¿Andén cuatro? Sí. Y desde entonces, nada. El silencio entre ellas no es hostil, pero tampoco es cómodo, es el tipo de silencio que se produce cuando dos personas tienen demasiado que decir y no saben por dónde empezar, así que optan por callarse.

Aura mira por la ventana y ve pasar los campos de La Mancha, secos y planos, pero su mente no los registra. Solo puede pensar en el calor de la mano de Irina y en cómo sus dedos encajaban con los suyos como si estuvieran diseñados para eso. Se despertó primero, o eso cree, y cuando abrió los ojos y vio que estaban cogidas de la mano, lo primero que sintió no fue vergüenza, sino una calma desconcertante, como si hubiera encontrado el sitio exacto donde quería estar. La vergüenza vino después, cuando Irina abrió los ojos de repente y se miraron.

Quiere decirle tantas cosas que le duele la garganta de contenerlas.

Irina cierra la *tablet* y se quita las gafas para frotarse los ojos. Cuando los abre, se encuentra con la mirada de su asistente clavada en ella, pero Aura la aparta de inmediato, volviendo a concentrarse en la ventana mientras los dedos de su mano izquierda aceleran el ritmo sobre la agenda.

El tren entra en Atocha a las once y media de la mañana. Recogen sus maletas del portaequipajes y bajan al andén sin hablar, caminando la una al lado de la otra con una distancia prudente entre ellas. Irina camina a un ritmo más lento de lo normal porque no tiene prisa por llegar a ninguna parte. Lo cierto es que no quiere separarse de Aura, y es muy consciente de lo patético que resulta ese hecho después de haberse prometido que pasaría página.

Cuando cruzan la zona central de la estación arrastrando las maletas, Irina lo ve antes que Aura. El piano de cola está solo, sin nadie sentado frente a él ni esperando para usarlo, cosa extraña a esta hora porque suele haber gente. Irina mira a Aura de reojo y

observa cómo sus ojos se posan sobre el instrumento al mismo tiempo que sus dedos dejan de moverse.

—¿Quieres tocar? —pregunta Irina, deteniéndose.

Aura frena y mira el piano con una expresión que oscila entre las ganas y la duda.

—No sé, estamos con las maletas y...

—Yo te la vigilo —la corta Irina—. Ve.

Aura se muerde el labio y vuelve a mirar el piano, después a Irina, y esta vez sus ojos tienen un brillo que no estaba ahí durante el viaje.

—¿Seguro que no te importa? Tendrás cosas mejores que hacer que…

—Que vayas, Aura.

Aura obedece, le entrega el asa de su maleta y camina hacia el piano con pasos rápidos, como si temiera que alguien se le adelantara. Irina la sigue a un ritmo más tranquilo, arrastrando las dos maletas hasta que se detiene junto al banco y se sienta al lado de Aura, dejando el equipaje junto a su pierna.

Aura la mira, desconcertada.

—¿Te sientas aquí?

—Si no te importa, sí —responde Irina.

Aura sacude la cabeza y se gira hacia las teclas. Coloca las manos sobre ellas, pero no toca de inmediato, sino que cierra los ojos y respira, y el gesto es tan íntimo que Irina siente que está viendo algo que Aura no le muestra a nadie. Es como si necesitara un momento para conectar con el instrumento antes de dejar que sus dedos hagan lo que su mente les pide.

La primera nota rompe el silencio y a Irina se le eriza la piel. Es una pieza lenta, melancólica, que Aura comienza a tocar con los ojos cerrados mientras su cuerpo se mueve muy ligeramente hacia delante y hacia atrás, siguiendo un ritmo que parece salir de algún lugar más profundo que la memoria.

Irina no la mira como lo hace el público que empieza a detenerse a su alrededor, no la mira desde fuera. Irina la mira desde tan cerca que puede ver cómo los tendones de las manos de Aura se tensan con cada acorde, cómo sus labios se separan un poco cuando la melodía se intensifica y cómo sus párpados tiemblan ligeramente, como si detrás de ellos estuviera viendo algo que solo ella pudiera ver.

Le parece una mujer increíble. No es la primera vez que lo piensa, pero sí la primera que lo siente con esta contundencia, como un golpe que le atraviesa el pecho sin avisar. Aura es increíble en su forma de tocar, en su forma de sentir y en la manera en que se entrega a la música con la misma intensidad con la que se entrega a todo lo demás, y a Irina no le sale de dentro separarse de ella, no quiere, aunque debería.

La pieza termina y Aura abre los ojos muy despacio. Los aplausos la sobresaltan porque se ha olvidado de que hay gente y se sonroja, dedicando una sonrisa tímida a los que se han parado a escucharla. Después se gira hacia Irina y la encuentra mirándola de un modo que la deja sin aliento.

—¿Qué? —pregunta Aura, casi sin voz.

Irina parpadea, como si la hubieran pillado haciendo algo que no debería.

—Nada, es que tocas de una manera que me deja... —se detiene, buscando la palabra—. No sé, no encuentro la palabra.

—¿Sorda? —bromea Aura, todavía colorada.

—Justo lo contrario —dice Irina sin sonreír, y hay algo en su tono que hace que Aura trague saliva y deje de respirar durante un par de segundos.

Un hombre se acerca al piano con intención de sentarse y ambas se levantan. Aura recoge su bolso del suelo mientras Irina agarra las maletas y empiezan a caminar hacia la salida de la estación, donde el aire de Madrid las recibe con ese calor de principios de junio que anuncia un verano anticipado.

Irina saca el móvil para pedir un coche mientras Aura se queda a su lado, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Aura —dice Irina de repente, sin levantar la vista del teléfono.

—¿Qué?

Su jefa bloquea la pantalla y se gira hacia ella. Tiene una expresión que Aura no le ha visto antes, algo que baila entre la determinación y la vulnerabilidad, como si estuviera reuniendo fuerzas para saltar desde un sitio muy alto.

—Lo de esta mañana —dice, y su asistente siente que el suelo se mueve bajo sus pies—. Lo de las manos.

El corazón de Aura empieza a latir con tanta fuerza que está segura de que Irina puede verle el pulso en el cuello. Sabe que debería dejarla hablar, quedarse quieta y escuchar lo que sea que Irina quiere decirle, pero el pánico se le dispara con tal violencia que su boca se abre antes de que su cerebro pueda detenerla.

—Fue culpa mía —dice de forma atropellada—. Lo siento, debí de ser yo la que te cogió la mano, es la costumbre de dormir tantos

años con alguien, supongo que mi cuerpo lo hizo por inercia.

Irina la mira fijamente mientras procesa lo que acaba de escuchar. La excusa de Aura es tan evidente que casi la ofende, pero no es la excusa lo que le duele, lo que le duele es que Aura haya necesitado inventarla, que la sola posibilidad de haberse cogido de la mano a propósito le dé tanto miedo como para atribuirlo a una costumbre con su exmarido.

—La costumbre —repite Irina, con un tono plano que esconde el nudo que se le está formando en la garganta.

—Sí, bueno, es una tontería —Aura se rasca la frente y suelta una risa nerviosa que suena hueca—. Es raro, porque en realidad nunca me despertaba abrazada a Marcos, pero supongo que el cuerpo actúa sin que una se dé cuenta y...

Se detiene porque se está escuchando a sí misma y es consciente de que lo que dice no tiene ningún sentido. Acaba de decir que cogió la mano de Irina por costumbre de dormir con su marido, pero que nunca se despertaba abrazada a él. Es tan contradictorio que quiere que la tierra se la trague.

Irina aprieta la mandíbula y respira por la nariz antes de hablar.

—No pasa nada —dice con una serenidad que le cuesta un esfuerzo brutal—. Olvídalo.

—Irina...

—En serio, Aura —la corta, y su tono se ha endurecido lo justo como para que Aura entienda que no quiere seguir con esto—. Olvidémoslo y punto, no quiero que sigamos acumulando momentos incómodos.

La palabra "incómodos" se clava en el pecho de Aura como un alfiler. Para ella no ha sido incómodo despertarse cogida de la mano

de Irina, ha sido lo más bonito que ha sentido en mucho tiempo, pero no es capaz de decirlo, y ahora es demasiado tarde porque Irina ya ha cerrado la puerta.

Se quedan en silencio durante unos segundos en los que Aura siente que ha perdido otra oportunidad y que Irina se está alejando de ella sin moverse del sitio. Necesita decir algo que rompa esta tensión antes de que se vuelva permanente, así que busca un tema, lo que sea, y recuerda lo primero que tiene en la agenda.

—¿Vas a ir a la cena del viernes de la semana que viene? —pregunta, rezando porque esos ojos grises de Irina dejen de parecer hormigón y se conviertan en algo más suave.

Irina la mira, descolocada por el cambio de tema.

—¿Qué cena?

—La de Zoe. Organizó una cena con la gente de la oficina porque dentro de poco coge la baja por maternidad, ¿no te lo ha dicho?

Irina frunce el ceño. Le suena vagamente que su sobrina mencionó algo la semana pasada, pero estaba tan absorta en sus propios líos que no le prestó atención.

—Sí, creo que sí —dice, sin mucho entusiasmo—. Dudo que vaya, Aura; eso es más para trabajadores que para directivos. No pinto nada ahí.

Aura la mira como si hubiera dicho una barbaridad.

—No he conocido a una jefa más cercana que tú en toda mi vida, Irina, no vengas ahora con eso de directivos y trabajadores —dice con una firmeza que las sorprende a las dos—. Además, Zoe se ofenderá si no vas.

Irina entorna los ojos, porque Aura tiene razón y ella lo sabe. Si no va, su sobrina se lo echará en cara durante semanas y Olga la llamará para decirle que es una grosera, que ha ofendido a una embarazada con las hormonas disparadas y que es digna de al menos una de las siete plagas.

—Ya veré —responde, tratando de sonar convincente.

El coche que Irina ha pedido aparece al otro lado de la calle y ambas cruzan arrastrando las maletas.

—¿Te acerco? —pregunta Irina antes de subir.

—No hace falta, mi apartamento no está tan lejos y me apetece caminar —responde Aura, señalando hacia la nada.

—De acuerdo.

Se quedan frente a frente un momento, en esa acera llena de gente, taxis y maletas, y Aura tiene la sensación de que debería decir algo importante, algo que cambie las cosas y rebaje esta tensión que se ha creado entre ellas, pero lo único que le sale es una sonrisa que ni siquiera logra mantener.

—Nos vemos mañana —dice en su lugar.

—Nos vemos mañana —repite Irina, y se sube al coche sin mirar atrás.

Aura se queda en la acera observando cómo el coche se incorpora al tráfico y desaparece. Después se mete la mano libre en el bolsillo, gira sobre sus talones y camina hacia el lado contrario mientras los dedos de su mano derecha empiezan a moverse dentro del bolsillo.

Lo peor no es que Irina le haya dicho que lo olvidara, lo peor es que Aura ha visto su cara justo antes de decirlo, y lo que ha visto no era indiferencia. Lo que ha visto era dolor, y saber que ella es la

causa hace que le escuezan los ojos mientras camina hacia su apartamento.

CAPÍTULO 24

El viernes de la cena ha llegado antes de lo que Irina se esperaba. Ha sido una semana muy larga, una de esas en las que el trabajo se acumula y las horas no parecen dar de sí, pero lo que la ha hecho realmente interminable para ella ha sido esa distancia que ha logrado imponer con Aura. Desde lo de la semana pasada en Valencia, o más bien desde esa conversación que tuvieron frente a la estación en la que Aura atribuyó lo de las manos a una costumbre con su exmarido, Irina ha decidido que no hay retorno, que lo más sano para ella es mantener una relación estrictamente profesional para que no haya más comentarios como ese que la atraviesen como un hierro ardiendo.

No es fría, porque no le sale ser así con Aura, pero sí es muy contenida. Sin miradas que duren más de lo necesario, sin bromas que den pie a que se cruce alguna línea y sin preguntas personales que la lleven a terrenos donde siempre se acaba haciendo daño.

A Aura, esto la está matando lentamente. Cada día entra en el edificio con los dos cafés —se niega a romper esa rutina porque siente que, si lo hace, habrá perdido a Irina para siempre— y cada día siente que la distancia entre ellas se ha ensanchado un poco más. Irina le da los buenos días, acepta el café, le pregunta cosas del trabajo y se encierra en su despacho. Es amable, educada y

correcta, y eso es precisamente lo que destroza a Aura, porque la corrección es lo opuesto a lo que ellas eran antes. Antes eran cómplices con espacio para la improvisación, ahora son jefa y asistente, lo que supuestamente deberían haber sido desde el principio.

El intercomunicador se activa y Aura contiene la respiración antes de que su jefa hable.

—¿Puedes venir un momento?

—Sí, ahora mismo —responde Aura, que coge su portátil y la agenda y entra en el despacho sin llamar.

Irina está detrás de su mesa con las gafas puestas y la mirada fija en la pantalla.

—Cierra la puerta, por favor —dice sin levantar la vista.

Aura obedece y se sienta en la silla frente a la mesa, cruzando las piernas y apoyando la agenda sobre el muslo, nerviosa.

—Ha llegado una oferta de trabajo bastante grande —empieza Irina, quitándose las gafas para dejarlas sobre la mesa—. Una empresa de biotecnología necesita la traducción de toda su documentación regulatoria al francés, alemán e inglés. Son más de doscientas páginas y nos piden un plazo de seis semanas.

—¿Seis semanas para tres idiomas? —parpadea Aura.

—Sí —confirma Irina, y ladea la cabeza al mismo tiempo que levanta una ceja, indicador de que ella también piensa que es demasiado ambicioso.

—Es poco tiempo.

—Lo sé, por eso necesito que me ayudes a valorar si podemos asumirlo y, si es viable, preparar un plan de trabajo realista para presentarles una propuesta.

Aura asiente y abre el portátil.

—¿Me pasas los documentos?

Irina se lo envía todo por correo, se trasladan a la mesa de reuniones y ambas se ponen a trabajar. Los minutos se convierten en horas mientras revisan el volumen de texto, calculan los recursos disponibles, cruzan datos con la agenda de los traductores y desglosan el trabajo por fases. Es un proceso meticuloso que requiere toda la atención de ambas, y Aura lo agradece porque cuando trabajan así, concentradas en lo mismo, la tensión que hay entre ellas desaparece o al menos queda en un segundo plano.

Irina se levanta en algún momento para servir agua y Aura la sigue con la mirada sin poder evitarlo. Observa cómo llena dos vasos con movimientos automáticos, cómo se pasa una mano por la nuca mientras piensa en algo y cómo, al volver a sentarse, se pone las gafas sin darse cuenta de que el gesto hace que Aura pierda el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Decías? —pregunta Irina, mirándola por encima de la montura con esos ojos gris azulado que hoy parecen más azules por el reflejo de la camisa de Aura.

—Que... —Aura parpadea y mira la pantalla—. Que si externalizamos la parte de alemán a los colaboradores de Múnich, el plazo es viable para los otros dos idiomas con el equipo interno.

Irina se pasa una mano por el cuello y asiente lentamente.

—De acuerdo, ponlo así en el borrador.

A las dos y media, el estómago de Aura protesta y se da cuenta de que ninguna de las dos se ha levantado para comer.

—¿Pedimos algo? —sugiere, señalando el reloj.

—¿Ya son las dos y media? —Irina mira la hora en su ordenador y suspira sorprendida—. Sí, pide algo para las dos, lo que quieras —añade sin mirarla.

A Aura le cuesta acostumbrarse a esto, de hecho, no cree que pueda lograrlo. Este distanciamiento con Irina es justo lo que siempre ha temido, y no lo soporta.

Pide comida por teléfono y cuando llega, despejan una esquina de la mesa y comen ahí, rodeadas de papeles, con los portátiles abiertos. Es la primera vez desde que volvieron de Valencia que comparten algo que no es estrictamente laboral y Aura nota que Irina se relaja un poco, puede que sea el hambre saciada o puede que sea la inercia de llevar horas trabajando juntas, pero su postura se afloja y sus respuestas dejan de ser tan secas.

—Esto está bastante bueno —comenta Irina, refiriéndose a los *noodles* que Aura ha pedido.

—Lo descubrí hace poco, el restaurante está aquí al lado —responde Aura con la esperanza de entablar una conversación, aunque sea sobre comida, pero Irina no dice nada más.

El plan de trabajo lo terminan a las cuatro y media. Aura imprime un borrador final y se lo entrega a Irina para que lo revise antes de convertirlo en una propuesta formal.

—Buen trabajo —dice Irina, hojeando las páginas.

—Igualmente.

Aura empieza a recoger sus cosas, pero se detiene antes de levantarse. Sabe que debería irse, volver a su mesa y dejar que la distancia siga haciendo su trabajo hasta que se acostumbre a ella, pero no puede.

—Entonces, ¿vas a ir a la cena esta noche? —pregunta, intentando que suene casual.

Irina deja el borrador sobre la mesa y la mira.

—No.

No quería sonar tan brusca, pero tampoco suaviza la respuesta a pesar de que la decepción ha cruzado el rostro de Aura como si la hubiera abofeteado.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, Aura —responde Irina, recostándose en la silla—. Es una cena para los trabajadores, no pinto nada ahí.

—Pintas lo mismo que todos. Más, incluso, porque Zoe es tu sobrina, no entiendo por qué no puedes ir.

Irina apenas levanta la vista, estas son las conversaciones que no quiere tener con Aura.

—Simplemente prefiero no ir.

Aura aprieta la agenda y el portátil contra su pecho y se muerde el interior de la mejilla. Debería dejarlo, aceptar su respuesta como ha aceptado todo lo demás esta semana, pero no puede mantener la boca cerrada, como siempre.

—A mí me gustaría mucho que fueras.

Lo dice sin pensarlo, sin filtros, con una sinceridad que la deja expuesta de un modo que la asusta. No ha dicho que a Zoe le gustaría, ni que al equipo le gustaría, ha dicho que le gustaría a ella de forma muy específica.

Irina la mira con una intensidad que podría atravesarla. Sus ojos grises azulados se oscurecen y su mandíbula se tensa mientras procesa lo que Aura acaba de decir. A ella le gustaría mucho que fuera. A ella. Irina tiene que hacer un esfuerzo descomunal para no

levantarse, rodear la mesa y preguntarle por qué, qué mierda significa eso y por qué le importa tanto que vaya.

Sin embargo, no dice nada porque no está dispuesta a recibir otra respuesta que la decepcione y le duela hasta dejarla sin aire en los pulmones. Solo se queda mirándola durante unos segundos que a Aura le parecen eternos, y después baja la vista al borrador que tiene sobre la mesa.

—Cierra al salir, por favor.

Aura siente el pecho tan oprimido que le cuesta respirar cuando se levanta y sale del despacho. Cierra la puerta y se queda de pie frente a su mesa durante unos segundos, mirando la madera sin verla, antes de dejarse caer en la silla y pasarse las manos por la cara.

CAPÍTULO 25

El restaurante que Zoe ha elegido para la cena es un italiano del barrio de Malasaña con mesas largas y rústicas que permiten sentar a grupos grandes. Cuando Aura llega a las nueve, ya hay varias personas de la oficina sentadas, entre ellas dos traductores del equipo de inglés y Sofía, la recepcionista, que le hace un gesto con la mano para que se acerque.

Aura deja su bolso en la silla que hay a su derecha, reservándola de forma intencional, y se sienta. Saluda a los que ya están y se une a una conversación sobre las vacaciones de verano mientras su mente está en otra parte. No deja de mirar hacia la puerta del restaurante con una mezcla de esperanza y resignación porque sabe que Irina ha dicho que no, pero una parte irracional de ella confía en que cambie de opinión.

Llegan más compañeros en los siguientes veinte minutos. El ruido aumenta, los primeros aperitivos aparecen en la mesa y Aura se esfuerza por sonreír y participar, pero el asiento vacío a su lado le recuerda constantemente que Irina no va a venir y que la brecha entre ellas va a seguir creciendo hasta que se vuelva insalvable.

A las nueve y media, la puerta del restaurante se abre y Aura levanta la vista por enésima vez, pero en esta ocasión el corazón le da un salto tan violento que casi tira su copa.

Es Zoe la que entra primero, con esa barriga que ya empieza a notarse y una sonrisa que ilumina el local, pero detrás de ella, medio oculta tras su sobrina, aparece Irina. Lleva unos vaqueros oscuros, una blusa blanca con las mangas remangadas hasta los codos y las ondulaciones de su pelo más marcadas, y Aura tiene que agarrarse al borde de la mesa para no levantarse de un salto.

—¡Mirad a quién he traído! —anuncia Zoe, señalando a su tía como si fuera un trofeo.

Irina pone los ojos en blanco mientras varios compañeros la saludan con sorpresa y alegría sincera. Es exactamente lo que temía, ser el centro de atención, pero cuando su mirada recorre la mesa y se encuentra con los ojos oscuros de Aura, todo lo demás desaparece.

Aura la está mirando con una sonrisa tan abierta que Irina tiene que contenerse para no devolvérsela con la misma intensidad. En lugar de eso, ladea la cabeza y camina hacia ella como si un hilo invisible tirase de su cuerpo mientras Zoe se sienta al otro lado de la mesa junto a un par de compañeras.

—¿Ese sitio está libre? —pregunta Irina, señalando la silla con el bolso de Aura.

—No, lo he reservado —Aura quita el bolso a toda prisa.

Irina levanta una ceja.

—¿Para quién? —pregunta, entornando la mirada.

—Para ti.

Irina la mira un par de segundos con una expresión indescifrable antes de que su boca se curve en una sonrisa que no puede contener por mucho que lo intente. Se sienta a su lado, dejando el

bolso colgado en el respaldo y, cuando se acomoda en la silla, su hombro roza el de Aura y ninguna de las dos se aparta.

—Pensaba que no venías —dice Aura en voz baja, inclinándose un poco hacia ella.

—Y no iba a venir —responde Irina en el mismo tono—. Zoe se presentó en mi casa y no aceptó un no por respuesta, y no me apetecía escuchar los reproches de mi hermana.

—Bendita Zoe —murmura Aura, y lo dice tan bajo que no está segura de que Irina la haya escuchado, pero la ve sonreír de nuevo, así que probablemente sí que lo haya hecho.

La cena transcurre de un modo que a Aura le parece irreal. Todo el distanciamiento de la semana parece haber desaparecido en este entorno más relajado donde a Irina le cuesta mantenerlo hasta el punto de que es como si no hubiera existido. Su jefa se ríe con algo que dice un traductor de francés, Aura le explica una anécdota de su primer día en la oficina que Irina no conocía y que la hace soltar una carcajada, y cuando les sirven la comida, ambas se inclinan sobre el menú para elegir el vino.

—Este —dicen las dos a la vez, señalando el mismo tinto, y se miran y Aura muestra la sonrisa más amplia que tiene, volviendo cada vez más débil la determinación de Irina.

Zoe las observa con una sonrisa contenida mientras mastica un trozo de pan. No dice nada porque su tía le ha suplicado demasiadas veces que no se meta, pero le resulta casi doloroso ver lo evidente que es lo que hay entre ellas y lo ciegas que están.

A medida que avanza la cena, el volumen de la conversación general sube y las risas se multiplican, pero Aura e Irina parecen habitar una burbuja propia. Hablan entre ellas en voz baja,

comentan la comida, se interrumpen sin pedir permiso y se miran con demasiada frecuencia. Irina le roba un trozo de *focaccia* del plato y Aura le da un manotazo en la mano que las hace reír a las dos, y es un gesto tan natural e íntimo que Irina siente un dolor agudo en el pecho porque esto es exactamente lo que quiere y lo que no puede tener.

Cuando retiran los platos, Zoe se pone de pie.

—Bueno, para los que todavía no estén demasiado viejos —dice, mirando directamente a su tía—, hay un karaoke aquí al lado que está muy bien.

Un murmullo de entusiasmo recorre la mesa. Varios compañeros se apuntan de inmediato mientras que otros se excusan con sonrisas y abrazos de despedida. Irina niega con la cabeza.

—Ni hablar —dice convencida.

—Tía, no me hagas esto —Zoe la señala con el dedo.

—Zoe, yo no canto.

—Nadie te pide que cantes, solo que vengas.

Irina va a negarse otra vez, pero entonces siente la mirada de Aura clavada en ella desde la izquierda. No le dice nada, no insiste como ha hecho otras veces, simplemente la mira, y eso es peor que cualquier argumento porque Irina lleva dos copas de vino encima y cuando Aura la mira así, su capacidad de decir que no se reduce a cero.

—Está bien —accede, y Zoe suelta un gritito de victoria que hace reír a toda la mesa.

El karaoke está a dos calles del restaurante. Es un local pequeño con luces de colores, una pantalla grande y un escenario diminuto en el que apenas cabe una persona. Cuando entran, la música ya

suena y el ambiente es exactamente lo que Irina se imaginaba: ruidoso, caótico y lleno de gente, pero el vino la ha relajado y la presencia de Aura a su lado hace que todo sea más tolerable.

Se sientan en un sofá largo pegado a la pared e Irina pide otra copa de vino porque si va a sobrevivir a esto, necesitará refuerzos, y Aura se pide lo mismo. Cuando una de las traductoras sube al escenario y empieza a cantar una balada de los ochenta con más entusiasmo que talento, Aura se gira hacia Irina y se ríe, y esa risa le borra a Irina todo el mal humor de la semana.

—Esto es terrible, no debería estar presenciándolo —dice Irina, pero no deja de sonreír.

—Es maravilloso —la corrige Aura, que aplaude con ganas cuando la traductora termina y hace una reverencia exagerada.

Van pasando compañeros por el escenario, unos mejores que otros, y cada actuación arranca aplausos y carcajadas del grupo. El traductor de francés empieza con una canción muy conocida que hace que Irina se lleve las manos a la cara entre risas, y Aura le da un codazo suave para que no sea tan dura.

—Déjalo, lo está intentando —dice Aura, aguantándose la risa.

—La está destrozando —murmura Irina detrás de sus manos, pero se ríe con ella y por un momento todo es como antes, como si lo de Valencia no hubiera ocurrido, como si el beso del despacho tampoco, como si fueran simplemente Irina y Aura pasándoselo bien juntas.

Algunos compañeros empiezan a bailar cuando la música cambia a algo más movido. El karaoke se transforma en una especie de pista improvisada donde la gente se mueve entre las mesas, y

entonces suena una canción que hace que la mirada de Aura se ilumine.

—¡Me encanta esta canción! —exclama, girándose hacia Irina con los ojos brillantes—. Baila conmigo.

Irina tensa los hombros hacia atrás.

—No —responde de forma automática.

—Irina, por favor —Aura la coge del brazo con ambas manos y tira de ella con un ímpetu que la coge completamente desprevenida —. Una canción.

—No me gusta bailar.

—Solo una. Venga —pide suplicante, y de nuevo Irina ve ese anzuelo danzando delante de sus ojos.

Mira las manos de Aura aferradas a su brazo y después esos ojos oscuros, y es incapaz de resistirse, dejando que Aura la arrastre hasta la zona donde la gente se mueve y, cuando se colocan una frente a la otra, Irina se siente tan ridícula que se ríe, pero Aura ya está moviéndose, tirándole de las manos y contagiándole una energía que su jefa parece necesitar.

La primera canción es rápida y fácil incluso para alguien a quien no le gusta bailar, no requiere contacto ni coordinación, solo moverse y dejarse llevar. La segunda es parecida y a estas alturas Irina ya no protesta, se mueve con más soltura, le da vueltas a Aura cuando esta le tiende la mano y suelta una carcajada cuando Aura hace un giro exagerado que la hace tropezar. La tercera les sube la temperatura y el pulso y, cuando termina, ambas están sin aliento, con las mejillas ardiendo y las mismas sonrisas que se dedicaban al principio, hasta que la música cambia.

La canción que empieza a sonar es lenta, íntima, con una melodía de piano que Aura podría tocar perfectamente. Las luces del local se atenúan hasta convertirlo en un espacio oscuro de sombras cálidas y contornos difusos. A su alrededor, las pocas parejas que quedan se juntan y los que están solos se retiran hacia las mesas. Irina y Aura se detienen en seco, se miran y Aura nota que la atmósfera entre ellas cambia de golpe, como si alguien hubiera subido la temperatura de la sala diez grados.

Sabe lo que debe hacer, separarse, decir alguna tontería que rompa la tensión y volver al sofá, pero no lo hace, en lugar de eso, da un paso hacia Irina y la coge por la cintura con las dos manos.

Irina deja de respirar. Las manos de Aura la están sujetando con una firmeza y seguridad que no se esperaba, y ahora acaban de acercarla hasta que el espacio entre ellas se reduce a la nada. Siente el calor de su cuerpo a través de la ropa, el subir y bajar de su respiración contra la suya, y es demasiado para procesarlo de golpe.

—Aura… —susurra con la intención de separarse, pero no termina la frase porque Aura la ha pegado más a ella y ahora sus caderas se están tocando.

Aturdida por lo que siente, Irina inclina la cabeza hacia delante hasta que su frente roza la de Aura y el contacto la estremece. Cierra los ojos un momento y exhala un suspiro que Aura siente contra sus labios y, cuando la asistente la aprieta más contra ella si eso es posible, las manos de Irina buscan sus brazos y se agarra a ellos porque necesita apoyarse en algún sitio.

Aura aparta la cara un poco para mirarla. Irina abre los ojos y lo que ve en los de Aura hace que le explote algo por dentro que no puede definir, porque Aura está mirándole la boca y ni siquiera se

molesta en disimular. No aparta la vista, simplemente mira sus labios como si fueran lo único que le importa ahora mismo, y a Irina se le desconecta el cerebro y se queda completamente paralizada cuando Aura se inclina y la besa.

Es apenas un roce de labios que dura lo mismo que un suspiro, tan corto como la otra vez, solo que muy diferente porque Irina siente la suavidad de su boca, la presión de sus manos en la cintura y el temblor de su respiración, y cuando Aura se separa, Irina se queda exactamente dónde está, inmóvil.

La canción acaba y las luces suben un poco, lo justo para que el hechizo se rompa. Aura se aparta y da un paso atrás y, cuando Irina la mira, vuelve a ver el pánico dibujado en su expresión.

—Lo siento —dice Aura con la voz temblorosa—. No sé en qué estaba pensando, perdona. Necesito salir un momento.

Se gira y camina deprisa hacia la salida antes de que Irina pueda decir nada. Y esta vez, Irina no se queda de pie dejando que huya como hizo en su despacho hace semanas, en esta ocasión la sigue porque está harta, harta de que Aura la bese y salga corriendo, harta de no entender nada, harta de las señales que se contradicen, de las excusas que no tienen sentido, de las manos que se cogen mientras duermen y de los besos que se dan y después se niegan.

Sale a la calle y la encuentra a tres metros de la puerta, con la espalda pegada a la pared de ladrillo del local y la cabeza echada hacia atrás, intentando coger aire como si dentro se hubiera quedado sin oxígeno. Tiene los ojos cerrados y el pecho le sube y le baja muy deprisa, y cuando escucha los pasos de Irina, se tensa de pies a cabeza.

—Irina, lo siento mucho, no debería haber... —empieza, abriendo los ojos.

Irina no la deja terminar, se acerca y la besa. Sin previo aviso, sin permiso y sin la prudencia que la ha definido durante todos estos meses. Da un paso hacia ella, le sujeta la cara con las dos manos y la besa con una intensidad que las sacude a las dos. No es como el beso del despacho, aquel fue casto y breve, y tampoco es como el de hace un momento en la pista, que ha sido una caricia. Este es un beso hambriento, desesperado, un beso que lleva meses gestándose en cada mirada, cada roce y cada silencio. Aura suelta un sonido ahogado contra su boca antes de agarrarla por la cintura y pegarla a ella con una fuerza que las empotra a ambas contra la pared.

Irina la besa como si se le fuera la vida en ello. Le muerde el labio inferior y Aura jadea, abriendo la boca para que el beso se profundice y, cuando sus lenguas se encuentran, las dos gimen y Aura siente que las piernas le van a fallar. Se separan un segundo, solo para mirarse y recuperar el aliento, y lo que Irina ve en los ojos de Aura es un reflejo exacto de lo que ella siente: deseo, miedo y la seguridad de que esto es inevitable.

Aura se lanza a por ella y vuelven a besarse, esta vez con las manos de Aura enredadas en su pelo y las de Irina aferradas a su cintura, y es un caos de labios, respiraciones entrecortadas y calor que ninguna quiere detener. Irina se olvida de dónde está, de quién puede verlas y de todo lo que no sea la boca de Aura, sus manos y su cuerpo contra el suyo.

—Ejem.

La voz las separa como si les hubieran echado un cubo de agua fría. Irina se aparta de golpe y gira la cabeza para encontrarse con

Zoe en la puerta del local, con los brazos cruzados sobre su barriga y una sonrisa que está intentando contener con todas sus fuerzas.

—Perdón —dice su sobrina, mordiéndose los labios—. Estaba buscándote, me han dicho que te habían visto salir y...

—Zoe —la corta Irina con la voz completamente rota.

—Ya me callo, sí —Zoe levanta las manos en señal de rendición, pero la sonrisa se le escapa—. Solo quería decirte que yo me voy ya, estoy reventada y mañana madrugo. ¿Vienes conmigo o te vas después en taxi?

Irina mira a Aura, que está pegada a la pared con los labios hinchados, los ojos muy abiertos y la expresión de quien acaba de ser atropellada por un tren. No ha dicho una palabra desde que Zoe ha aparecido.

—He venido contigo —dice Irina, girándose hacia su sobrina—. Me voy contigo o tu madre me matará si te dejo sola.

Zoe asiente y mira a Aura.

—Aura, ¿quieres que te acerquemos? Tenemos sitio de sobra.

Aura sacude la cabeza, despegándose de la pared con dificultad, aturdida por ese beso devastador que le ha dejado todo el cuerpo temblando.

—No, gracias —responde con un hilo de voz—. Prefiero dar un paseo.

—¿Segura? —insiste Zoe.

—Sí, sí, de verdad —dice Aura, forzando una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Tened cuidado.

Irina la mira una última vez antes de seguir a Zoe. Quiere decirle algo, cualquier cosa que no deje esto en el aire como siempre, pero

su sobrina ya está caminando hacia el coche y Aura ya ha bajado la mirada al suelo.

—Buenas noches —dice Irina, y le sale tan bajo que no sabe si Aura la ha escuchado.

—Descansa —responde Aura sin levantar la vista.

Irina se gira y camina hacia el coche de su sobrina. Cuando se sube en el asiento del copiloto, Zoe arranca el motor, pero no se mueve, en su lugar, se gira hacia ella con la expresión de alguien que lleva meses esperando este momento.

—Ni se te ocurra —le advierte Irina, señalándola con el dedo.

—No he dicho nada.

—Y no vas a decirlo. Ahora no, por favor, Zoe, necesito... —Irina cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz—. Necesito procesarlo.

Zoe la observa durante unos segundos. Después asiente y se incorpora al tráfico sin decir ni una palabra, aunque la sonrisa no se le borra de la cara en todo el camino.

Cuando llegan al portal de Irina, Zoe detiene el coche y la mira.

—Me alegro mucho, tía —dice en voz baja.

Irina la mira y, por un momento, toda la tensión que lleva acumulando se le refleja en la cara. Se inclina hacia su sobrina, le da un beso en la frente y sale del coche sin responder.

Sube a su apartamento, cierra la puerta, se apoya contra ella y se lleva los dedos a los labios.

Todavía sabe a Aura.

CAPÍTULO 26

Irina lleva desde las siete de la mañana despierta y no ha parado de moverse por el apartamento. Ha limpiado la cocina, ha puesto una lavadora, ha fregado el baño y ha reorganizado el armario, todo sin necesidad, simplemente porque si se queda quieta, su cerebro la arrastra directamente hasta la boca de Aura.

Ahora está sentada en el sofá con una taza de café que se ha enfriado entre las manos mientras mira por la ventana sin ver nada. Lleva así veinte minutos, atrapada en un bucle del que no consigue salir: los labios de Aura, el sabor del vino en su boca, el sonido que hizo cuando se besaron, sus manos tirándole de la cintura y la pared del callejón contra su espalda.

Se va a volver loca. Anoche tuvo lo que quería, probó de verdad esos labios que llevaba meses ansiando, pero ahora su mente la está martirizando, recordándole de forma constante que Aura es su empleada, que a Aura le gusta otra persona, aunque esa persona no esté por la labor, que Aura es indecisa, que la besa y después huye —anoche también lo intentó— aunque pareció encantada cuando Irina decidió tomar las riendas y devorarle la boca.

Se pasa las manos por la cara y suelta un bufido desesperado. Es sábado y no tiene que verla hasta el lunes, por lo que dispone de un par de días para intentar pensar con claridad y encontrar la

manera correcta de gestionar esto, pero el problema es que no puede pensar con claridad cuando se trata de Aura Riquer. Cada vez que intenta ser racional, cada vez que se dice que lo de anoche fue un error porque su asistente y ella parecen querer cosas distintas, que han cruzado una línea que no deberían haber cruzado y que lo correcto es aclarar las cosas con Aura para poner límites, en su mente aparece la imagen de esos ojos oscuros mirándole la boca antes de besarla, y sus intenciones fallan estrepitosamente porque la razón simplemente se le apaga.

Aura le gusta demasiado. Es así de simple y a la vez complicado. Le gusta tanto que no es capaz de pensar en las consecuencias, y eso la asusta porque ella siempre piensa en todas las variables, eso es lo que la ha convertido en una buena empresaria y en una mujer que controla su vida, pero al parecer, con Aura no controla nada.

Se levanta del sofá y comienza a dar vueltas por el salón como si fuera un animal enjaulado. Coge el teléfono, lo desbloquea, abre el chat de Aura y se queda mirando la pantalla sin escribir. ¿Qué va a decirle si lo hace? ¿Que el beso de anoche fue un error? No puede hacer eso porque no lo siente así. ¿Que necesitan hablar? Eso suena como si fuera a romper con ella, y no hay nada que romper porque entre ellas no hay nada. ¿Que no puede dejar de pensar en ella? Sin duda, eso sería lo más sincero que podría decir, pero también lo más peligroso.

Bloquea el teléfono y lo deja sobre la mesa como si le quemara en los dedos. Después lo coge otra vez, lo vuelve a dejar. Lo coge por tercera vez y llama a Olga.

—¿Puedo ir a tu casa? —pregunta con cierta desesperación.

—Claro, ¿qué pregunta es esa?

—No sé —responde Irina, sintiéndose tonta.

Su hermana se queda callada unos segundos, como si tratara de entender su nivel de estupidez.

—Ven.

Irina no puede calcular el tiempo que ha tardado en llegar, ni siquiera recuerda haber salido de su propio apartamento y ahora está frente a la casa de su hermana. Olga abre la puerta y la mira de arriba abajo con el ceño fruncido. Sabe que tiene ojeras porque no ha descansado bien, que lleva el pelo un poco despeinado y una sudadera vieja que no se pondría ni para ir al supermercado, pero ahora mismo, le importa muy poco su aspecto.

—Entra —dice Olga, apartándose de la puerta.

—¿Estás haciendo bizcocho? —pregunta Irina, olfateando el aire con un hambre repentina.

—Yo no, Zoe. Ahora le ha dado por el dulce —dice, con los ojos en blanco.

Cuando entra en la cocina, Zoe se gira hacia ella, esboza una sonrisa mientras se acerca y la abraza con una fuerza que sorprende a Irina.

—Se lo he contado a mamá, lo siento —le susurra al oído.

Irina suspira contra su pelo y se encoge de hombros. Le parece incluso mejor, así no tiene que hacerlo ella.

—Siéntate —dice Olga, retirando una silla de la mesa de la cocina en la que Irina se deja caer como si el cuerpo le pesara una tonelada.

Su hermana se acerca a la puerta y la cierra, un gesto que no pasa desapercibido para ninguna porque en esta casa eso solo se hace cuando hay una conversación seria que mantener —

conversación de mujeres— lejos del marido de Olga, que tiene la costumbre de pasear por el pasillo en el peor momento.

—Tienes una forma muy curiosa de pasar página, ¿no? —dice Olga, sirviéndole un café antes de sentarse frente a ella, mientras Zoe saca el bizcocho del horno.

—Eso parece.

Irina coge la taza, pero no bebe. La sujeta con las dos manos como si necesitara algo a lo que agarrarse mientras mira el líquido oscuro durante unos segundos.

—Creo que he perdido la capacidad de razonar —admite, levantando la vista hacia su hermana—. No sé qué hacer ahora, no soy capaz de decidir lo que es mejor para mí, ni siquiera sé si hay algo que decidir, y me estoy volviendo loca. Yo no voy por ahí besando a mujeres en la calle como una adolescente después de que ella me besara en el karaoke. Esto es un jodido desastre.

—¿Te besó en el karaoke? —las cejas de Zoe se levantan con sorpresa, pero cierra la boca cuando su madre le dedica una mirada fulminante.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Olga.

Irina niega con la cabeza, mirando de nuevo la taza de café.

—¿Y piensas hacerlo?

Lo que Irina pretende es coger mucho aire y soltarlo despacio, pero le sale un suspiro tembloroso.

—Para decirle ¿qué exactamente? Está interesada en otra persona, y yo no pretendo ser su pasatiempo hasta que se le pase.

Olga abre la boca, pero no tiene tiempo de hablar porque Zoe se le adelanta.

—Tía —dice, cruzándose de brazos—. Esa persona no puede gustarle mucho teniendo en cuenta cómo te mira a ti.

—Zoe…

—¿Me dejas terminar? —la corta su sobrina, y tiene un tono autoritario tan parecido al de su hermana cuando se enfada, que Irina cierra la boca—. No sé si fuiste consciente, pero os pasasteis toda la noche como si estuvierais solas. En el restaurante no parabais de hablar, o reíais por lo bajo como si tuvierais vuestros propios chistes y ella no le quitaba los ojos de encima a todo lo que hacías. Hasta le robaste un trozo de comida del plato y te dio un manotazo —Irina siente que el rubor le sube por el cuello hasta que le arden las mejillas—, y no sé, eso es un gesto de confianza que no se tiene con tu jefa, se tiene con alguien que te gusta.

—Aura es una persona muy cercana que… —trata de justificarse, pero no puede.

—No he terminado —Zoe levanta un dedo como si fuera la que manda en esa cocina—. Cuando llegamos al karaoke, fuisteis las únicas que os sentasteis juntas, bien pegaditas —matiza, y Olga arquea una ceja—, hablando y riendo mientras los demás cantaban. Yo os miraba desde el otro lado y parecíais una pareja de esas que llevan media vida juntas y no necesitan a nadie más para divertirse. Y cuando os pusisteis a bailar…

—Me queda claro —interrumpe Irina.

—No, por favor, déjala seguir —dice Olga, entornando la mirada.

Irina quiere que la tierra se la trague.

—Os rozabais y os mirabais como si quisierais comeros. Y ahora que sé que os comisteis allí dentro, no me sorprende, te lo juro.

—Dios mío —murmura Irina, que tiene la cara tan roja que le arde.

—Así que hiciste todo eso —dice Olga, ladeando la cabeza—, y yo pensando que solo os habíais comido la boca.

—No fui consciente de que fuera así —confiesa Irina.

—Pues te aseguro que lo fue —sentencia Zoe—. Y no era cosa solo de una, eráis las dos. Aura estaba exactamente igual que tú, y si yo fuera esa persona que supuestamente le gusta, estaría bastante preocupada, porque anoche esa mujer solo tenía ojos para ti.

Irina levanta la cabeza y mira a su sobrina durante un par de segundos. Quiere creerle, quiere creer que lo que dice es cierto y que Aura siente lo mismo que ella, pero cada vez que empieza a convencerse, recuerda la conversación que tuvo con ella en el banco del jardín durante la boda y la ilusión se desinfla como un globo.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no es algo que me haya inventado yo, me lo contó ella, hasta dejó a su marido por esa otra persona.

—¿Y no has pensado que esa persona puedes ser tú? —suelta Olga de repente.

Irina parpadea al mismo tiempo que siente un escalofrío recorrerle todo el cuerpo.

—No seas ridícula.

—¿Por qué es ridículo? —interviene Zoe, apoyando a su madre —. Aura dejó a su marido después de empezar a trabajar contigo, por lo que cuentas, nunca le ha puesto nombre a esa persona y, joder, te ha besado unas cuantas veces. ¿Qué clase de persona va por ahí besando a una cuando le gusta otra?

Irina no sabe qué responder ante eso. La teoría suena lógica, o al menos, suena a algo que una persona con más perspectiva que ella sería capaz de ver, porque desde luego, ella perspectiva tiene muy poca.

—Suena bien, pero, en cualquier caso, no importa…

—¿Cómo que no importa? —se altera Olga—. ¿A ti qué te pasa? ¿Te has vuelto tonta de repente?

—Mamá, relájate —dice Zoe, aguantándose la risa.

—No quiero. ¿Cuántos meses llevas así, Irina? Esto ya lo hablamos y dijiste que pasarías página, pero es evidente que no puedes, así que haz el favor de hablar con ella de una vez para aclarar las cosas.

—Es mi empleada, Olga, suponiendo que fuera cierto, ¿dónde nos dejaría eso? Soy su jefa directa, sería abuso de poder.

Olga resopla.

—¿Tú te estás escuchando? Deja de decir estupideces de una vez. Esa mujer te gusta y tú le gustas a ella, da igual dónde trabaje. Las dos sois adultas y no estáis cometiendo ningún delito. Que sea tu asistente no significa que la estés obligando a nada, por el amor de Dios. Di que estás acojonada, pero no pongas la excusa del trabajo.

Irina traga saliva y se pasa la mano por el pelo. Olga suaviza el tono.

—Necesitas solucionar esto, Irina, no es sano y te está consumiendo. Solo te pido que te sientes con ella de una vez, le digas lo que sientes y la dejes decidir. Si ella siente lo mismo, ya veréis cómo gestionáis lo del trabajo, sois dos mujeres inteligentes.

Y si no siente lo mismo, al menos sabrás la verdad y podrás pasar página de forma definitiva, no esta pantomima que estás haciendo.

Irina se queda callada, mirando el trozo de bizcocho que Zoe ha dejado frente a ella hace un rato y todavía no ha tocado. Sabe que su hermana tiene razón, lo sabe desde hace semanas, quizá desde hace meses, pero saberlo y hacerlo son dos cosas muy distintas cuando la persona que te gusta es también la persona a la que puedes perder si las cosas salen mal.

—¿Y si la pierdo? —pregunta en un susurro, y es la primera vez que expresa ese miedo en voz alta.

Olga estira el brazo por encima de la mesa y le coge la mano.

—¿Y si no la pierdes? —responde.

Zoe pone su mano sobre las de ambas y las mira con los ojos vidriosos porque las hormonas del embarazo la tienen llorando por cualquier cosa.

—No llores —le dice Irina.

—No estoy llorando —miente Zoe, secándose una lágrima con el dorso de la mano libre.

Irina las mira a las dos y, a pesar de todo, de los nervios, la confusión y el miedo, sonríe. Porque si hay algo que la sostiene en medio de este caos, es esto: su hermana y su sobrina sentadas en una cocina con la puerta cerrada, dispuestas a sacudirla hasta que entre en razón.

—De acuerdo —dice al fin—. Hablaré con ella.

—¿Cuándo? —pregunta Zoe, que no se fía.

—El lunes.

—Promételo —exige su sobrina.

Irina pone los ojos en blanco, pero asiente.

—Lo prometo.

Olga le aprieta la mano una vez más antes de soltarla y señalarle el plato con el bizcocho.

—Y ahora come algo, que tienes cara de no haber desayunado.

Irina coge el trozo de bizcocho y le da un mordisco mientras Zoe le pasa un brazo por los hombros y apoya la cabeza en ella. Las tres se quedan así un rato, en silencio, y por primera vez en muchas horas, Irina siente que puede respirar.

CAPÍTULO 27

Irina llega a la oficina el lunes a las ocho y cuarto con un nudo en el estómago del que no ha logrado deshacerse desde el sábado. Ha dormido poco y mal las dos noches, demasiado ocupada mientras pensaba en el beso y ensayaba mentalmente lo que iba a decirle a Aura, descartando cada versión porque le parecía insuficiente o excesiva. Al final, ha decidido que simplemente será sincera y directa, y lo que salga de esa conversación ya lo gestionará cuando llegue el momento.

Las puertas del ascensor se abren e Irina avanza por el pasillo hasta que llega a la antesala de su despacho, donde encuentra a Aura detrás de su mesa. Como siempre, tiene su café sobre la madera y levanta la vista en cuanto escucha sus pasos. Cuando sus miradas se conectan, el mundo se detiene durante un par de segundos en los que ninguna dice nada, porque ambas son conscientes de que este lunes no es como los demás.

—Buenos días —dice Aura, rompiendo el silencio.

—Buenos días, Aura —responde Irina, acercándose a la mesa para coger su café.

Cuando lo tiene entre las manos, en lugar de darle las gracias y meterse en su despacho como suele hacer siempre, se queda de pie frente a ella. Aura la mira desde abajo, con esos ojos oscuros

clavados en su jefa y una expresión que baila entre la expectación y el miedo. Irina se lleva la mano al puente de la nariz y se lo aprieta con fuerza mientras busca en su cabeza las palabras que necesita decir, pero su cerebro parece que se niega a colaborar.

—Deberíamos hablar —dice Aura, e Irina suelta tal suspiro de alivio que los hombros le suben y le bajan acompañándolo.

—Sí, deberíamos. ¿Qué te parece si te invito a comer? Así hablamos de lo que tengamos que hablar con calma y fuera de aquí —propone, sin poder evitar mirar esos labios que está deseando probar otra vez.

—Me parece bien.

Se quedan mirándose durante unos segundos como si no quisieran separarse, hasta que Aura frunce el ceño y ladea la cabeza.

—¿Estás bien?

Irina parpadea.

—Sí, ¿por qué?

—Te has llevado la mano a la sien —señala Aura, con expresión preocupada.

Irina se da cuenta de que, en efecto, tiene la mano contra la sien izquierda, presionando sin ser consciente de lo que estaba haciendo.

—Me duele un poco la cabeza, pero me he tomado un analgésico antes de venir, no es nada.

Aura la observa durante un par de segundos como si estuviera decidiendo si Irina le dice la verdad o solo se la está quitando de encima.

—Si no se te pasa, avísame, por favor —ruega su asistente.

Irina asiente.

—Lo haré.

Entra en su despacho y cierra la puerta. Se sienta, enciende el ordenador y da un sorbo de café mientras intenta concentrarse en los correos que se han acumulado durante el fin de semana, pero la cabeza le late con un pulso lento que no le gusta. Conoce su cuerpo lo suficiente como para saber que ese latido es un aviso, una señal de que puede desaparecer con el analgésico o puede convertirse en algo mucho peor.

Una hora después, ha pasado lo segundo.

El dolor ha aumentado con una rapidez que no le ha dado margen de reacción. Lo que hace veinte minutos era una molestia sorda se ha transformado en un martilleo constante que le comprime las sienes y le llega hasta detrás de los ojos. La luz de la pantalla le taladra las retinas y las letras se emborronan ante sus ojos cada vez que intenta enfocarlas. Tiene náuseas y el estómago le da vueltas anunciando una migraña en toda regla.

Con la mandíbula apretada por la incomodidad del dolor, estira el brazo y marca la extensión de Aura.

—Aura, ¿puedes entrar un momento?

Cuando la puerta se abre, Irina tiene los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, con los ojos cerrados y las persianas del despacho bajadas a medias. La luz le ha dado tan fuerte que se ha levantado a cerrarlas hace unos minutos y ha sentido que el suelo se movía bajo sus pies.

—Dios mío —Aura cruza el despacho corriendo y se arrodilla junto a su silla—. La cabeza.

—Necesito que me pidas un taxi —murmura Irina sin abrir los ojos—. Tengo que irme a casa.

—No te vas a ir así tú sola —dice Aura con firmeza—. Voy a por mis cosas y me voy contigo.

—Aura, no hace falta que…

—Irina —la corta, y su voz suena como un trueno para la dueña de la empresa—. Puedes despedirme si quieres, pero no voy a permitir que te vayas sola en taxi estando así.

Irina no tiene fuerzas para hablar, y mucho menos para discutir, así que asiente y Aura sale del despacho. La escucha moverse al otro lado de la puerta y, en menos de un minuto, está de vuelta con su bolso y el de Irina.

—¿Puedes caminar?

—Sí —responde Irina, aunque cuando se levanta, el mareo la obliga a agarrarse al borde de la mesa unos segundos.

Aura la sujeta por el codo y la guía hasta el ascensor sin soltarla. En el interior, Irina se apoya contra la pared con los ojos cerrados porque no soporta la luz del habitáculo mientras Aura la mantiene sujeta por el brazo.

El trayecto hasta el apartamento dura quince minutos que se hacen eternos para la empresaria, porque cada bache y cada frenazo del taxi lo siente como un golpe en la cabeza que le hace apretar los dientes.

—Ya estamos —anuncia Aura cuando el taxista aparca frente al portal.

Suben en el ascensor y Aura abre la puerta con las llaves de Irina porque a ella le tiemblan las manos. Cuando entran, Irina camina directamente hacia el baño sin encender ninguna luz y busca

la caja de pastillas que guarda en el armario del espejo, las que solo se toma cuando todo lo demás no ha funcionado. Saca una, se la pone debajo de la lengua y cierra los ojos mientras espera a que se disuelva, haciendo una mueca de asco porque no le gusta el sabor.

Al salir del baño, Aura ya ha bajado todas las persianas del salón y ha dejado el apartamento en penumbra. Irina se deja caer en el sofá con un quejido ahogado y se tumba de lado, acurrucándose contra uno de los cojines mientras la pastilla empieza a hacer efecto.

Es la primera vez que Aura está en su apartamento, pero se mueve por él sin preguntar hasta que encuentra la cocina, le lleva un vaso de agua que deja sobre la mesa y se sienta a su lado.

—Puedo llamar a mi hermana, Aura…

—No voy a irme —la interrumpe Aura con suavidad—. Le he enviado un mensaje a Zoe para que sepa que estás conmigo, y puedo encargarme de lo urgente desde aquí, he cogido el portátil.

Irina no protesta, no tiene sentido hacerlo cuando si es sincera consigo misma, no quiere que se vaya.

—¿Te importa si me tumbo un rato contigo? Solo hasta que te quedes dormida —pregunta Aura de repente.

El brazo de Irina se mueve y simplemente palmea el trozo de sofá que queda a su espalda. Aura suelta un suspiro tembloroso y se tumba detrás de ella, encajando su cuerpo contra el de Irina antes de empezar a acariciarle el pelo con los dedos. Lo hace despacio, trazando círculos lentos desde la sien hasta detrás de la oreja, aplicando una presión tan suave que Irina siente cómo la tensión empieza a disiparse bajo su tacto. No dicen nada, y ese silencio, la penumbra y las manos de Aura en su pelo, hacen que Irina se quede dormida en algún momento entre una caricia y la siguiente.

Cuando abre los ojos, lo primero de lo que es consciente es de que el dolor ha desaparecido. Queda un rastro de aturdimiento en su cabeza, pero la presión y las náuseas se han evaporado. Lo segundo que nota es que Aura sigue ahí. Está tumbada detrás de ella, un poco incorporada contra el reposabrazos del sofá, con el teléfono en la mano. Cuando ve que Irina se mueve, deja el aparato sobre la mesa de inmediato.

—Hola —susurra Aura, y su tono suave estremece a Irina.

—Hola —responde, girándose despacio hasta quedar boca arriba y después de lado, mirándola—. ¿Cuánto he dormido?

—Casi dos horas. ¿Cómo estás?

—Bien —dice, aunque está un poco atontada—. Mucho mejor. La pastilla ha funcionado.

—Me alegro —Aura sonríe y algo en su mirada se relaja.

Hace el amago de incorporarse para darle espacio, para poner un poco de distancia y evitar que la situación se vuelva incómoda, pero Irina levanta la mano y la detiene. Sus dedos se cierran sobre la muñeca de Aura con suavidad y ella se queda completamente inmóvil, sin respirar.

Irina no piensa en su siguiente movimiento. Lleva meses haciéndolo, meses recordándose lo que es correcto y levantando muros que se derrumban cada vez que Aura la toca o la mira, y está cansada de pensar. Así que levanta la mano desde su muñeca hasta su cara y le acaricia la mejilla con el dorso de los dedos, despacio, recorriendo su piel desde el pómulo hasta la línea de la mandíbula.

Aura se estremece y contiene la respiración, sintiendo que la corriente la atraviesa mientras su mirada se oscurece cuando busca la de Irina. Las dos se mueven al mismo tiempo y sus labios chocan

en un beso lento y profundo. Aura es delicada y tierna, como si tuviera en cuenta que hace un rato a Irina le dolía la cabeza y tuviera miedo de romperla, pero cuando Irina le pasa la mano por la nuca y la aprieta contra su boca, la intensidad del beso cambia por completo. Se vuelve más urgente y necesitado, la boca de Aura se abre, sus lenguas se encuentran y el sonido que hace Irina es tan involuntario como obsceno.

La desesperación con la que Aura la besa desmiente todo lo que ha hecho durante estos meses, cada huida y cada negación. La besa como si llevara toda la vida esperando hacerlo e Irina piensa que quizá sea así, que Aura lleva mucho tiempo queriendo esto sin saberlo.

Las manos de Aura bajan por su cuello, se deslizan por sus hombros y le recorren los costados por encima de la ropa con una necesidad que Irina siente que le quema la piel a través de la tela y, cuando los dedos de Aura le rozan el abdomen, los músculos de Irina se contraen y la respiración se le corta.

—¿Voy demasiado rápido? —pregunta Aura, pero Irina le coge la mano y la mantiene donde está.

—No —susurra, mirándole la boca.

Aura tiene los labios hinchados y sus ojos están tan oscuros que apenas se distingue el iris de la pupila. El pecho le sube y le baja muy deprisa, y los dedos que Irina le sujeta le tiemblan contra su abdomen, pero eso no la detiene. Aura empieza a bajar la mano muy despacio y cuando llega al borde del pantalón de Irina y desliza los dedos por encima para rozarla, exhala un suspiro de anticipación que se parece más a un gemido.

—Jamás he hecho esto con una mujer —dice, y los labios le tiemblan ante su propia excitación.

Irina siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

—Pero estoy loca por tocarte —sigue Aura, apretando más sobre la tela del pantalón de Irina, lo que le arranca un gemido que no logra contener—. Quiero sentir tu calor, quiero… —Aura traga saliva —, quiero estar dentro de ti.

A Irina se le corta la respiración de golpe y todo su cuerpo reacciona a esas palabras con una violencia que la deja temblando, sintiendo un calor líquido que se le expande desde el vientre y la deja sin capacidad de pensar en nada que no sea Aura y lo que acaba de decirle.

—¿A qué esperas entonces? —responde, y Aura exhala y la besa con una furia que las empuja a ambas contra el sofá.

Las manos de Irina tiran del jersey fino de su asistente hasta que logra sacárselo y lo lanza al suelo. No entra mucha luz por la ventana, pero sí la suficiente como para que pueda ver la piel de Aura, e Irina se queda quieta unos segundos, observando esa imagen de la mujer a la que lleva meses deseando, con el pelo revuelto y el sujetador negro.

—Eres preciosa —susurra, y Aura suelta una risa nerviosa que se le corta cuando Irina le pasa los dedos por la clavícula y los baja hasta el borde del sujetador.

—Irina… —jadea ante el contacto, e Irina piensa que quiere escuchar ese modo de pronunciar su nombre cada día de su vida.

—Si algo te incomoda… —empieza Irina, pero Aura la corta.

—Todo está bien —asegura, y desabrocha los botones de la camisa de Irina.

Ambas se incorporan un poco para que pueda quitársela y Aura, con las manos temblando, le desabrocha el sujetador. Lo hace con los dedos resbalándole sobre el cierre, sintiéndose primeriza y, cuando al fin lo consigue y ve los pechos de Irina, se le escapa un suspiro tan profundo que parece un quejido. Los toca sin dudarlo, con delicadeza, y cuando le roza los pezones, Irina arquea la espalda y Aura la empuja con suavidad hasta tumbarla y colocarse sobre ella.

Empieza besando su cuello, después su clavícula y va bajando hasta sus pechos, besándolos con una mezcla de timidez y hambre que está volviendo loca a su jefa, porque siente la inexperiencia de Aura, pero también su deseo.

—Dime si hago algo mal —susurra Aura contra su piel.

—No estás haciendo nada mal —responde, enredando los dedos en su pelo y atrayéndola para besarla—. Todo lo contrario.

Irina le desabrocha el sujetador con una facilidad que contrasta con la torpeza de Aura y la sienta sobre sus piernas para verla. Cuando sus pechos quedan al descubierto, Irina se incorpora y la rodea con los brazos, juntando sus cuerpos por primera vez. Es algo visceral, la sensación de la piel desnuda de Aura contra la suya, su calor, y su asistente la agarra con tanta fuerza que Irina siente sus uñas clavándose en su espalda.

Se desnudan entre besos, entre manos que tiran de botones y cremalleras con una torpeza que las hace reírse a ratos y jadear a otros. Cuando Aura le baja los pantalones y la ropa interior a Irina y la ve completamente desnuda debajo de ella, se queda paralizada.

—Joder —murmura acelerada.

Irina la hace girar y se coloca encima. Necesita tocarla primero y que Aura sepa lo que se siente antes de dejarse llevar, porque sabe que para Aura esto es territorio desconocido y quiere que se relaje.

Le besa el cuello, la garganta y el hueco entre los pechos. Después baja por su abdomen mientras siente los músculos de Aura tensarse bajo sus labios y sus dedos agarrarle el pelo con una fuerza que le duele y la excita al mismo tiempo. Cuando llega al borde de sus caderas, Aura respira tan rápido que Irina levanta la cabeza para mirarla.

—¿Estás bien? —pregunta, temiendo ser ella la que va demasiado deprisa.

Aura la mira desde arriba con los ojos nublados de deseo y los labios entreabiertos, y asiente.

—Sí —su voz sale temblorosa—. No pares, por favor.

Irina no para.

La primera vez que la toca, Aura suelta un gemido profundo y sus caderas se elevan para buscar su mano. Está tan mojada que los dedos de Irina se deslizan sin esfuerzo y la reacción de Aura es inmediata, se agarra al cojín del sofá con una mano y con la otra busca la de Irina, entrelazando sus dedos mientras Irina la toca con un ritmo lento y constante que la va deshaciendo.

—Mírame —le pide, y Aura obedece.

Sus ojos se encuentran y no se sueltan mientras Irina la lleva hasta un punto en el que Aura empieza a temblar y su respiración se convierte en una sucesión de gemidos cortos que no puede controlar. Irina querría hacerle muchas cosas, sobre todo, con la boca, pero ha empezado masturbándola y Aura parece estar enloquecida de placer, así que no se detiene a pesar de las ganas

que tiene de tragarse su humedad. Cuando Aura se corre, lo hace con los ojos abiertos, mirando a Irina mientras el labio inferior le tiembla, y el sonido que le sale de la garganta es lo más perfecto que Irina ha escuchado nunca.

Aura tarda unos segundos en volver de donde sea que la ha dejado su mente después del orgasmo. Parpadea, se pasa la mano por la frente y mira a Irina como si acabara de descubrir algo que no sabía que existía.

—No sé qué decir —murmura, tirando de ella para besarla.

Y después, con una determinación que contrasta con el temblor de sus manos, Aura le pasa una pierna por encima para girarla y la tumba boca arriba. Le aparta el pelo de la cara, le sujeta la mandíbula con una mano y la besa mientras la otra baja por su cuerpo, despacio, memorizando cada curva y cada reacción de Irina. Cuando sus dedos llegan a su abertura, Irina gime contra su boca e instintivamente le agarra la muñeca, no para detenerla, sino para guiarla, y Aura entiende lo que quiere de inmediato. Empieza a mover los dedos con la misma sensibilidad con la que los mueve sobre las teclas de un piano, atenta a cada sonido que Irina hace, ajustando la presión y el ritmo como si estuviera interpretando una pieza que solo puede tocar de oído.

—Así —jadea Irina, y Aura asiente contra su cuello, concentrada y entregada.

La asistente no pide permiso para penetrarla, simplemente desliza dos dedos en su interior e Irina arquea la espalda y le clava las uñas en los hombros. Aura gime al sentirla, al notar el calor que la envuelve y la presión sobre sus dedos. Está fascinada y loca de lujuria al mismo tiempo, y empieza a moverse dentro de ella con una

lentitud tan tierna como desesperante. Irina le pide más con el cuerpo, empujando las caderas contra su mano, y Aura se lo da, aumentando el ritmo mientras la besa en el cuello y en el lóbulo de la oreja, murmurando cosas incoherentes contra su piel que Irina no entiende, pero que la empujan al borde del orgasmo.

—Aura —es lo único que es capaz de decir, y lo repite como si fuera lo único que sabe y, cuando se corre, siente que algo que llevaba meses contenido se libera de golpe y le deja el cuerpo laxo y los ojos humedecidos.

Aura la abraza. La envuelve con el cuerpo, con los brazos y con las piernas, y hunde la cara en su cuello.

No saben el tiempo que pasan ahí, las manos no dejan de moverse, de provocar y de explorarse. Cada vez que creen que es suficiente, una de las dos busca a la otra y todo empieza de nuevo. Follan con la desesperación de quien lleva demasiado tiempo esperando y, al mismo tiempo, con la ternura de quien lo hace por primera vez, y esa mezcla las deja a las dos temblando, jadeando e incluso riendo algunas veces.

Cuando al fin deciden que es suficiente, lo hacen porque el estómago de Aura lleva unos minutos protestando.

—Lo siento, el sexo unas veces me da sueño y otras hambre —explica Aura, escondiendo la cara en el cuello de Irina—. ¿Podemos pedir algo?

La empresaria le besa la oreja haciendo que Aura suspire y se incorpora un poco para buscar su teléfono, que ha acabado en el suelo junto al resto de su ropa.

—Claro —dice, desbloqueando la pantalla.

—Y después hablamos —añade Aura.

Irina se gira y la mira. Aura todavía está tumbada, completamente desnuda con el pelo revuelto, los labios hinchados y enrojecidos por los besos, y con una marca en el cuello que cada vez es más visible. Se queda congelada unos segundos, porque está tan enamorada de esta mujer que le da pánico no volver a verla así.

—¿Irina?

—Sí, perdona. Y hablamos —confirma, porque por supuesto que necesitan hablar. Irina necesita poner palabras a lo que acaba de pasar y decidir de una vez lo que hacen con ello.

CAPÍTULO 28

Irina se levanta del sofá para buscar su ropa interior entre el desorden que han dejado en el suelo del salón, se pone las bragas y coge la camisa que llevaba esta mañana en la oficina. Se la abrocha solo hasta la mitad, dejando el cuello y parte del pecho al descubierto, y se peina la media melena cobriza con los dedos tratando de ordenar un poco esos mechones alborotados.

Cuando se gira, Aura está tumbada en el sofá, apoyada sobre un codo mientras la mira sin pestañear. Tiene el pelo tan revuelto que parece otra persona, pero sus ojos están completamente fijos en ella.

—¿Qué? —pregunta Irina.

—Nada —dice Aura, pero su tono la delata—. Que siempre me has parecido muy atractiva, pero así, con esa camisa y nada más, te superas.

A Irina le hormiguea todo el pecho. Es un comentario que en cualquier otro contexto la habría hecho sonreír hasta ponerse completamente roja, que la habría derretido por dentro y la habría hecho volver al sofá para besarla, pero ahora le cuesta encajarlo. Le cuesta porque lleva meses recibiendo señales contradictorias de esta mujer, meses en los que Aura la miraba de la misma manera que ahora y después apartaba la mirada, la besaba y acto seguido se

disculpaba, le cogía la mano mientras dormía y después lo atribuía a la costumbre de dormir con su exmarido. Y ahora le dice que siempre le ha parecido atractiva como si fuera algo que puede soltar sin más, como si no hubiera un historial de confusión entre ellas.

—Aura —dice, con una expresión tan seria y el tono tan seco, que la sonrisa de Aura se borra de golpe.

—¿Qué pasa?

Irina se queda de pie frente al sofá y cruza los brazos sobre el pecho. Otra imagen terriblemente sexy, pero Aura no dice nada porque su jefa está tan seria que juraría que incluso está enfadada. No es que lo esté, pero Irina necesita respuestas ahora mismo y no puede esperar a terminar de comer para obtenerlas.

—Esa persona que te gusta —dice, con su mirada gris azulada sobre los ojos oscuros de Aura—. Ese hombre del que me hablaste en la boda, el que era la razón por la que dejaste a tu marido. ¿Qué pasa con eso?

Aura se incorpora despacio. Se sienta en el sofá poniéndose el jersey para no sentirse tan expuesta y mira a Irina directamente a los ojos. Esta vez no titubea, no desvía la mirada y no busca una excusa ni se inventa una respuesta que la proteja de lo que siente. Se ha terminado lo de esconderse.

—Esa persona siempre has sido tú.

Las palabras caen como una bomba y se quedan ahí, suspendidas entre las dos, mientras Irina procesa lo que acaba de escuchar intentando que no le explote la cabeza. Abre los ojos de par en par y siente que el suelo se mueve bajo sus pies, no por el mareo de la migraña, sino por algo mucho más profundo que le sacude el cuerpo entero.

—¿Qué? —pregunta, y la voz le suena ronca y estrangulada.

Aura traga saliva.

—Que eras tú, Irina. Siempre has sido tú. No había ningún hombre y no había ninguna otra persona. La razón por la que dejé a Marcos, la persona que me gustaba y que creía que no estaba interesada en mí, eras tú.

Irina se queda completamente inmóvil mientras la mira durante varios segundos en los que su cerebro intenta encajar esta información con todo lo que ha creído durante meses; con la conversación en el banco de la boda, con las noches sin dormir pensando en ese hombre misterioso que tenía la suerte de gustarle a Aura, con la rabia y el dolor que sentía cada vez que ella mencionaba a esa persona sin saber que se estaba describiendo a sí misma. Olga y Zoe tenían razón, esa persona era ella, y ha sido la última en enterarse.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunta con sequedad.

Aura contiene la respiración unos segundos antes de responder; ahora, todo le parece tan absurdo que se siente tonta.

—Eran mil cosas, Irina —explica, y se detiene un momento para coger aire y soltarlo despacio—. Al principio estaba convencida de que no estabas interesada, y yo acababa de descubrir que me gustaba una mujer por primera vez en mi vida. No tenía ni idea de qué hacer con eso, ni de cómo gestionarlo, ni de si lo que sentía era real o una fantasía alimentada por la cercanía que había entre nosotras.

Irina no dice nada todavía porque necesita algo más que eso.

—Después hubo momentos en los que empecé a pensar que quizá sí podía haber algo —continúa Aura—. La forma en que me

mirabas a veces, lo del bolígrafo, cuando dijiste que no sabías si besarme... Pero entonces saliste con aquella mujer y entendí que no tenía opciones. Y por encima de todo, eres mi jefa, Irina, y eso siempre me ha frenado, no sabía si lo que sentías era interés real o simplemente eras así conmigo porque eres una buena persona.

Irina cabecea despacio, tratando de procesar lo que escucha.

—Yo no tuve nada con Patricia —aclara, mientras su mente procesa la confesión de Aura—. Solo fuimos a comer. Una vez, creo que ya te lo expliqué.

Aura hace una mueca y se pasa la mano por la frente.

—Yo eso no lo sabía en aquel momento. Cuando te pregunté el día de la cita, fuiste muy seca y solo dijiste que fue bien, y después te marchaste aquel fin de semana y yo estaba segura de que habías ido con ella.

—Fui con mi hermana —explica Irina, y la situación le parece tan absurda que le cuesta creer que ambas hayan sido tan estúpidas—. Me fui al pueblo con Olga porque necesitaba alejarme de ti para intentar pasar página.

Aura cierra los ojos un segundo y deja escapar un suspiro tembloroso.

—No lo sabía.

—No, claro que no lo sabías, porque ninguna de las dos ha sido capaz de hablar. Es inconcebible.

Irina la mira fijamente y después cabecea de nuevo, como si todavía no pudiera creerse lo que está oyendo. Da un paso hacia el sofá y se sienta al lado de Aura, pero no la toca. Necesita decir lo que tiene que decir mirándola a la cara, sin que el contacto físico le nuble la mente.

—Me gustaste desde que te conocí —confiesa, directa y sin adornos—. Desde el día que viniste a la entrevista. Entraste en mi despacho y supe que iba a tener un problema, y lo he tenido, Aura, un problema enorme durante meses. Y todo este tiempo he pensado que te gustaba un hombre, que habías dejado a tu marido por un tipo que no te merecía y con el que yo no podía competir porque ni siquiera sabía quién era.

A Aura se le llenan los ojos de lágrimas, pero no las deja caer y en su lugar esboza una sonrisa que sale en forma de exhalación.

—Yo me di cuenta de que me gustabas el día de la panadería —dice, y su voz se quiebra un poco—. ¿Te acuerdas? Aquel domingo que nos encontramos por casualidad. Estabas preciosa, me invitaste a un café y me enseñaste el barrio como si fuera lo más natural del mundo y, cuando nos despedimos, supe que lo que sentía por ti no era admiración ni curiosidad ni ninguna de las cosas que me había dicho a mí misma para justificar todas las horas que pasaba pensando en ti. Era algo que no había sentido nunca, ni siquiera por Marcos, y fue ahí cuando creo que entendí que tenía que dejarlo. El resto ya lo sabes.

Se quedan en silencio durante unos segundos, mirándose con una seriedad que contrasta con lo que han hecho hace apenas una hora sobre ese mismo sofá, pero es una seriedad necesaria, la de dos personas que por fin están poniendo sobre la mesa todo lo que se han callado durante demasiado tiempo.

—Es vergonzoso —dice Irina, todavía con la mandíbula tensa—, que tengamos la edad que tenemos y que ninguna de las dos haya sido capaz de sentarse frente a la otra y hablar claro. ¿Qué coño nos ha pasado? Han sido meses, Aura. Hemos perdido meses por no ser

capaces de poner sobre la mesa lo que sentíamos. Eso por no hablar de la agonía que ha supuesto.

Aura la mira. Irina tiene los ojos clavados en ella con una intensidad que siempre la ha desarmado, pero ahora hay algo distinto, hay algo parecido al reproche, pero también hay alivio, y debajo de todo eso, hay algo que se parece mucho a la felicidad contenida de quien descubre que lo que creía imposible siempre estuvo al alcance de la mano.

Se sostienen la mirada durante unos segundos más, muy serias las dos, como si estuvieran calculando la magnitud del tiempo que han perdido y la estupidez de ambas, hasta que la comisura izquierda de Aura se mueve primero. Es un temblor involuntario que se extiende hasta convertirse en una sonrisa que ya no puede contener, e Irina la ve y aprieta los labios para resistirse, pero resulta inútil porque la risa le sube por el pecho y le estalla en la boca, y de repente las dos se están riendo con una carcajada que las ayuda a soltar el peso que han estado cargando de forma absurda durante demasiado tiempo.

—Somos idiotas —dice Aura, con los ojos humedecidos por la risa.

—Completamente —confirma Irina, apartándose un mechón de pelo con la mano mientras se ríe.

El timbre suena en ese momento y las dos se sobresaltan. Irina se mira el cuerpo, se asegura de que la camisa le tapa lo suficiente y se levanta dejando a una Aura en el sofá que se la come con la mirada mientras camina hacia la puerta. Observa sus piernas desnudas, la forma en que la camisa se le mueve con cada paso y los mechones de pelo que le caen por la nuca, y siente un tirón en el

vientre que no tiene nada que ver con el hambre que sentía hace un momento.

Irina vuelve con una bolsa de comida que deja sobre la mesa baja del salón. La despeja dejando solo los dos vasos de agua que Aura había puesto antes y saca los recipientes.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —pregunta Irina, pinchando un trozo de pollo con el tenedor.

Aura deja de masticar y la mira.

—Yo lo tengo claro —dice, con la misma firmeza con la que le ha confesado la verdad—. Estoy enamorada de ti, Irina.

El tenedor de Irina se detiene a medio camino entre el plato y sus labios. Escuchar esas palabras de la boca de Aura le acaba de producir una reacción física que no se esperaba, un calor que le sube desde el estómago y se le instala en el pecho y detrás de los ojos, que de repente le escuecen.

—Si para ti no es un problema que sea tu empleada —sigue Aura—, me gustaría que lo intentáramos, que empecemos a salir, ya sabes.

Irina deja el tenedor en el plato y se queda en silencio durante unos segundos. No porque dude, porque no duda de lo que siente ni de lo que quiere, pero necesita un momento para asimilar que esto está pasando, que Aura acaba de decirle que está enamorada de ella y que quiere intentarlo, y que todo lo que Irina ha deseado durante meses está ahí, sentado a su lado en el sofá con un jersey arrugado y los labios todavía hinchados de tanto besarla.

—Sí, podemos hacerlo —responde al fin, asintiendo.

Aura sonríe y algo en sus ojos se ilumina de un modo que Irina no le había visto nunca, como si le hubieran quitado un peso que la

estaba hundiendo y por fin pudiera flotar.

—De acuerdo —dice Aura, y hace una pausa antes de seguir—: pero ¿podemos repetir lo que estábamos haciendo hace un rato?

Irina necesita un par de segundos para asimilar lo que ha escuchado; después suelta una carcajada que le sale del fondo del estómago.

—¿Y tu hambre? —pregunta, señalando la comida con el tenedor.

—Hay otra cosa que me apetece más que la comida —admite Aura, y ahora ni siquiera sonríe—. La comida puede esperar.

Lo dice tan seria que su mirada se oscurece y la voz se le vuelve más ronca. A Irina se le corta la respiración cuando se da cuenta de que la Aura que tiene frente a ella ahora mismo no es la misma a la que hace un par de horas le temblaban las manos cuando le desabrochaba el sujetador. La que tiene delante sabe lo que quiere y lo que necesita, y lo está pidiendo sin titubear.

Irina aparta la mesa con la mano, empujándola lo suficiente como para despejar el espacio entre el sofá y el suelo. Después se baja del sofá y se arrodilla frente a Aura, que la mira desde arriba con los labios entreabiertos y los ojos tan oscuros que parecen dos pozos sin fondo. Irina le pone las manos en las rodillas y se las separa despacio mientras mantiene los ojos fijos en los de ella.

—De acuerdo —dice, y su voz es tan seductora que Aura siente un escalofrío que le recorre la columna entera—, pero yo como primero.

Aura no tiene tiempo de responder porque Irina le sube la camiseta hasta las caderas, y cuando agacha la cabeza y hunde la cara entre sus piernas, el gemido que suelta Aura es tan profundo

que le vibra en todo el cuerpo. Su mano se posa sobre la cabeza de Irina y la presiona contra ella con una necesidad que las sacude a las dos, y sus caderas empiezan a moverse al ritmo de la boca de Irina mientras sus dedos se enredan en su pelo cobrizo y tiran de él sin ser consciente de la fuerza que está ejerciendo.

A Irina no le importa, de hecho, la fuerza con la que Aura le agarra el pelo la excita de un modo que no esperaba. Sube las manos por sus muslos y la sujeta por las caderas mientras la saborea sin prisa, notando cómo Aura se deshace bajo su lengua, cómo sus gemidos se vuelven más cortos, agudos y desesperados, y cuando Aura susurra su nombre con la voz rota, Irina sabe que podría pasarse la vida entera escuchándolo así y no sería suficiente.

CAPÍTULO 29

La alarma de Irina suena a las siete menos cuarto de la mañana y lo primero que ve Aura cuando abre los ojos es la espalda desnuda de su jefa al estirarse para coger el aparato y apagarla. Lo segundo es la sábana deslizándose por su cintura, y lo tercero que hace es acercarse a ella, pegarle los labios entre los omóplatos y rodearla con un brazo.

Irina apaga la alarma y se queda muy quieta, con el brazo todavía estirado y los ojos medio abiertos mientras un escalofrío le atraviesa la columna al sentir el contacto de Aura.

—Tenemos que levantarnos —dice con desgana, sin moverse ni un centímetro.

—Lo sé —responde Aura sin dejar de besarla.

De ese beso pasa al siguiente y después a algo que ninguna de las dos tiene intención de detener por muchas alarmas que suenen, porque cuando Irina se gira y Aura se le tumba encima, el reloj deja de importarle durante un rato que resulta ser más largo de lo que deberían permitirse un martes por la mañana.

—Dios mío —Aura cae sobre el colchón un rato después, jadeando, con el pelo pegado a la frente y una sonrisa enorme mientras mira a Irina, que se incorpora de golpe cuando mira la hora.

—Mierda —susurra—. Son las siete y media, Aura.

—¿En serio? —Aura se sienta de golpe y cierra los ojos un momento cuando se marea, todavía débil tras los dos orgasmos seguidos que acaba de tener—. Necesito una ducha, aunque sea la más rápida de mi vida.

—¿Estás bien? —pregunta Irina, acariciándole la espalda con una sonrisa.

Aura asiente y acepta la mano que Irina le ofrece para guiarla hacia el baño. Deciden ducharse juntas porque, según Irina, es lo más eficiente para ganar tiempo, pero resulta no serlo porque Aura comienza a enjabonarle la espalda, Irina le devuelve el gesto y las manos de ambas comienzan a deslizarse por sitios que no deberían, hasta que Irina toma la única decisión que se le ocurre para detener eso: girar el grifo hacia el otro lado, cortando el agua caliente de golpe para dejar que salga fría.

—¡Irina! —grita Aura, apartándose del chorro mientras Irina se ríe.

—Lo siento, pero hay que trabajar y no veo otra forma de que salgamos de aquí —dice tiritando.

Se visten deprisa. Aura, con la misma ropa del día anterior que por suerte no está muy arrugada, aceptando ropa interior limpia de Irina, mientras esta se pone un traje impecable y no se molesta en secarse el pelo.

—¿Qué? —pregunta Irina cuando descubre que Aura la mira fijamente.

—Nada, es que… —Aura no sabe cómo decirlo, porque Irina le parece más sexy conforme pasan los minutos y no quiere parecer cursi si se lo dice.

—¿Qué pasa, Aura? —insiste Irina, levantando las cejas.

—Que me gustas mucho —Aura le da un beso rápido en los labios y se dirige hacia la puerta, dejando a su jefa paralizada durante unos segundos.

Aunque saben que tardarán más, se van en el coche de Irina porque no les apetece ir en transporte público, y Aura se sienta en el asiento del copiloto, pero en lugar de mirar al frente, gira la cabeza hacia la izquierda y mira a Irina mientras conduce. Es la primera vez que se sube en su coche y esa pose concentrada de la empresaria, con una mano en el volante y otra en la palanca de cambios, la tiene tan hipnotizada como deshecha.

—¿Y ahora qué? ¿También te gusto mucho? —bromea Irina, girándose hacia ella en un semáforo en rojo.

Aura se pone colorada como el disco y suelta una risita nerviosa.

—Bueno también, pero es que no me creo que esté pasando esto —confiesa, encogiéndose de hombros.

Irina siente que el hormigueo le sube desde el estómago hasta el pecho como un fogonazo y se inclina hacia un lado para darle un beso rápido.

—Pues créetelo —dice, acelerando cuando el semáforo cambia a verde.

Aura se muerde el labio y mira por la ventana para que Irina no vea la sonrisa ridícula que se le ha puesto en la cara.

Cuando llegan al aparcamiento del edificio, Irina apaga el motor y ninguna de las dos se mueve. Se quedan sentadas en el coche, mirando la puerta de acceso al interior, como si al cruzarla tuvieran que convertirse en otras personas.

—No hemos hablado de esto —dice Irina, girándose hacia Aura.

—¿De qué?

—De cómo actuamos en el trabajo. Tú eres mi asistente, la gente nos ve juntas todo el día, y si cambiamos algo de repente, lo notarán.

Aura asiente. Sabe que tiene razón, que necesitan hablarlo y establecer límites para que su relación no se convierta en el tema de conversación de la oficina antes de que estén preparadas, pero ahora mismo no tiene espacio en la cabeza para eso. Su cabeza está ocupada por la boca de Irina, por sus manos y por su voz diciéndole cosas que la hacen temblar.

—En otro momento —espeta Aura, desabrochándose el cinturón —. Ahora tengo que ir a buscar los cafés o llegaremos sin ellos y eso sí que será raro.

Irina parpadea y desabrocha también el suyo.

—Te acompaño.

Salen del coche y caminan juntas hasta la cafetería donde todo comenzó. Aura pide los cafés de siempre y, cuando el camarero les dice el total, Irina saca la cartera y Aura le pone la mano en el brazo para detenerla.

—Ni hablar —dice con el ceño fruncido.

—Déjame pagar, Aura.

—No —la asistente saca su tarjeta y la pasa por el datáfono antes de que Irina pueda seguir insistiendo—. No pienso romper mi rutina solo porque ahora somos pareja.

Pareja. Irina siente una sacudida en todo el cuerpo al escucharla que la coge desprevenida. No porque la palabra la haya asustado, sino porque le gusta, le gusta mucho más de lo que habría

imaginado, y la sorpresa de descubrirlo se le debe de estar reflejando en la expresión, porque Aura ladea la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Nada —responde Irina, cogiendo su café—. Vamos.

Caminan en un silencio cómodo hasta el edificio y, cuando llegan a la entrada, Aura se detiene y le quita el café de la mano.

—¿Qué haces? —pregunta Irina, descolocada.

—Quédate aquí abajo cinco minutos —dice Aura.

—¿Perdona?

—Que me esperes —repite Aura, muy seria—. Voy a subir yo primera porque siempre llego antes que tú. Me acomodo en mi sitio, dejo tu café sobre la mesa como hago cada día y después subes. Si entramos juntas con los cafés en la mano la gente hablará.

Irina arquea una ceja, mirándola con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿Me estás dando una orden?

Aura carraspea.

—Sí —responde y asiente.

Irina se ríe y le hace un gesto con la mano para que suba.

—Cinco minutos —dice Aura, señalándola con el dedo mientras entra.

Irina se queda frente al edificio, contando los minutos hasta que llega a cinco y entra. Cuando llega a la antesala de su despacho, su pulso se acelera. Aura está ahí, sentada como siempre, con su portátil abierto y el café de Irina en el borde de la mesa. La escena es tan idéntica a la que se produce cada día y a la vez tan diferente, que Irina tiene que morderse el labio para no reírse.

—Gracias —dice cuando coge su café.

—Te has dejado el "buenos días" —le recuerda Aura en tono burlón.

Irina se queda quieta, con la mirada entornada.

—Parece que me he olvidado de muchas cosas.

Aura la mira confundida.

—¿Cómo qué?

Irina rodea la mesa y se inclina sobre Aura.

—Como de que no debería besarte ahora, pero voy a hacerlo —susurra, y Aura siente que flota cuando Irina se inclina un poco más, le sujeta la barbilla con la mano libre y la besa.

Es un beso corto y suave, algo rápido, pero cuando Irina se aparta, Aura no recuerda dónde está.

—Interesante —escuchan desde la puerta, y ambas se sobresaltan.

—Joder, Zoe —dice Irina—, eres la persona más inoportuna que conozco.

Su sobrina sonríe y se acerca para saludarlas.

—Seguramente, solo pasaba para ver cómo estabas de la cabeza, pero ya veo que estás de maravilla —dice, mirando a Aura de reojo.

—Zoe… —dice Irina.

—¿Esto significa que al fin habéis hablado? —insiste su sobrina.

Irina cierra los ojos y suspira.

—Sí, ahora vete a tu mesa —pero Zoe no se mueve, solo sonríe mientras alterna la mirada entre una y otra.

—Entonces, estáis saliendo oficialmente, ¿no? Porque de lo contrario, no os comeríais la boca —Irina pone los ojos en blanco y Aura se pone tan roja que siente que le van a explotar las mejillas—.

¿Desde cuándo es oficial? ¿Desde ayer por la mañana, o desde ayer...?

—Zoe —la corta Irina por segunda vez.

—Vale, vale, no pregunto más —dice Zoe, levantando las manos, pero la sonrisa no se le borra de la cara—. Por cierto, recuerda que esta tarde merendamos en casa de mamá por su cumpleaños.

—Lo sé.

—Lleva a Aura —dice Zoe, como si fuera lo más obvio del mundo.

Irina mira a Aura, que sigue con las mejillas sonrojadas y una expresión de felicidad que le hace querer besarla otra vez.

—No creo que sea el momento —dice Irina.

—¿Por qué no? Mamá estará encantada.

—Porque llevamos juntas un día, Zoe, ahora vete de aquí.

—Está bien, nos vemos, Aura.

Zoe desaparece e Irina exhala de forma abrupta cuando lo hace.

—Perdona, a veces es muy intensa, y también muy entrometida.

—Era cuestión de tiempo que se enterara —dice Aura.

—Lo sé, pero esperaba que el tiempo fuera un poco más largo que doce horas.

Aura se ríe y le besa los dedos de la mano antes de que Irina se encierre en su despacho.

El resto de la mañana transcurre con una normalidad que las sorprende a las dos. Aura entra y sale del despacho con documentos, correos y preguntas como cualquier otro día, y salvo por las miradas que se cruzan cuando nadie está observando y que duran un segundo más de lo profesionalmente aceptable, nada ha cambiado entre ellas.

A las cinco y media, Irina recoge sus cosas para ir a casa de su hermana. Se pone la chaqueta, coge el bolso y sale del despacho, encontrando a Aura en su mesa.

—Me voy ya —anuncia, acercándose a ella.

—Felicita a Olga de mi parte —responde Aura—. Bueno, si te parece bien, quizá…

—Tranquila, Zoe se lo habrá contado hace horas —la corta Irina.

Aura se ríe y se levanta de la silla. Irina mira hacia la puerta para comprobar que no pasa nadie por delante y la besa.

—¿Cenas conmigo mañana? —pregunta cuando se separan—. Así hablamos de cómo actuamos aquí.

—Me encantaría —responde Aura, torciendo una sonrisa.

Irina le hace una caricia rápida en la mejilla con el dorso de la mano y después camina hacia la puerta. Aura la observa hasta que desaparece y se deja caer en la silla con las piernas temblando y los dedos moviéndose sobre su muslo, solo que esta vez no toca porque esté ansiosa, lo hace porque está feliz.

CAPÍTULO 30

—Lo siento, no estoy lista, ¿puedes subir? —dice Aura cuando Irina la llama para decirle que ha llegado a su portal.

Han quedado para cenar esta noche e Irina ha hecho la reserva para las nueve.

—Claro, abre —responde Irina.

La empresaria jamás ha estado en el apartamento de Aura, ni siquiera sabía que vivía en este edificio hasta que Aura le ha enviado la dirección esta tarde, y tampoco le ha hablado de él —ni de su tamaño— por eso, cuando Aura le abre la puerta, la besa y sale corriendo hacia el armario, Irina la cierra y se queda paralizada mientras observa. No necesita entrar más allá de donde está, porque el apartamento es tan diminuto que, salvo el baño, Irina puede verlo entero desde su posición.

—Lo siento, se me ha echado el tiempo encima —se disculpa Aura, de pie junto a la cama.

—¿Cuántos metros tiene este sitio? —espeta Irina, impactada.

El apartamento no es que le parezca pequeño, le parece diminuto. Lo que tiene delante es un espacio convertido en salón, habitación y cocina al mismo tiempo. Sus ojos se desvían hacia la encimera y hacia el frigorífico que le parece de los años noventa, por

no hablar del sofá de dos plazas que no es que esté mal colocado, es que está en el único sitio en el que cabe.

—Veinticinco.

—Aura… —dice Irina con los ojos muy abiertos.

—Ya lo sé —Aura sonríe—. No digas nada, por favor.

Irina lo intenta, pero si no dice lo que piensa, revienta.

—¿Cuánto pagas por esto? Da igual, no me lo digas, sea lo que sea, es un robo y debería ser ilegal.

Aura, que está frente al armario con una camisa medio desabrochada y otra en la mano, se acerca a ella y la mira divertida.

—Créeme, es mucho mejor que el hostal en el que me alojé las primeras semanas después del divorcio.

Irina tuerce el gesto; la idea de imaginarse a Aura sola en una habitación de hostal, en una ciudad que apenas conocía y con la vida patas arriba, le provoca un nudo en el estómago.

—Deberías habérmelo dicho entonces, podrías haberte quedado en mi apartamento.

Aura levanta una ceja sin decir nada más.

—Vale, sí —concede la empresaria con un suspiro—. Supongo que no habría sido buena idea.

—Seguramente habría sido pésima.

Irina asiente y comprueba la hora en su reloj.

—¿Te falta mucho? He reservado para las nueve.

Aura resopla y se mira la camisa que lleva puesta, tirando de un lado con un resoplido de frustración.

—No me queda bien, deja que me pruebe la otra.

A Irina no le da tiempo de decirle que se equivoca, que sigue la línea de su cuerpo perfectamente y el color oscuro hace juego con el

pantalón claro, porque Aura ya se la está quitando. No lo hace con la intención de provocar, simplemente se la quita con prisa para ponerse la otra, pero el resultado es que se queda frente a Irina en sujetador, e Irina traga saliva porque todavía no se ha acostumbrado a esto, a tener semidesnuda frente a ella a la mujer que ha deseado durante tantos meses.

—¿Esta qué tal? —pregunta Aura, alzando la otra camisa.

Irina parpadea y necesita unos segundos para darse cuenta de que le está hablando y para apartar los ojos de su cuerpo.

—Me gusta —carraspea y da un paso atrás—, pero póntela de una vez o cancelo la reserva y termino de desnudarte.

Las pupilas de Aura se dilatan y las manos le tiemblan cuando se pone la camisa y empieza a abrocharse los botones con torpeza. Se equivoca con un ojal, lo deshace y vuelve a comenzar mientras Irina la observa con los brazos cruzados y media sonrisa.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —suplica Aura, abrochándose el último botón.

—¿Así cómo?

Aura la señala y suelta un resoplido, Irina se acerca y le da un beso rápido en el cuello.

—Vámonos antes de que cambie de opinión sobre la cena.

El restaurante que ha elegido es un sitio tranquilo del barrio de la Latina, con mesas bastante separadas y luz tenue, otro de los favoritos de Irina. Piden una botella de vino y se relajan mientras esperan a que les traigan la cena.

—He pensado en lo que dijimos —Irina rompe el silencio, haciendo girar el líquido de su copa con los dedos.

—¿Sobre cómo actuar en la oficina?

—Sí —la empresaria da un sorbo y deja la copa sobre la mesa—. Y me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué? —pregunta Aura, expectante.

—De que, en realidad, no ha cambiado nada entre nosotras.

Aura frunce el ceño, sin entender.

—Me refiero a que tenemos una rutina perfectamente marcada: el café, la forma en que nos hablamos, la complicidad… Todo ha estado ahí prácticamente desde el principio. Creo que jamás nos hemos comportado como jefa y empleada; la única diferencia que hay ahora es que nos besamos y hacemos el amor, pero todo lo demás, la relación en sí, ya existía. Llevamos meses siendo esto que somos sin ponerle nombre.

Aura se queda callada durante unos segundos mientras piensa en lo que Irina acaba de decir, y sonríe de repente cuando se da cuenta de que tiene razón. Desde aquel domingo en la panadería, desde aquel café que le llevó a su mesa y desde las horas que pasaban juntas traduciendo, corrigiendo o revisando contratos, lo que había entre ellas ya era mucho más que una relación laboral. Solo les faltaba la parte física y atreverse a confesar lo que sentían la una por la otra, pero todo lo demás llevaba meses construido.

—Tienes razón —concuerda Aura—. Si me paro a pensarlo, probablemente la mitad de la oficina ya piensa que hay algo entre nosotras —dice, poniéndose roja.

—Zoe lo pensaba desde hace tiempo —apunta Irina.

Las cejas de Aura se levantan, pero sonríe todavía colorada.

—Zoe lo sabía antes que nosotras.

Irina se ríe y asiente.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta la asistente.

Irina se recuesta en la silla y la mira como si estuviera en medio de una reunión de trabajo peleando los puntos de un contrato, concentrada.

—Creo que no deberíamos escondernos —dice al fin—, pero tampoco proclamarlo a los cuatro vientos. Actuamos como nos apetezca y punto. Si alguien lo nota, bien, y si no, también. No vamos a besarnos en medio de la oficina, pero tampoco pienso contenerme si me apetece hacerte una caricia en el brazo cuando pase por tu lado. Creo que ya hemos actuado así durante todo este tiempo; hacer algún cambio sería estúpido.

La sonrisa de Aura se agranda.

—Tú mandas, jefa —dice divertida.

—En cuanto al trabajo —puntualiza Irina, fulminándola con la mirada—, tú sigues siendo mi asistente ejecutiva y yo sigo siendo tu jefa, y eso no tiene por qué cambiar mientras las dos seamos capaces de separar las cosas. Si en algún momento una de las dos siente que no puede, lo hablamos y buscamos una solución. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —contesta Aura, aliviada porque desde que se acostaron, no ha podido evitar pensar que a lo mejor Irina querría establecer una distancia más real en el trabajo, cambiándola de puesto, y a Aura le encanta trabajar para ella de forma directa.

—Entonces está decidido —dice Irina.

Aura estira la mano por encima de la mesa para coger la de Irina y, cuando entrelazan los dedos, se queda muy quieta, con la mente en otra parte.

—¿Puedo saber en qué piensas? —pregunta Irina tras unos segundos.

Aura levanta la mirada y suspira.

—En Valencia, y en que soy imbécil.

Irina frunce el ceño, descolocada.

—¿De qué hablas?

—Del día en que nos despertamos en tu habitación con las manos unidas como ahora —dice mirándolas—. Todavía no sé por qué dije eso cuando sacaste el tema, lo de la costumbre de dormir con Marcos; fue cruel, y además no era verdad.

El silencio de Irina demuestra que todavía le escuece un poco cuando lo recuerda, porque dolió mucho.

—Creo que las dos somos imbéciles, Aura, eso ya quedó claro cuando al fin hablamos.

—Sí, lo somos —confirma asintiendo—, aun así, lo siento.

Irina le besa los dedos de la mano a modo de respuesta.

—¿Quieres venir a mi apartamento cuando salgamos? —pregunta, zanjando el tema.

—Contaba con ello —sonríe Aura.

CAPÍTULO 31

Tres meses después.

Aura lleva veinte minutos frente al espejo del baño de su diminuto apartamento probándose pendientes, sin saber en qué momento se volvió tan indecisa con respecto a lo que se pone porque siempre quiere impresionar a Irina. Su jefa la observa desde la puerta, apoyada contra el marco con una sonrisa torcida y esa mirada gris azulada que Aura ve a través del espejo.

—Estás perfecta, Aura, déjalo ya —dice Irina, a la que le gustaría colocarse detrás de su chica y rodearle la cintura, pero el baño de este apartamento es tan diminuto que a duras penas cabe una persona.

—No estoy perfecta, estoy nerviosa —responde Aura con un resoplido, quitándose un pendiente y probándose otro.

Irina suspira y se cruza de brazos.

—Cariño, mírame.

Aura se gira, con el corazón latiendo tan deprisa que se siente mareada.

—Ya conoces a mis padres, solo serán un par de horas.

Los ojos de Aura se ponen en blanco y la sonrisa de Irina vuelve a aparecer.

—Los vi en la boda de Zoe durante diez segundos, Irina. Tu padre me dio la mano como si fuera una más entre los invitados, porque lo era, y a tu madre no recuerdo haberla conocido en medio de una boda tan grande.

—No fue grande, había pocos invitados —corrige Irina, divertida ante el nerviosismo de Aura.

—Me da igual cuántos fueran, no me acuerdo de nada porque estaba demasiado ocupada mirándote a ti —dice Aura y, cuando la ceja de Irina se eleva con petulancia, suelta un resoplido.

—Escucha —dice la empresaria, tirando de ella para sacarla del baño—. Mi padre es un hombre tranquilo que se limita a asentir y sonreír, mi hermana, mi sobrina y sus maridos te adoran, y mi madre será educada porque es mi cumpleaños y no se atreverá a montar ningún drama delante de todo el mundo. Solo vamos, cenamos y nos marchamos.

—Lo sé, perdona —Aura le rodea el cuello con los brazos—. ¿Tú estás bien?

Irina le sonríe a modo de respuesta, pero lo cierto es que ella también está nerviosa, aunque sea mejor disimulando. Esta es la ocasión donde presentará a Aura como su pareja formal ante su familia, en realidad, ante sus padres, y sabe que para su padre no será un problema, pero su madre es otra historia. Elena Ramsey nunca se ha mostrado en contra de la orientación sexual de Irina, pero tampoco la ha aceptado con naturalidad. Su forma de gestionarlo es ignorar el tema, como si no nombrar que su hija pequeña se acuesta con mujeres hiciera que existiera la posibilidad de que en algún momento aparezca con un hombre. Irina no lleva muy bien este tema y todos los encuentros con su madre suelen ser

tensos hasta que Olga interviene —siempre a favor de Irina— y todo se calma. Su hermana ha hablado con ella esta mañana y le ha dicho que no se preocupe, que ella se encarga de su madre, por eso, Irina supone que, en lugar de hacer la cena en casa de Olga como sería habitual, ha reservado mesa en un restaurante, donde sabe que su madre se verá cohibida por la gente y no se atreverá a hacer ningún comentario estúpido que incomode a Irina.

El restaurante que ha elegido Olga está muy lejos de ser uno de los que Irina suele frecuentar con Aura. A ellas les gusta tener reservados si es posible, para poder hablar con intimidad, o sitios con pocas mesas, luces tenues y ambiente tranquilo. Este es todo lo contrario, justo el sitio que hará que Elena Ramsey mantenga la boca cerrada para no llamar la atención.

Cuando Irina y Aura llegan —cogidas de la mano— la familia ya está sentada. Olga es la primera en levantarse para abrazarla y felicitarla antes de girarse hacia Aura y recibirla con mucho cariño. Zoe es la siguiente, incorporándose con dificultad porque a estas alturas su barriga parece tener vida propia. El bebé puede llegar en cualquier momento y, cada vez que se agacha, teme no poder volver a levantarse.

—¿Cómo estás? —pregunta Irina, abrazándola con cuidado.

—Deseando que salga —responde Zoe con una mueca de desesperación.

Damián y Sergio, el marido de Olga y el de Zoe respectivamente, también se levantan y las saludan y, por último, lo hacen sus padres. Alistair Ramsey se acerca con su habitual parsimonia escocesa y abraza a su hija.

—Un placer —le dice a Aura, estrechándole la mano con una sonrisa.

Aura traga saliva, tan nerviosa que la espalda baja le está sudando. Elena es la última. Se acerca a Irina con un porte elegante que hace que Aura entienda de dónde ha sacado la empresaria su presencia imponente, la felicita con dos besos y después besa también las mejillas de Aura.

—Me alegra conocerte por fin —dice mientras la observa con una sonrisa que parece haberse congelado en su expresión.

No dice nada más, pero todos en la mesa saben que Elena Ramsey está procesando que la persona que está al lado de Irina también duerme con ella.

Zoe es la que se encarga de llevar la conversación hablando del bebé y haciendo que la cena transcurra con normalidad cuando añade algunos comentarios que los hacen reír a todos. Elena toma la palabra en algún momento y pregunta por el trabajo de Irina, y ella responde evitando en todo momento que la conversación pueda derivar hacia preguntas que vayan dirigidas a Aura.

Cuando traen la tarta, es su padre el que se encarga de encender las cuarenta y una velas que Zoe se ha empeñado en poner.

—Pide un deseo —dice su sobrina antes de que sople.

Irina mira las velas y después a Aura, que tiene una mano sobre su muslo y la mira con los ojos brillantes, y siente que no necesita pedir nada.

Cuando todo acaba, se despiden de la familia y ambas salen del restaurante en primer lugar.

—¿Estás bien? —pregunta Irina cuando se meten en el coche y Aura exhala con brusquedad, como si hubiera estado aguantando la respiración durante toda la cena.

—Sí —sonríe—, tu padre es encantador.

—Lo es —confirma Irina.

—Y tu madre me odia.

Irina se ríe y sacude la cabeza, haciendo que los mechones desordenados de su melena se muevan y le caigan por la cara.

—No te odia, solo necesita su tiempo para procesar las cosas. No tiene nada contra ti, Aura, ella tiene un problema con la idea de que yo esté con mujeres, pero ese es su problema, no el tuyo ni el mío.

Aura asiente y mira por la ventana mientras Irina conduce, hasta que llegan al apartamento de esta —donde suelen pasar la mayoría de las noches— e Irina aparca.

—Tengo algo para ti —dice Aura, sin poder aguantarse hasta subir.

—¿Ahora?

—Sí —sonríe sonrojada, y saca dos paquetes envueltos del bolso.

El primero es rectangular y plano, el segundo, un tubo de cartón. Le entrega el primero.

—Ábrelo.

Irina lo coge y destroza el papel con impaciencia, encontrándose con el estuche alargado de color azul que abre con curiosidad. Dentro hay unas gafas con una montura parecida a las que tiene en el despacho y, en el interior de la tapa, sus iniciales grabadas encima de una fecha.

—Es el día que comenzamos a salir —dice Aura, sintiendo que la cara le arde.

—Lo sé, recuerdo esa fecha —responde Irina, pasando el dedo sobre el grabado.

—Sé que no es muy romántico, pero solo tienes las del trabajo —explica Aura—. Y cuando estamos en tu apartamento por las noches y te pones a leer, siempre estás forzando la vista. Así que ahora tienes unas para casa.

—Aura…

—Abre el otro —la interrumpe, entregándole el tubo.

Dentro hay un mapa enrollado que Irina extiende sobre el volante. Es un mapa vintage de Madrid, con los colores desvaídos y la tipografía antigua que le dan un aire de objeto perdido, pero lo que le corta la respiración a la empresaria son los corazones. Hay varios de ellos dibujados en color negro —a mano— sobre puntos concretos del mapa que Irina reconoce de inmediato: uno sobre la ubicación de la oficina, otro sobre la cafetería donde Aura compra los cafés cada mañana, uno sobre la estación de Atocha, uno sobre el apartamento de Aura y otro sobre el de Irina.

—Son los sitios más importantes para nosotras —susurra Aura.

Irina se queda en silencio durante unos segundos, mirando el mapa mientras sostiene las gafas entre los dedos de una mano.

—Me encanta, Aura, es perfecto —dice, y se inclina para besarla despacio.

Aura exhala de puro alivio contra su boca y sonríe al darse cuenta de que ha acertado.

—Yo también tengo algo para ti —dice Irina—, pero tenemos que subir.

Aura frunce el ceño.

—¿Para mí? Es tu cumpleaños, no el mío.

—Lo sé —Irina eleva la comisura izquierda, derritiendo a Aura—. Vamos.

Suben en el ascensor en silencio, pero Aura no puede dejar de mirar a Irina con curiosidad hasta que llegan al apartamento, abre la puerta y enciende la luz.

—Pasa al salón —ordena Irina.

Aura avanza por el pasillo y, cuando llega al salón y enciende la luz, se detiene en seco, llevándose las manos a la boca antes de soltar un sonido que parece una mezcla entre un grito y un sollozo. Junto al mueble del salón, hay un piano vertical de madera oscura con un banco tapizado frente a él.

—Quería uno de cola —dice Irina, que se ha quedado en la entrada del salón, apoyada en el marco de la puerta—, pero además de ser obscenamente caro, no me cabía en el salón.

Aura se gira hacia ella con los ojos completamente humedecidos y las manos todavía sobre la boca. Intenta hablar, pero las palabras no le salen, así que simplemente se lanza contra ella y la abraza con tanta fuerza que Irina siente que le crujen algunos huesos. Los sollozos se descontrolan y le sacuden el cuerpo mientras hunde la cara en su cuello y le agarra la camisa con las manos.

—Gracias —consigue decir entre lágrimas—. Gracias, gracias, gracias.

Irina la rodea con los brazos y apoya la barbilla sobre su hombro, dejándola llorar sin prisa.

—Si quieres agradecérmelo de verdad —dice después de un rato, separándola lo justo para limpiarle las lágrimas con los pulgares

—, siéntate y toca algo.

Aura se ríe con los ojos todavía húmedos y asiente, caminando hacia el piano. Se sienta en el banco, se seca las manos en el vestido y levanta la tapa de las teclas, quedándose completamente inmóvil otra vez cuando ve que sobre las teclas hay un juego de llaves. Son dos llaves unidas por un llavero sencillo que Aura reconoce de inmediato porque es el mismo que hay en la cerradura de la puerta por la que acaba de entrar, el mismo que Irina tiene para las suyas.

Le tiembla la mano cuando las coge y se gira hacia Irina, que se ha sentado a su lado en el banco sin hacer ruido.

—Sé que es muy pretencioso por mi parte asumir que debes venir a mi casa para poder tocar —susurra Irina, mirándola a los ojos—, pero en tu apartamento de veinticinco metros cuadrados no cabe un piano, así que he pensado que a lo mejor podemos convertir este en el apartamento de las dos.

Aura la mira con los ojos tan encharcados que apenas puede enfocarla sin verla borrosa.

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo? —susurra con la voz estrangulada.

Irina alza una ceja.

—Me parece que es evidente, pero no quiero que te sientas obligada, tú piénsatelo.

—Me has comprado un piano para chantajearme —bromea Aura, y la risa le sale entrecortada por la emoción.

—Era una forma de asegurarme la respuesta —responde Irina, siguiendo la broma.

Aura deja las llaves sobre las teclas, se levanta del banco y tira de Irina para que se levante con ella. Después le rodea la cintura con los brazos y pega su frente a la suya mientras las lágrimas le siguen cayendo por las mejillas.

—Te habría dicho que sí, aunque tuviéramos que mudarnos a una habitación de hostal para estar juntas —asegura—, no necesitabas comprarme un piano.

Irina cierra los ojos y la aprieta contra ella.

—Hacía tiempo que quería comprártelo, esto solo ha sido una excusa para hacerlo. Ahora, por favor, toca algo —murmura Irina contra su pelo.

Aura se separa, se limpia la cara de nuevo y se sienta frente al piano, colocando los dedos sobre las teclas mientras cierra los ojos y respira despacio para calmarse.

Cuando empieza a tocar, la primera nota llena el apartamento de un modo que cambia el aire, y la pieza que elige no es triste ni melancólica como las que tocaba en Atocha cuando estaba sola y se sentía perdida. Es algo alegre que le suena a todo lo que le ha pasado en los últimos meses: a Madrid, a la oficina, al olor del café por las mañanas y a los ojos gris azulado de Irina mirándola por primera vez. También le suena a un beso robado en un despacho, a una noche en un karaoke, a unas manos unidas mientras dormían y a la seguridad de estar exactamente dónde quiere estar.

Irina se queda sentada a su lado en el banco, escuchándola mientras piensa que este es, sin ninguna duda, el mejor cumpleaños de su vida.

EPÍLOGO

Cuatro meses después.

Irina está tumbada de lado, con los ojos cerrados y una mano debajo de la almohada. La habitación está a oscuras, con las persianas bajadas y la puerta cerrada porque así escucha como un susurro lejano la música que llega desde el salón, donde Aura está tocando una de las melodías más suaves y lentas que conoce porque hace un par de meses descubrieron que escucharla tocar ayudaba a que Irina se calmara cuando tenía migraña.

El dolor ha comenzado a media mañana, con un primer latigazo detrás del ojo izquierdo que la ha obligado a dejar la segunda taza de café sobre la mesa y apoyarse en ella para contener la arcada, mientras Aura, que conoce sus síntomas de memoria, iba a buscar la pastilla.

Aura termina de tocar y baja la tapa con cuidado antes de levantarse sin hacer ruido y caminar descalza hasta la habitación. Asoma la cabeza y encuentra lo que esperaba: Irina está dormida, con la boca ligeramente abierta y el brazo izquierdo estirado sobre la almohada de Aura. Su respiración es lenta y profunda como la de alguien que por fin ha dejado escapar el dolor, y Aura siente el mismo alivio que siempre la invade cuando la ve así, relajada, en paz y sin dolor.

Cierra la puerta con cuidado y se dirige hacia la cocina. Hoy es domingo y el plan era pasarlo en casa —igual que ayer— porque la semana en la oficina ha sido agotadora y lo único que les apetecía era estar a solas y tranquilas. Se pone a hacer la comida, la deja en el fuego, y vuelve al salón con una copa de vino y una bolsa de patatas para picotear mientras abre el portátil para revisar la agenda de la semana que viene. El lunes tienen una reunión con los de la farmacéutica, el martes Irina tiene una videoconferencia con los traductores de Múnich, el miércoles han dejado la mañana despejada para revisar un contrato nuevo y el jueves Irina llegará tarde porque acompañará a su sobrina a una revisión con el niño —que nació sano y con unos pulmones muy potentes— porque Olga no puede. Aunque lo que hace que Aura sonría es lo del jueves por la tarde: otro viaje a Barcelona para una reunión con unos clientes, pero la diferencia con otros viajes de trabajo es que este se extenderá hasta el lunes porque esta es la ocasión en la que Aura presentará a Irina a sus padres y, sorprendentemente, no está nerviosa. Les habló de ella hace meses y, aunque se sorprendieron, se lo han tomado muy bien.

—Hola —dice Irina casi dos horas después con ese tono áspero que arrastra durante horas después de levantarse y que a Aura siempre le ha gustado.

Se sienta a su lado en el sofá y se aparta un mechón de pelo de la cara, aunque lo tiene completamente revuelto y la marca de la sábana le atraviesa la mejilla izquierda.

—¿Cómo va esa cabeza? —pregunta Aura, dejando el portátil sobre la mesa.

—Atontada, como siempre, pero bien. Ya no me duele.

—Me alegro.

Irina le mira el pecho y le quita un trozo de patata frita de la camiseta.

—¿Picoteando antes de comer?

—No sabía cuánto ibas a dormir, y tenía hambre.

—Gracias por esperarme para comer —susurra Irina, inclinándose para besarle la mejilla—, y por cuidarme cuando me duele la cabeza, no sé si te lo digo lo suficiente.

—Me lo dices bastante —se ríe Aura.

—Pues te lo digo otra vez.

Aura se gira hacia ella y su mirada se oscurece, haciendo que Irina se despeje de golpe.

—Si quieres agradecerme lo que hago por ti, túmbate y déjame desnudarte.

Irina siente el calor de su aliento contra sus labios y el pulso se le dispara con la misma intensidad de cuando se conocieron, porque la forma en que Aura la enciende es igual de devastadora que la primera vez.

—Pensaba que tenías hambre —susurra Irina, pero se deja caer hacia atrás, obedeciendo.

—He comido patatas, ¿recuerdas?

La besa y sus manos se cuelan por debajo de la camiseta de Irina, cuyo cuerpo tiembla ante el contacto porque no logra acostumbrarse a esto, a esa forma en la que los dedos de Aura le recorren el abdomen y las costillas antes de subir a sus pechos con esa sensibilidad de pianista que Irina sigue sin poder explicar, pero que la vuelve loca porque Aura parece saber siempre la presión exacta que debe aplicar en cada caricia.

La asistente hace lo que ha dicho, le quita la ropa y se arrodilla frente a ella en el sofá, mirándola como si la estuviera viendo por primera vez, como suele hacer siempre.

—Nunca me cansaré de verte desnuda —susurra, e Irina se deshace cuando le separa las piernas y entierra su boca entre ellas.

Un tiempo indeterminado después, ambas están tumbadas en el sofá, abrazadas y en silencio. Las tripas de Aura están protestando, pero ninguna se ha movido porque Irina, entre la flojera que siente después de tomar las pastillas para el dolor de cabeza y los dos orgasmos que Aura le ha provocado, siente que las extremidades no le responden y todavía no puede moverse. Y Aura simplemente quiere estar ahí, con la cara aplastada sobre su pecho mientras nota como las pulsaciones aceleradas de Irina van volviendo a la normalidad.

—¿Eres feliz? —pregunta Irina de repente.

La cabeza de Aura se levanta como un resorte para mirarla.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? ¿Te parezco infeliz?

—No —Irina le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, aunque este resbala y vuelve a caer sobre la mejilla de Aura—, solo quería asegurarme, escuchártelo decir.

—Pues soy muy feliz. Me gusta la vida que tengo contigo, me gusta mi trabajo y te quiero, así que sí, soy feliz. ¿Y tú?

Irina suspira y sonríe, empujando su cuerpo hacia arriba para acercarse a sus labios.

—Yo también te quiero, Aura. Y soy odiosamente feliz —asegura contra su boca.